

*Antonio López Baeza*

***UN CAMINO EN LO IMPOSIBLE***

***CONFESIONES DE UN CREYENTE  
EN EL DIOS DE LA VIDA***

A la Señora -María, Reina de los corazones-,  
"Dulcinea" de mis mejores sueños y  
andanzas.

...porque ninguna cosa es imposible para Dios. Lc 1,37

Para los hombres es imposible (salvarse), mas para Dios todo es posible. Mt 19,26

Jesús es el Señor de lo Imposible. Ch. de Foucauld

La potencia divina es capaz de inventar una esperanza donde ya no hay esperanza, y un camino en lo imposible. Paul Evdokimov (citando a san Gregorio de Nisa).

Querer la imposible comunidad entre los hombres y, no obstante, a pesar de esta imposibilidad natural, promoverla, es el objeto incomparable de la misión de Jesús. Marcel Légaut.

## **PRÓLOGO: en fe pura y desnuda**

Este libro sólo pretende ser el testimonio de una manera de ver la vida, entre otras muchas legítimas y posibles. Se trata de la mirada que proyecta el corazón creyente sobre las pequeñas cosas de la existencia, sin negar ni despreciar nada de cuanto en ella pueda parecer auténticamente humano. Yo ya no puedo creer en Dios, sin creer al mismo tiempo en el hombre. Al aceptar por la fe la existencia de un Ser supremo y trascendente, en quien tengo mi origen y mi meta y el modelo más acabado de mi propio ser, me abro de inmediato a la constante superación de mi vida y a su destino eterno. Desde que sé que soy *a imagen y semejanza* de mi Creador, sé por ello mismo que no puedo renunciar a nada de cuanto soy a fin de no perderme nada de cuanto se me promete en la voluntad divina que me modela. La fidelidad a mí mismo, en cuanto hombre, me predispone a descubrir y disfrutar lo más divino que hay en mí.

Estas páginas que siguen pretenden estar firmemente comprometidas con *la verdad que nos hace libres*. De otra manera no podrían ser testimoniales. Y la verdad que las asiste no es otra que la de no negar mis propios límites, sombras y miserias, pero sin dejar un punto de reconocer que *el Señor hizo en mí maravillas*, precisamente por haber aceptado, sin regañadientes, mi propia pequeñez. Cuando doy gracias a Dios por mis debilidades e ignorancias, por mis pobrezas e impotencias, es cuando más “yo” me siento, porque descubro el gran vacío de mi ser que sólo Él puede llenar.

Hoy no me cabe ya la menor duda (por eso lo repito tantas veces): lo que hace hermosa una existencia humana es la fe en sí misma, vivida inseparablemente de la fe en Dios. Mi vida no ha sido un jardín de rosas sin espinas (tampoco de espinas sin rosas); pero, en el cultivo de sus mejores flores, he sabido que sólo se logra elevar un mínimo de vergel amable en la propia existencia, pasando por largas etapas de desierto y noche, *en fe pura y desnuda*.

Este libro tampoco pretende ser -¡ni mucho menos!- edificante. No lo he escrito para *enseñar* sino para *compartir*. La diferencia entre estas dos palabras viene marcando mi vida de hombre y creyente desde muchos años. Sólo se hace verdad para uno mismo aquello que llega a ser recibido como verdad por otros, compartido en fraternidad y en búsqueda. Lo más grande de mi vida de cuanto yo he llegado a tener conciencia, tal como puede ser la Fe en el Dios de la Vida, el Amor a la Humanidad Histórica y la atracción y cultivo de la Belleza en forma poética, no es nada para mí si no lo es al mismo tiempo contigo y para ti. Tu lectura de mí, lector amigo, me hace por ti verdadero en mí mismo. ¿Sólo la vida compartida es vida auténticamente humana?

Puede ocurrir que alguno de los lectores de estas confesiones, piense que su autor es *un cura atípico* -cosa que ya se me ha dicho muchas veces-; pero también se dará cuenta -al menos, así me gustaría-, de que su autor es un cura especialmente preocupado por anunciar el Mensaje de Jesús, la Buena Noticia del Reino, en un lenguaje que pueda ser entendido por el hombre/mujer de nuestro tiempo. Mi *atipicismo* no es afán de notoriedad ni de snobismo alguno; lo mismo que no se podrá entender, en justicia, como ninguna manera de renuncia o minusvaloración de lo más genuino del ministerio ordenado: “*Sacado de entre los hombres al servicio de los hombres, en las cosas que miran a Dios*”, como reza la Carta a los Hebreos, y yo asumí gustosamente en el momento de mi ordenación hasta el presente. Si bien necesario es advertir que, el *sacado de entre los hombres*, no hay que entenderlo como una separación de casta superior o de prerrogativas de una más alta dignidad, sino como una vocación de servicio al Pueblo de Dios y muy especialmente a la dignidad humana.

Pero, la gran verdad de mi vida, como hombre, creyente y ministro ordenado, es (según me parece), que el Dios a que he tenido acceso por medio de Cristo/Jesús,

como experiencia en el Espíritu, que me hace sentirme hijo en el Hijo, amado en el Amado, enviado en el Enviado..., es un Dios que no cesa jamás de mirar al Hombre y de mirarse en él. Es un Dios que se deja *tocar* y que *toca* al Hombre. Un Dios *evidente* en la necesidad de amar y ser amado que revela mi hambrienta, irrenunciable, profundidad.

Antonio López Baeza

Murcia, abril de 2005

## I

**Se hace camino al amar**

Sé que es camino, porque ahora no estoy en el mismo lugar que cuando comencé, ni soy el mismo que era cuando me puse en marcha, tras la primera llamada.

Y sé también que es un camino en lo imposible, porque tras muchos años de recorrido, soy bien consciente de que nunca han sido suficientes las razones y fuerzas de mi propia naturaleza, frente a los obstáculos que se alzaban a mi paso, poniendo en peligro avanzar hacia las metas señaladas. Luces y mociones interiores, que acudían en el momento preciso, iban conformando a cada paso mi mejor libertad. Esa libertad que radica en fiarse de Quien te ha llamado; no querer nada para ti que no esté conforme con su Voluntad; ponerse sin medida en las manos de Aquel en Quien todo lo quiero. *Porque te busco a ti lo encuentro todo*, canté en aquel momento en que mi alma rebosaba de abrazos con destino. Nada he perdido por haberte encontrado a ti, Dios de mi sentido; ni nada tengo que dejar de querer de cuanto quiero, cuando te quiero a ti en todo y sobre todo lo querido.

El camino de la vida es un camino singular para cada caminante. Nunca coincide (aunque se cruce) con el de otros próximos caminantes. Camino inédito, porque está trazado a la medida exacta de mi propia humanidad, mi ser único e irrepetible, cuya felicidad y fecundidad existenciales residen en saber acoplarme a mi imagen auténtica, sin pretender situarme fuera de mis límites y circunstancias particulares. Fuera de mis límites sólo podría encontrar ídolos aberrantes, que pretenderían ocupar tu lugar, llenar mi vacío hecho a tu medida, ¡Dios que rompes todas las medidas!.

Mi sendero en este mundo contiene cuanto yo necesito para que mi paso entre los hombres sea hermoso y útil. Esta convicción me ha sostenido multitud de veces, librándome de abismos de absurdo y sinsentido.

Mi sendero andado con justeza y profundidad, me permite gozar de las múltiples bondades del recorrido: lo mismo de los elementos del paisaje, que de las personas y acontecimientos que van jalonando mi ser en ruta. Dialogar con mi entorno y hacerme sensible a los valores y necesidades de cuanto me rodea, me ha conducido a saber que muy pocas cosas más necesita quien camina por su propio sendero. Llenarse de otras necesidades en el camino es hacerlo más difícil de andar, e incluso desviarse de él.

Mi sendero único, por el que camino en solitario, pero nunca aislado de mi entorno, me ha enseñado también que la soledad es vocación irrenunciable del hombre viandante, del hombre peregrino que marcha portando en sí la marca y el destino de la comunión y el abrazo universales. Que mi soledad no es aislamiento, lo he sabido también por contraste cuantas veces he buscado la compañía a fin de vencer el dolor de estar solo, y en sus brazos se empequeñecía mi amor más universal, y mi vida se convertía en juguete de caprichosas manos. Mi sendero único es exclusivamente para mí, para poder llegar a experimentar la soledad más positiva y sabrosa, aquella en la que me hago dueño de mi ser más auténtico y libre, para mejor poderlo entregar a los demás.

Es en la soledad del camino interior donde aprendo a abrazar castamente todas las cosas. Abrazar abrasado en admiración hacia todo *lo otro*. Abrazar sin caer en las redes de las dependencias y afanes posesivos.

Porque soy un ser de comunión, precisamente por ello soy un caminante y un caminante solitario, un caminante de lo imposible. El camino, escuela permanente de fidelidad a sí mismo, me enseña a descubrir qué es lo que los otros necesitan a cada

paso de mí y a percibir en lo más íntimo de mi ser la necesidad vital que yo tengo del *otro*. Si nuestro sendero no es de amor, tampoco será de fidelidad a sí mismo (¿qué soy yo sin la experiencia de amar y ser amado?).

Mi Dios no ha sido, ciertamente, el dinero ni el poder; tampoco el sexo ni la belleza física; sino sólo el amor. Sólo el amor. Por el amor he vivido y en él he muerto muchas veces. El camino en fidelidad a mí mismo me ha enseñado que no hay vida sin amor ni amor sin muerte. Renunciar al amor -si ello fuera posible- significaría morir antes de haber nacido. Pero no renunciar a él significa entrar en *un camino imposible*, en el que tú no puedes ser para ti tu propio guía. Se hace camino al *amar*. Sólo el amor identifica mi camino con mi ser, con *mi yo mismo*. Dios, el Amor y mi Ser llegan a confundirse en el camino hasta parecer una sola realidad. Mi ser se pierde en el Amor y así encuentra a Dios. ¿No os decía que es *un camino en lo imposible*? ¡Para llegar a ser, primero perderse! Y también: quitadme el amor de mi corazón, y me habréis hecho imposible conocer a Dios.

## II

**La dama del clavel rojo**

Sería una terrible desgracia renunciar a mi propio sendero, por imposible que pareciere: Aquel que me revela en sus entrañas el ser que yo no puedo dejar de ser.

Cuando me hago consciente de esa soledad que me conduce y me habita, esa soledad interior que me hace único entre multitud de únicos, descubro mejor el vértigo de la existencia como vocación de entrega irrenunciable. Y que sólo en la entrega el camino se hace canción.

La soledad asumida como ámbito de mi propia profundidad, me ha enseñado también a abrirme mejor a las riquezas que conlleva cada momento presente. Es la concentración en el paso concreto que estoy dando ahora mismo, sin pretender jamás dar dos pasos en uno, ni importarme tampoco el paso -mejor o peor- dado antes, cuando capto las voces secretas del amor que van tejiendo la autenticidad de mi proceso. El camino en concentración está lleno de luminosas intuiciones para la vida.

Cuando inicié este camino, allá en mi adolescencia, fueron múltiples las luces que me visitaron y comenzaron a guiar mis pasos. Recuerdo que, en horas de larga estancia en la naturaleza, viendo discurrir a mis pies el agua del río y dejándome mecer por el murmullo de su huida, comencé a intuir -no a saber con meridiana claridad- que el amor constituía el valor máximo de una existencia humana; que un "tú" es el único horizonte válido a conquistar en el camino; que el Dios en quien yo creía, no estaba al final ni al principio del sendero, sino justamente en medio, como centro de todo; que la belleza constituía el alimento básico de mi espíritu insatisfecho. Intuiciones, todas ellas, que el camino se ha encargado de ahondar y verificar, configurando un estilo o talante de vida.

He hablado hace un momento de *mi espíritu insatisfecho*. Os aseguro que apenas me he dado cuenta de lo que escribía; y después, al releer el párrafo, siento que me tengo que detener, un poco siquiera, en lo que ello significa. Sí; la insatisfacción hizo pronto su aparición en mi conciencia, cual una búsqueda apasionada de cuanto me pudiera dinamizar más allá de mí mismo (¡Ah, y qué pronto el fantasma de *lo imposible* comenzó a aletear sobre mis sueños!).

No tenía más de diecisiete años cuando tuve este sueño, un cuento de evidente matiz romántico, que siempre me ha acompañado y es la primera vez que lo comparto.

Una tarde de primavera salimos en bicicleta tres amigos, en dirección a un pueblo vecino situado a unos tres kilómetros del nuestro, con la finalidad de visitar un noble caserón, en el que se nos había dicho se encontraba una buena colección de cuadros de más o menos valor artístico. El encargado de la custodia de aquel palacete y de sus riquezas, nos introdujo con mucho gusto hasta una sala amplia, sin muebles y bien iluminada, donde apoyados en la pared de espaldas a nosotros, se encontraban las pinturas de nuestro objeto. Les fue dando vuelta una a una, para mostrárnoslas, hasta que le llegó el turno a un retrato de mujer, tamaño natural, cuya figura, tan pronto caló en mi retina tocó mi corazón, dejándome atónito, ensimismado. No supe nada más del contenido de aquella colección de obras de arte. Sólo la dama del cuadro me importó y me sedujo. Y muy concretamente su clavel rojo alcanzaría especial significación para mí.

Representaba a una señora no de más de cuarenta años, pelo rubio recogido bajo una preciosa diadema, con traje blanco de encaje, amplio escote, guantes negros enfundando sus manos y un clavel de roja violencia coronando el centro incisivo de



sus erguidos pechos. ¿Era guapa, hasta poderla considerar una belleza femenina? Creo que sí, pero no fue este el matiz que más sobresaliera en mi sueño.

De esta visión de la dama del cuadro me traslada mi sueño a un paseo por el campo, ella y yo en solitario. La dama del cuadro con todo su atuendo, sin que falte el grito del clavel rojo en su pecho palpitante, va junto a mí o, más justo, yo junto a ella. Hablamos de nosotros mismos. Remotamente se me queda el recuerdo de haber hablado con ella de la importancia trascendental de aprender a amar en esta vida, sin renunciar al sacrificio que todo amor sincero comporta.

El sueño da otro salto: me encuentro en mi lecho de descanso, en mi propia casa, recién salido de un sueño ¿de amor?. Y, a la altura de mis manos, entre las blancas y arrugadas sábanas, ¡oh asombro!, toco algo blando y fresco. ¡Es el clavel rojo que mi dama portaba señalando su seno! No me lo creo. Debo estar todavía dormido. Lo tomo en mi mano derecha y lo levanto ante mis ojos. No cabe duda: es el mismo clavel que tanto me había llamado la atención. Y está fresco, como recién cortado, pese al calor propio del lecho. Pero -pienso de inmediato- si es el mismo clavel, ya no puede estar en el cuadro, sobre aquel pecho de mujer, amante y sufriente.

Me levanto rápido y me visto de cualquier manera. Estamos en las primeras horas de la mañana. Tomo mi bicicleta y, sin decir nada en casa, corro veloz hacia el pueblo vecino, donde encuentro abierta la casona, sin vigilante; y de inmediato estoy frente a la dama del cuadro. Efectivamente, es el mismo retrato de un pintor anónimo del XIX; la misma dama representada con el mismo atuendo, ¡pero sin el clavel rojo sobre su pecho!

Y despierto del sueño. Ahora sí que es verdad que despierto. Palpo buscando el clavel en el entorno de mi cuerpo. Nada. Todo ha sido un sueño. ¿Sólo un sueño?. Pero, ¿por qué no lo he olvidado en todo el resto de mi vida, y tan fuertemente se me representa cincuenta años después? ¿No es este el sueño que mejor retrata mi adolescencia? Una hermosa y madura dama, la Vida, me entrega el clavel rojo de su pecho: el amor y la belleza, intuiciones fundamentales que ya nunca dejarán de dar fruto en mí.

### III

## **Lo divino que se encuentra en mí**

Hoy no estoy en el mismo lugar que cuando comencé. Sin embargo, mi adolescencia está tan lejana en el tiempo como próxima en mi sentimiento de exaltación de la vida. Mi adolescencia es una raíz vitalizadora que no ha muerto nunca en mí. Y, como tal raíz, no ha cesado de generar savia y propiciar frutos de entusiasmo creador y de apasionada búsqueda.

La actitud de búsqueda, aplicada al sentido de la vida, así como a la experiencia de fe, a la creación artística y a la tarea pastoral, siempre ha ido conmigo en alguna forma y medida. Y esta actitud de búsqueda, esta insatisfacción proyectada a todos los campos de mi ser y de mi hacer, no me ha hecho más fácil el camino, ¡ni mucho menos! No lo ha hecho más posible.

Vivir creativamente no es lo más frecuente en los ambientes en que me he movido. La rutina, los convencionalismos, la obediencia entendida como servilismo cuando no como renuncia a la evidencia racional..., permiten cumplir como buen funcionario, quedar bien ante quienes detentan la autoridad (o el poder), salir del paso..., pero no hallar respuestas más adecuadas a las situaciones nuevas que la vida nunca deja de presentar. Sin la actitud de búsqueda -que tanto exalta el Evangelio de Jesús- no se puede vivir la inculturación de la fe ni el encuentro con ese *Reino de Dios que está ya en medio de nosotros*.

Pero yo sé que gracias a ese vivir creativamente he sido recreado yo mismo, y recreado multitud de veces. Con dolores de parto, es cierto. Pero experimentando sucesivos alumbramientos de mi ser profundo, cada vez más fiel a sí mismo y más abierto y tolerante con los demás. La Gracia se ha encargado de hacerme gustar la más viva presencia de Dios, la más creciente comunión con su Ser Creador, en el acto mismo de procurar no hacer nada sin entregarme del todo a ello. Uno de los mayores goces de mi vida es, sin duda, como muchas veces ya he manifestado, la capacidad de estar en lo que estoy, disfrutando del amor de Dios en la profundidad de la tarea que me ocupa. No hay tareas grandes y pequeñas, más y menos importantes. Sólo hay concentración en lo esencial: proyectar mi ser unificado en todo lo que hago, hasta encontrarme, en el corazón de toda actividad, unido al universo, y en él, con Dios mismo.

Y es así, haciéndose totalmente presente a lo que uno hace, como cada situación en que desemboca la vida, viene cargada de infinito. Por eso sabemos en cada amanecer que todo es posible. la vida empieza cada mañana para quien no se pierde en añoranzas estériles ni en fantásticas ensoñaciones. La realidad presente siempre es más hermosa y cargada de posibilidades que todos los sueños juntos de la imaginación fantasiosa. El mundo sale nuevo cada día de las manos del Creador; y, en el momento preciso que ahora me toca vivir, puedo encontrar juntos los mejores frutos del pasado y las más prometedoras flores del porvenir. Si hoy no soy todo lo que soy, tampoco lo habré sido ayer ni lo seré mañana. Cada amanecer tomo mi vida en mis manos y, al ofrecerla al Señor de la existencia, descubro que puedo hacer de ella lo que yo quiera. Cada amanecer Dios me invita a hacerme un Hombre Nuevo, sabiendo extraer todas las fuerzas de lo Divino que hay en mí.

Cierto: lo divino que me habita me capacita para vivir (amar, crear, gozar), a partir de lo pequeño y ordinario, toda esa dimensión de eternidad que el momento presente trae consigo, en su hondura de encuentro con el Eterno. El *sacramento de la realidad* es el signo sagrado de que siempre es posible, aún en el corazón de las tinieblas y del

absurdo, dar comienzo a una primavera de virginal hermosura. Sólo se precisa para ello mantener la fe y la fidelidad a lo esencial humano, es decir, a lo divino que llevamos dentro.

Hoy no estoy en el mismo lugar que cuando comencé. Pero, básicamente, sí que me acompaña -y a cada paso más- aquella misma convicción de que lo más grande de una vida humana se encuentra siempre en la entrega a lo más pequeño, trivial e insignificante que nos va poniendo por delante el camino.

Tales son los astros que rigen mi vida. No el azar, que impone su caprichosa orientación, destrozando, las más de las veces, proyectos e ilusiones del hombre; sino mi sensibilidad ante la belleza, mi fe religiosa como experiencia del Dios vivo, y esta conciencia inalienable de misión, es decir, de saber que he venido a este mundo para compartir con otros la alegría de la Salvación Gratuita. Dentro de mí se encuentran los astros que rigen mi vida. Dentro de mí y no fuera, no en un cielo inalcanzable y ajeno a mis verdaderos intereses de hombre, no en una voluntad anónima e insensible a mi felicidad y a mi destino.

Mas, junto a tales astros que gobiernan mi existencia sobre la tierra, se dan también, con poder inexorable, aquellos acontecimientos que jalonan mi caminar por este mundo, tales como la hora y el lugar de mi nacimiento, herencia genética, sucesos que me enmarcan, avatares que me sobrevienen..., historia, en definitiva, que me recuerda que yo soy sólo un fragmento (pero un fragmento en busca de totalidad) de la historia de los otros, de la historia común y universal que entre todos hacemos. Yo sé que sólo soy "yo", cuando alcanzo, cuando tiendo sinceramente, a ser un "nosotros".

Mi destino no es mío porque me lo haya trazado yo para mí mismo, pero sí porque yo lo he aceptado en libertad al vivirlo desde dentro de mí como un desafío. Todo cuanto ocurre en una vida humana es para que podamos ser más humanos. Trabajos, enfermedades, conflictos..., todo, todo, resulta, desde el hombre interior, una nueva ocasión para crecer como persona. Los astros que rigen cada una de nuestras existencias, no marcan para nadie un derrotero en la fatalidad, sino en la responsabilidad. Todo cuanto me ha acontecido, desde mis circunstancias genéticas y biográficas, hasta lo más específico de mi carácter personal, me permitía ser o no ser fiel a mí mismo, sin jamás imponerme un modo determinado, inexorable, de ser. Lo importante es darse cuenta del desafío que cada acontecer lleva consigo, y elegir bien, elegir con responsabilidad sobre el propio destino.

Una vez más: todo es Gracia para quien no traiciona la verdad de su ser limitado, sediento de felicidad, de libertad, de amor; su ser incompleto, en camino hacia sí mismo. El poder caminar hacia sí mismo, aunque tantas veces nos parezca *un camino en lo imposible*, es el único que nos lleva a aprender a vivir. El difícil aprendizaje de ser hombre/mujer resulta ser para todos *un camino en lo imposible*.

## IV

### **Venimos a aprender a amar**

¿Por qué vine yo al mundo en el momento determinado en que vine? ¿Podría haber sido antes? ¿Podría haber sido después? La única respuesta que yo encuentro -y ésta desde la fe- a dichas interrogantes, es que vine cuando Dios quiso que viniera, cuando *llegó para mí la plenitud de los tiempos*; y que en esa divina voluntad de que yo existiera en este tiempo y no en otro, se contiene lo mejor posible para mi ser de hombre.

Mi ser está tejido al unísono de tiempo y de eternidad. La eternidad de mi ser radica en el pensamiento divino de que yo sea a su imagen y semejanza. Mi temporalidad, por su parte, hinca sus raíces en una herencia genética, que llega hasta mí pasando por innumerables cruces biológicos, una precisa cultura medioambiental y una concreta educación recibida que modelan de conjunto mi temperamento y carácter, dándome la conciencia de mi mismidad y la inclinación a determinados valores y objetivos, así como actitudes dominantes.

Mi temporalidad es, pues, la opción que se me brinda -opción irrepetible- de desarrollar al máximo posible la imagen de Dios que llevo en mí, que soy yo mismo. Mi eternidad es ya el gozo incomparable de poder encontrarme con Dios en lo más recóndito de mi existencia peregrina. Y en los preciosos momentos en que mi ser temporal coincide en abrazo con mi ser eterno, es cuando más y mejor llego a ser yo mismo, sin tener que renunciar a nada auténticamente humano. Cuanto más humano, más divino.

Porque Dios me ama desde su eternidad, yo puedo experimentar en su amor que mi tiempo está redimido. Redimido del absurdo y sinsentido. Redimido del acontecer adverso y de la muerte como la nada sin retorno.

En la contemplación de amor he comprendido que Dios emplea su eternidad en visitar nuestro tiempo para llenarlo de su Gracia Santificante. Desde tal experiencia, la santidad, a la que todos estamos llamados, ha venido a significar para mí aceptar que Dios me ame. Porque no siempre es fácil aceptar dicho amor en nuestras vidas. Es un amor que no consiente en que caigas víctima de tus propias mentiras; y, por medio de noches, desiertos y (a veces, terribles) desolaciones, no cesa de conducirte hacia tu propia libertad, hacia la más sencilla y total aceptación de ti mismo.

En suma, mi eternidad, que nunca puedo perder, aunque me olvide completamente de ella, me avisa en todo acontecer de esta vida, a fin de que no me quede enredado en la superficialidad de nada: ni de las ideas y sentimientos, ni de las actividades y relaciones; para que pueda penetrar y disfrutar en esa hondura habitada que existe en todo y en todos, donde Dios en persona siempre está esperándonos para darnos algo suyo, pedirnos algo nuestro y manifestarnos algo que necesitamos saber para mejor avanzar por nuestro propio camino.

Y, mi temporalidad, mi ser que se proyecta en el espacio y en el tiempo, dentro de un preciso momento de la historia humana y de un determinado contexto familiar, cultural, religioso, económico y político..., se traduce en una conciencia lúcida -me gustaría decir: *rusiente*- de la necesidad de amar y ser amado. Sí, esta es para mí la mejor concreción de mi ser en el tiempo. Buscar con la herramienta única del amor el sentido de todos los acontecimientos, la libertad de quien siempre inquiere la voluntad de Dios, y el gozo y el placer con que el mismo Creador nos espera en el amor de sus criaturas para llevarnos hasta Él.

¿Por qué vine yo al mundo, hace ya casi sesenta y ocho años, en un pueblecito de ambiente rural, segundo hijo y primer varón de unos padres católicos, sencillos en sus costumbres y pequeños comerciantes, un ocho de diciembre y a las ocho de la mañana, bajo el peligro, que no se cumplió, de los aviones de guerra que amenazaban bombardear la población (por encontrarse en sus inmediaciones una estación de carros de combate republicanos)? ¿Qué o Quién había detrás -o dentro- de estas circunstancias que envuelven y condicionan mi nacimiento? ¿Era un hecho trivial e indiferente mi venida al mundo? Sólo el paso del tiempo, iluminado por la mirada de fe, me ha hecho saber que no; que no fue el puro azar el que dirigió la hora y las circunstancias de mi alumbramiento a esta vida.

El recién nacido que lloraba su primer llanto en el piso superior de la casa número dieciséis de la calle de san Juan, no podía saber, de cierto, quién era, ni por qué había venido a este mundo ni para qué, si es que había de tener un para qué y un por qué su nacimiento. Pero sabía ya, ¡ya lo creo que lo sabía!, que respirar el aire de este mundo y llorar constituiría, a lo largo y ancho de toda su existencia temporal, una costumbre y un estilo, una manera inconfundible de decir su amor, su inquebrantable amor a esta vida.

A este mundo todos venimos a aprender a amar. Y doy testimonio de que el amor y el llanto (íntimamente relacionados entre sí, hasta ser inseparables) son el camino único -un camino en lo imposible- de realización humana.

## V

**Nadie es bueno sino sólo Dios**

Hoy no estoy en el mismo lugar que cuando comencé. Mi infancia transcurrió relativamente feliz. El tiempo que mi padre estuvo en el frente (poco más de un año), movilizado por su quinta, dentro del ejército republicano, no ha permanecido en mi memoria; ni siquiera se grabó. Pero a partir de los tres años, conservo muy vivos recuerdos de mi infancia.

Eran años duros de la postguerra. Pero para el pequeño Antonio no faltaba el cariño de los suyos, y parecía no necesitar mucho más. En casa de mi abuela materna (mi abuelo había muerto en el año treinta y siete, poco después de nacer yo) se contaba con un inmenso patio que había formado parte de la Casa Grande -tal como siempre se ha denominado en el pueblo la mansión de los vizcondes de Rías-, y que a la sazón estaba disponible como patio interior de la casa de mi abuela, solar poblado de plantas y arbustos a merced de los juegos de los niños. Pronto sería guarida de mis primeras soledades -pues muy temprano se destacó en mí la tendencia a la soledad y al ensimismamiento-, pero también espacio abierto y protegido para las actividades con mis camaradas de edad. Si recuerdo hoy aquel lugar, es porque le estoy muy reconocido, por la libertad de movimientos que me permitía cuando estaba solo, y por las inmensas posibilidades de entretenimiento que nos aportaba cuando éramos varios.

Aunque en realidad, en aquella época, todo el pueblo era nuestro, de los niños. Jugábamos tirados por el suelo de todas las calles, sin asfaltar todavía, haciendo de la tierra, los hierbajos que brotaban por doquier y las hormigas minuciosamente observadas en sus largas filas trajinantes, los primeros y más elementales juguetes. También los animales domésticos, los ganados de cabras y ovejas, los cerdos y gallinas, que existían en multitud de patios y circulaban libremente a veces por medio de las calles, nos eran familiares ayudándonos a tener un sentido de la vida muy natural, como abierto a lo mágico y trascendente que con frecuencia se esconde en lo ordinario y vulgar. ¡Qué fácil resultaba entonces hacerle comprender a un niño que las hormigas -que veíamos aparecer de pronto, llegada la primavera- eran criaturas de Dios; y que los animales domésticos estaban al servicio de la persona humana, como seres inferiores a ella, lo mismo que la persona humana estaba al servicio del Creador, Ser Supremo, Dueño de todo y de todos!

Puedo asegurar que mi primera escuela de contemplación fue la aldea de mi infancia, el pueblo de mi nacimiento. Rodeado de una huerta frondosa, atravesado por un río humilde servidor de las tierras que le daban cauce, presidido por pequeñas elevaciones -el monte del Ope, el Cabezo del Tío Pío y El Carjal- principalmente, me ofrecía desde cualquier ángulo de visión, una perspectiva de singular belleza natural, amén de los excelentes frutos -naranjas, dátiles, higos, nísperos, albaricoques, melocotones, ciruelas, chumbos, caquis, jinjoles, etc.- al alcance de la mano infantil, según las estaciones.

De entre los recuerdos de mi infancia que no quiero dejar de mencionar, se encuentra, cuando no tendría más de seis o siete años, el de aquella mañana de domingo o día de fiesta en que asistí a Misa en compañía de mi madre -lo normal era que fuésemos por entonces toda la familia juntos- y, al salir de la iglesia parroquial, en un grupo de mujeres que se habían parado en medio de la calle -lo recuerdo como si lo estuviese viendo- a platicar de sus cosas, y entre las que se encontraban mi madre y una tía paterna, en un momento de la conversación se pusieron a hablar de mí, diciendo que me había portado muy bien en el templo y que, por mi propia iniciativa, me había

acercado al altar de la Virgen del Carmen y había estado rezando con las manos juntas.

Fue entonces cuando una de ellas, no recuerdo quién, me preguntó: “¿Y qué le pedías a la Virgen?”. Yo, ciertamente avergonzado, le respondí, literalmente: “Que me haga bueno”. Y mi tía allí presente no dudó en responderme: “Eso no se lo tienes que pedir a la Virgen, porque lo tienes que hacer tú”. Yo no comprendí las palabras de mi tía; pero sí que me dejó una fuerte interrogante para muchos años. ¿Puedo hacerme bueno yo a mí mismo, sin la ayuda de Dios? Los años transcurridos, con su pronta y reiterada experiencia del pecado (*del mal que no quiero y sí hago*) se han encargado de dar la respuesta y la razón a aquel niño que, con frecuencia, oía decir a sus mayores, “qué malo eres, tienes que ser bueno”; y que él quería serlo sinceramente, y a pesar de todo, volvía una y otra vez a hacer cosas que disgustaban a los mayores (y a sí mismo). *¿Quién me libraré de este cuerpo de pecado? Pues, pecador me concibió mi madre!* Sólo el Amor de Dios ha hecho posible en mi experiencia humana que mi pecado no fuese la trampa de mis mejores ilusiones, ni un trasfondo de frustración para mi existencia.

Hoy, que sé que *nadie es bueno sino sólo Dios*, ya no le pido que *me haga bueno* en nada, sino sólo que sepa aceptarme en mis debilidades, perdonarme a mí mismo en mis muchas deficiencias, y no olvidar que mi único mérito personal es su Amor, que nunca me abandona. Mis contradicciones tan flagrantes, que nunca faltan, me fuerzan a esperar de Dios y de los hermanos la comprensión y tolerancia que todos necesitamos tanto.

## VI

### Un paisaje interior

He hablado, líneas arriba, del paisaje que rodea mi pueblo. Pero bien merece la pena que me detenga en su evocación. Sobre todo de aquel paraje denominado El Parque, finca privada, entre de labor y de recreo, donde viera la luz primera mi padre, la madre de mi padre, y tal vez otros antepasados generacionales de la misma rama.

Se trataba, como he dicho, de una finca perteneciente a los marqueses de Camporreal, de la que toda la familia de mi padre era y había sido secularmente arrendataria. Incluso yo heredé dicho arrendamiento compartido con mis dos hermanas, hasta que nos fue quitado hace pocos años con artes nada limpias.

Ni que decir tiene que yo amaba este lugar, trabajado penosamente por mis antepasados, hasta convertirlo en un verdadero jardín, émulo del paraíso. Desde mis primeros pasos hasta ya bien entrada mi edad adulta, ha constituido el lugar favorito de mis paseos en soledad, meditando o acompañado por libros que sabían respetar muy bien los ritmos de mi corazón anhelante. Y, aunque realmente yo no fuese el dueño material de aquellos paseos, enmarcados en palmeras, laureles, y frescos y variados rosales, puedo afirmar que este lugar me ha pertenecido a mí más que a nadie, y me seguirá perteneciendo por la eternidad, porque de él he recibido luces de las que no mueren, fuerzas de las que se construye una vida de pasión y de entusiasmo creador. También yo le di, condición para el intercambio amoroso, mis miradas más puras junto a mis latidos más tiernos. Las huellas de mis pies es seguro que nunca se borrarán de su suelo.

En el centro del jardín y frente a la casa de los marqueses, se elevaba un gigantesco eucalipto, plantado por mi bisabuelo paterno, cuyo diámetro precisaba del abrazo de cuatro hombres para poder ser abarcado. Su altura debía alcanzar entre catorce y dieciséis metros. Pues bien, nada casual debió ser que, el día en que el eucalipto cayó, podridas ya sus raíces seculares, bajo el impulso de una noche huracanada, yo, que estaba en mi pueblo recuperándome de una de las intervenciones en la vista, salí muy de mañana a andar un poco y me encaminé, sin saber muy bien por qué, hacia la finca del Parque. Estábamos a comienzos del otoño.

Cuando llegué y vi al hermoso árbol caído en orientación hacia el costado derecho de la casa, a la que no llegó a tocar prodigiosamente, y varios empleados de la finca en su entorno hablando del suceso, comprendí que había sido el mismo árbol el que me había llamado, para despedirse de mí de alguna manera, y para que aprendiera y nunca olvidara la lección de su vida y de su muerte. Por muy hermoso y robusto que fuera, era mortal, como todos nosotros. Sus raíces, que habían sabido beber de la tierra la savia que lo hizo espectacular en su tamaño durante más de un siglo, fueron también las que, en un momento, acusaron su vulnerabilidad, al ser heridas por la humedad que sobrepasaba su propia capacidad receptiva, y bajo el brutal empujón de un viento que no podía dejar de cumplir su deber de remover frondas y follajes, en aras de la vida misma de la naturaleza.

Aquel eucalipto gigante, al que yo vi crecer en anchura y altura, de año en año, durante más de cuarenta, era todo un símbolo para mí. Símbolo de los valores que se heredan, cultivando en quienes los saben recibir las virtudes de la responsabilidad y del agradecimiento. Símbolo también de la alegría de vivir, cuando se tienen raíces hondas y sanas en un terreno apropiado para crecer y dar fruto.

La finca del Parque era una franja de tierra de aproximadamente un kilómetro de larga, y en su lugar más ancho de poco más de quinientos metros. No se tardaba mucho en recorrer a pie. Entre las rocas y el río, se daba ese conjunto de parcelas de labranza,



plantadas de limoneros, naranjos, mandarinos, limas, así como de otros frutales de hueso, tales como albaricoqueros y nispereros. También había lienzos de tierra sin arbolado, donde se sembraban, sobre todo, patatas, pero también habichuelas, berenjenas y pimientos, según las necesidades o preferencias de las familias que las cultivaban. Los regatos discurrían en todas direcciones para el riego a portillo, gracias a un motor que elevaba el agua del río hasta la cequeta general que la distribuía.

Y junto a la zona rocosa, bien poblada de pinos en lo alto y de zarzamoras a la orilla de la acequia, con abundantes paleras de higos chumbos, cuyas flores en primavera rivalizaban con el dulzor de sus frutos en verano; donde no faltaban tampoco los algarrobos y algún que otro nogal fino, se respiraba un aire de libertad que invitaba a abandonarse en el misterio, pues misterio y embrujo era el espacio todo que envolvía al caminante que por sus sendas se adentraba. Agujeros caprichosos de las rocas fantasmearon rostros grotescos entre las sombras, mientras que a pleno sol invitaban al descanso en su hondura sombreada como regazo amante.

En el bosque de junto al río, que fue sin duda mi lugar favorito durante mi adolescencia y juventud, me dejaba llevar por la música del agua, cuyo sonido siempre me ha parecido la melodía más fascinante y evocadora de este mundo, capaz de transportar mi alma a regiones de divina ensoñación. En este lugar no corría el tiempo para mí. En este lugar fui sabiendo, poco a poco mejor, que el canto se hace alto y sonoro cuando la oculta corriente de los veneros más profundos se armoniza con el rumor de los árboles más altos de su entorno, y el eco de los pasos que se acercan sigilosamente no rompen el hechizo del diálogo permanente entre el río que corre y el bosque que bebe de sus aguas.

Lo que yo he vivido (pensado, sentido, soñado y amado) en este paraje, sentado bajo un álamo tatuado de corazones con iniciales, apoyado en el recio tronco de un erecto pino, contemplando el dedo señalante de un ciprés, aspirando la salud que el eucalipto brinda a nuestros pechos jadeantes, y, siempre, siempre, escuchando la canción del río, canción maestra de soledades, nunca pautada..., es algo que me pertenece tanto como el alimento que recibiera de los maternos pechos, o como la dicha y la seguridad de los fuertes hombros de mi padre en las caminatas del verano hacia el baño en el río.

## VII

### No ser “nada” para sólo “ser”

Ahora, cumplidos ya lo sesenta y siete años, no estoy en el mismo lugar que cuando comenzara a vivir la aventura de la fe, en el seguimiento de Jesús.

Cuando comencé gozaba de intuiciones como estrellas que me guiaban en la noche. Aquellas intuiciones las codificaba como promesas de una vida importante -¿quién, en su adolescencia, no ha pensado alguna vez ser un personaje célebre en este mundo?-. Y así debió de ser necesario entonces. En el cielo de mis sueños más acariciados, estaba el de llegar a ser un reconocido escritor, autor original en el campo de la poesía religiosa. Estaba también el de llegar a tener muchos amigos, siendo la amistad el clima de todas mis actividades. Y, un poco más tarde, hacia los diecisiete años, militando en la Acción Católica juvenil, se encendió ante mí el deseo de llegar a ser un buen pastor, cura en la Iglesia Católica, venerable figura entre fieles hijos muy amados. Tal era la constelación de deseos e intuiciones escritos en el cielo de mi adolescencia. ¿Qué se ha cumplido de todo ello? ¿No es más bien poco?

Ahora, de lo que estoy aprendiendo a gozar, es de ese no ser nada para sólo ser. Todo lo anterior me ha conducido a esto: al despojamiento de cuanto pudiera enturbiar la fuente pura de la desnuda existencia. La desnudez se ha convertido en metáfora y símbolo de los valores principales de mi experiencia actual de hombre y de creyente.

Vivir desnudo equivale a vivir en vulnerabilidad ante todas las fuerzas del poder y del tener que parecen acaparar masivamente el sentido de la vida humana. Vivir desnudo es también no negar a los demás tu más íntima realidad, a la vez que dejarte impactar por lo humano irrenunciable de todos tus compañeros de ruta. La desnudez es el ser de comunión que se deja comer por las necesidades de su medio.

En la desnudez se afianza la esencialidad de todo lo vivo y verdadero, y se aprende a relativizar lo que es sólo circunstancial y ornamental. Esto me ha servido de mucho en el terreno de la experiencia de fe, ayudándome a precisar lo más irrenunciable del Cristianismo, su presentación más viva ante el conjunto de religiones y culturas, como un servicio de gratuidad a la inestimable dignidad humana. La desnudez de una mirada iluminada por la fe en Cristo es capaz de derribar muros de prejuicios ante lo que nos parece distinto o incluso *opuesto* en otras confesiones e iglesias, llegando a resaltar y a valorar el servicio a la vida que en todo credo es posible encontrar, a la vez que un deber hacerlo. En la pura desnudez del corazón dialogante afirmas mejor lo que es tuyo, al tiempo que lo ofreces a los demás aceptando a la vez sus ofrecimientos, y se hace verdad la sabiduría de insistir más en lo que nos une (por pequeño que fuere) que en lo que nos separa (aunque figure ser enorme).

Dos anécdotas recientes pueden ilustrar lo que aquí quiero decir. La primera se dio en una reunión de confraternización con creyentes del Islam, donde se me había pedido que dijera unas palabras de acogida, que después de ser leídas en castellano lo serían en árabe, traducidas por un creyente musulmán allí presente. Pero, a la hora de realizar la traducción, el amigo argelino que había de pronunciarla en público, me dice que para ellos, los creyentes de la Media Luna, no tiene sentido la siguiente frase, y que por tanto la tendrá que omitir: *“Dios es Padre por igual de todos los hombres y mujeres, de los creyentes y de los no creyentes, de los cristianos y de los musulmanes”*. Para ellos Alá no es el Padre, título que corresponde a Abraham, y que dirigido a Alá suena como una irreverencia, cuando no abiertamente como blasfemia. Para nosotros, los cristianos, es el nombre por excelencia para dirigirnos al Dios de Jesús, en el que encontramos toda la dulzura, la paz y el consuelo de su Misericordia infinita.

Al principio me sobrecogió el asombro; pero pronto reaccioné: no debe haber conflicto alguno. De hecho no lo hay. También para nosotros, los cristianos, el nombre de Padre, por consolador que resulte en nuestros labios, es *inadecuado* para nombrar a Dios, porque ninguna imagen de padre terrenal, por bondadosa que fuere, se adecua con la de la Paternidad divina, que rompe por incomparabilidad todo molde de la paternidad humana.

La otra anécdota, se sitúa también en el diálogo Islamo-Cristiano, pero de contenido más *delicado* aún. Hablo en la sobremesa -hemos cenado juntos- con un joven musulmán que, enterado de que yo soy sacerdote cristiano, pide hablar conmigo. Bien pronto, con métodos descaradamente apologéticos pretende hacerme confesar que el Islam es la *religión verdadera*. Me di cuenta en seguida de que me hallaba ante un fundamentalista. “El Islam ha venido a corregir los errores del Judaísmo y del Cristianismo -decía él-; porque si estas dos religiones hubieran sido fieles en su momento, no habría hecho falta que viniese el Profeta. Además -sigue argumentando- el Islam es la religión que más crece hoy en el mundo, sobre todo en Occidente, donde el Cristianismo ha fracasado”.

Yo le digo que no me gusta discutir sobre temas religiosos, porque lo que importa es dar testimonio de la propia fe con las obras (“*Por sus frutos los conoceréis*”, dijo Jesús); y añado: además, por encima de las expresiones dogmáticas y culturales de toda religión, está el amor a tus semejantes, la solidaridad con los más pobres, la defensa de los derechos y de la dignidad humana. A lo que él me contesta, como un rayo: “¡No! ¡Eso sí que no!: ¡Por encima de la Religión no hay nada!”.

Yo recapitulo ante su respuesta que, por supuesto no comparto, pero comprendo que esa manera de pensar no es la de todos los lectores del Corán (ni del Corán mismo). Y le repito: pues mira, yo no estoy de acuerdo con eso que acabas de decir, y sin embargo sí estoy de acuerdo contigo, porque tú eres persona y yo te amo como tal, sin importarme en primer lugar el que tú seas musulmán.

Fue la primera vez que comprendí, con toda claridad, que es preciso distinguir entre el hombre y sus creencias, porque ante el Absoluto y Trascendente, el ser humano debe quedar también desnudo de sus ropajes religiosos. Y ¿cuántas veces nuestras formulaciones confesionales no son otra cosa que caretas de actor para disimular y ocultar nuestra íntima realidad (nuestra pobreza radical no aceptada) ante el prójimo (¡que no ante Dios!)?

La desnudez es metáfora de lo sencillo, puro, limpio. La desnudez, aplicada a la lectura e interpretación de la Palabra de Dios, es un camino inédito para cada uno de cuantos se aventuran por él. Siempre es nueva cada página del Evangelio cuando es leída con ojos despojados de todo tipo de interés o prejuicio. Es siempre una invitación a arrojarse en los brazos del Misterio, única realidad que nos descifra la grandeza del ser humano para Dios. La Palabra desnuda del Evangelio, desnuda de clichés moralizantes o doctrinarios, ofrece a todos el Abrazo más estrecho y reconfortante de la gozosa intimidad divina.

No es ni puede ser la lectura del Evangelio cosa exclusiva de eruditos o estudiosos, conocedores de las claves interpretativas, lingüística e históricas del texto revelado. De ser así no sería la Buena Noticia a los Pobres, a los sencillos y a cuantos tienen hambre y sed de la salvación. El Logos Eterno, encarnado en la condición humana y en las leyes del cosmos, sale al paso de todo hombre y mujer de buena voluntad que ama la vida, la cuida, la respeta y está convencido de que no puede ser un absurdo nuestra existencia humana sobre la tierra.

Tampoco la lectura o interpretación de ninguna revelación o libro sagrado de cuantas religiones existen hoy en el mundo, nos autoriza para usarlo como argumento contra otra *revelación*, para desautorizarla o restarle validez en sus aportaciones. Sólo el

diálogo interreligioso puede acabar con los funestos fundamentalismos que niegan de conjunto a Dios y al Hombre. Yo sospecho de toda religiosidad donde lo humano no es tomado profundamente en serio.

## VIII

### Todo desnudo es bello

A lo largo de unos quince años, comprendidos aproximadamente entre los cuarenta y cinco y sesenta de edad, he vivido, en la montaña y junto al mar, con sorpresivo e inenarrable gozo, la experiencia del nudismo, permitiendo a mi cuerpo entero disfrutar de horas benéficas de simple y casta comunión con el entorno natural.

Cuanto he sentido en mi ser más vivo a través de esas horas, a veces jornadas enteras, de sol a sol, es imposible transmitir en estas líneas testimoniales. El nudismo, como cualquier otra vivencia que suponga sumergirse con potencias y sentidos en algo nuevo y deslumbrante, abrió muchas y anchas puertas de mi conciencia a la alegría de vivir y a la suprema grandeza de lo natural y sencillo. ¿Habrá algo más simple, y a la vez más festivo y exultante, que aprender a ser el que tú eres físicamente, en contacto por todos los poros de tu ser con los elementos (agua y tierra, sol y aire) que representan y sostienen la armonía cósmica?

Las directas sensaciones, prolongadas en la piel, del sol, el viento, la brisa, el agua acogedora del mar, bruñendo cada uno de mis miembros; colores y sonidos ambientales, traducidos en poesía y música por la soledad y el silencio, devenían, sin haberlo pretendido ni esperado, en verdadero e inconfundible néctar de los dioses. Era el milagro de estar vivo, la bienaventuranza conseguida, la certidumbre de que el humano no es un ser para la muerte.

En momentos tales, mi acción de gracias al Creador, era mucho más, infinitamente más que una expresión intelectual de reconocimiento de su grandeza y poder. Todo mi ser unificado se alzaba en alabanza al Señor de la Presencia Universal y del Amor hecho caricia de táctiles elementos. Era en mi cuerpo, y no fuera de él, en mi cuerpo vibrante como cuerda musical tensada y bien tañida, donde sentía el calor de un entusiasmo vital como jamás lo hubiera sentido antes. Mi cuerpo -y con él, todos los cuerpos-, más sagrado y más digno de respeto, más instrumento de comunión y nota particular del canto general de un mundo liberado. ¿Qué nos impide considerar el desnudo humano, lo mismo el del varón que el de la hembra, como el icono más vivo de la divina trascendencia? El día en que aprendamos a amar su fragilidad y a respetar su hondura, habremos dado el paso más decisivo para una humanidad en abrazo.

Entre quienes ven el cuerpo humano como ocasión de pecado y los que lo miran como ídolo de las más refinadas satisfacciones, siempre permaneceremos los que lo contemplamos como la maravilla de las maravillas, lugar por excelencia de la belleza y del amor, ofrecido por el Creador desde nuestro propio ser y en todos los seres humanos, para la comunión más profunda y la alabanza más sincera. Desde esta perspectiva, el desnudo humano, deviene metáfora de *la verdad que nos hace libres*, con esa libertad de aceptar nuestra necesidad del otro, de ser corporalmente con el otro y para el otro; necesidad que, de ser negada, nos destruye. Nunca he podido mirar un desnudo humano sin que mis ojos se desnudaran de la negra lascivia y la babosa posesividad, bajo el firme empujón de la alabanza a su Creador, ¡tan presente!. Esto es tan cierto como la alegría que tales experiencias abre en mi corazón, dejándolo a su vez desnudo ante el Misterio.

De mis vivencias nudistas anoté en el trasfondo de mi conciencia que todo lo desnudo es bello. Se afianzó mi amor de siempre a la desnudez como metáfora de vida auténtica y compartida. Y supe que hombre desnudo es aquel que ama la vida por sí misma, sin necesidad de fastuosidades que aparentan lo que no es, ni andamios de ropajes que sólo esconden autoengaño. Sí; todo desnudo es bello y, especialmente, el

desnudo humano, síntesis de toda belleza, verdad y bondad creadas. Lo hermoso, lo verdadero, lo amable, lleva consigo la desnudez que lo enaltece al ofrecerlo.

Algo en mí, que yo no he pretendido, puso desde mi infancia alerta mi espíritu ante el hecho positivo de la desnudez del cuerpo. Ocurrió hacia mis diez años: excursión de fin de curso de toda mi escuela al mar, que me proporcionó la primera ocasión de verlo, de disfrutarlo, de entregarme a él con toda la fuerza de mi ingenuo corazón. Tan pronto descendimos maestros y niños del vehículo que nos había transportado -un camión con bancos de la escuela alineados en su carrocería- yo, atónito ante el espectáculo, seducido por aquel inmenso e incontrolable azul del mar, bañado por una luz que enardecía los más profundos sentimientos, me quité toda la ropa -¡y eso que yo era un niño muy púdico!-, y me quede con los brazos caídos, desnudo frente al mar.

Pero la primera ocasión que se me ofreció -verdadero regalo del cielo- de contemplar el cuerpo humano totalmente desnudo, ocurrió cuando yo debía de contar catorce o quince años. En los umbrales de mi juventud se me reveló el desnudo humano como la síntesis más acabada de cuanto existir pueda de noble, hermoso y verdadero en esta vida, a la vez que lo más débil y vulnerable (lo que necesita ser tratado con mayor cariño y respeto) de nuestra existencia peregrina. A la sensibilidad contemplativa que me acompaña desde mis años de infancia, se unió con el tiempo y el cultivo de la fe cristiana, una determinada lectura de la Creación Bíblica -y *vio Dios que todo era bueno*-, que me permitieron acercarme a toda bondad creada para comulgar con su Creador, presente en cada una de ellas. Y el cuerpo humano vino a ocupar, naturalmente, el lugar más destacado en mis experiencias de exultación ante lo bello. ¿Hay algo más vivo para hablar del Dios Viviente que el desnudo humano? (Aunque, lo más hermoso, suele ser también lo más profanado entre los hombres).

Mi primer encuentro contemplativo con lo sublime del desnudo humano, ocurrió así. Aquella tarde, como otras muchas del calurosísimo verano de mi tierra, fuimos en pandilla a bañarnos al río una media docena de amigos, más o menos de la misma edad. La sorpresa fue cuando, uno de ellos, en contra de lo habitual entre nosotros, salió completamente desnudo del cañaveral donde dejábamos la ropa de calle para ponernos el exiguo bañador. La extrañeza y sorpresa que a todos nos produjo aquel atrevimiento del compañero, no tardó en convertirse en respetuoso silencio lleno de admiración (y a mí me pareció que, también de envidia). El improvisado nudista sonreía desafiándonos a todos y a todo, con un desenfado que parecía decir: sí; este soy yo; no hay nada que ocultar. Se mostraba tan limpia, tan armoniosamente en su ir y venir, en su entrar y salir del agua, en su participar de las conversaciones, que parecía en medio del grupo y de la pródiga naturaleza envolvente un dios pagano, destilando gracia y bendiciones por todos los poros de su ser.

Si se me pidiera describir el cuerpo de aquel adolescente amigo, sólo podría decir, más de cincuenta años después, que era más bien atlético que espigado, que en su rostro resplandecía una amplia e inalterable sonrisa, y que su piel, de un rubio ambarino apenas tostado, parecía resplandecer con luz propia, desafiando a la misma e intensa luz del sol de la tarde estival. Pero de sus miembros, músculos, elasticidad y otros detalles orgánicos, no permanece nada vivo en mi interior, salvo el gozo de la serena comunión.

Lo que yo intuí en aquella experiencia de contemplación del cuerpo de un muchacho amigo, sin que en aquel momento pudiera ponerle palabras -y aún ahora, balbucientes-, fue que el amor en general, y muy en particular a la persona, no es ni puede reducirse a la compasión ante las miserias y dolores que nos afligen, sino también, y de manera muy especial, a la admiración y el gozo ante las perfecciones y buenas cualidades que le asisten. Este amor de admiración que no niega, más bien lo refuerza, el amor de compasión, me parece hoy más urgente que nunca para salvar a nuestro mundo de tanto narcisismo que encierra a la persona en sí misma, y de tanta

falta de respeto con que se lesionan con harta indiferencia por doquier la vida y los valores humanos. Siempre que admiro con sinceridad algo de alguien, salgo de mí mismo para encontrarme en una experiencia más dilatada del *nosotros*. La alegría por las cosas buenas de los demás, nos libera de toda forma de envidia y ambición.

La belleza tan atrayente de aquel cuerpo juvenil, pletórico de energía cósmica y de alegría de vivir, pasó a ser, gracias a la contemplación de amor con que se me dio mirarle, fuente permanente de belleza en mi corazón. Fue su visión como el relámpago de una visita fugaz e inesperada, que turba y apacigua al mismo tiempo. En ese cuerpo de varón adolescente amé en un instante, y con intensidad de pasión infinita, todos los cuerpos adolescentes de la vida. Sin darme cuenta de ello, se me reveló el desnudo -que ya me había turbado años antes, hasta las lágrimas, en la contemplación gráfica de esculturas griegas- como la expresión más acabada de la fragilidad de todo lo bello en este mundo, y el símbolo más fehaciente de esa incomparable grandeza que habita al ser humano, y que tiene en la etapa adolescente su más fascinante y seductora manifestación.

Con el paso de los años y el estudio de la buena teología contemporánea, supe también que aquella intuición tan viva de mi infancia y adolescencia sobre la Belleza como icono de lo divino, como comunión con el misterio, tendría en el actual pensamiento cristiano su más genuina expresión y su más firme defensa. ¿Quién no recuerda aquí a von Balthasar, indiscutible paladín de lo Bello como categoría reveladora del Dios Viviente? Pero yo prefiero traer otra cita, correspondiente a Paul Evdokimov (**Ortodoxia, Iniciación al Icono, 237, Barcelona 1968**), cuya sensibilidad me parece más acorde con mi experiencia vivida: *Cristo libera a los hombres de la idolatría, no de un modo negativo, suprimiendo cualquier imagen, sino positivamente, revelando la verdadera figura humana de Dios. (...)Y, ciertamente, el mejor Icono de Dios es el Hombre.*

¿Por qué y para qué se me ofreció aquella experiencia de entusiástica admiración ante el desnudo humano, en el cuerpo de un muchacho cercano a mí, de forma tan intempestiva y gratuita, con tal carga de fruición y de ternura, que hasta hoy continúa manando en mi recuerdo luces de comunión con lo más sincero e inquietante de esta vida, que deja de ser tal, lejos de esa apertura que nos deja indefensos ante *el misterio del otro* que nos invade? ¿Por qué no he podido olvidar aquella tarde (una más entre tantas y, sin embargo, ¡tan distinta a todas las demás!) junto al río de mi pueblo, silenciosa y recogida para mi espíritu, en medio del bullicio y de los juegos incesantes que me reclamaban desde el grupo? ¡Cuánto me gustaría tener una respuesta clara que, posiblemente, sólo se me dará en el más allá, donde toda contemplación de lo bello es abrazo de eternidad -¡espero!- con Dios mismo, su Creador y su Fuente!

Mientras tanto, con J.R.J. me atrevo a gritar, como lema que cifra la pureza última de mi andar por este mundo: *Cuerpo desnudo y alma libre: ¡eterna juventud de mi canción!*

## IX

### Elegía por un paisaje del alma

Quiero entonar ahora la elegía por un paisaje perdido, un paraje bien amado, rincón de lúdicas querencias de mi espíritu juvenil, castillo encantado de mis pasos orientados, como imantados, por ese *himno gigante y extraño que anuncia en la noche del alma una aurora*.

Cuando regresé al pueblo para las vacaciones de verano, corrí, como a los brazos amantes, a buscar el cobijo de aquellos árboles que tanto sabían de mi querer y de mi soñar. Bajo ellos, junto a ellos, unas veces solo, otras con los amigos de la misma edad, he dejado correr las horas tranquilas, las horas que no discurren, porque son en cada uno de sus instantes plenitudes del gozo de la sincera comunicación.

Sí; aunque a alguno le cueste creerlo: yo hablaba mucho con los árboles y escuché muchas confidencias de ellos, en el interior de aquel bosquecillo semi salvaje, poblado principalmente de álamos, pinos y eucaliptos, todos ellos añosos de tronco y nobles de largas soledades.

Se accedía a él, en las inmediaciones del establecimiento termal, junto a un río poco caudaloso pero de aguas constantes y límpidas, pasando bajo una canaleta de madera que, a modo de acueducto improvisado, hacía correr el agua de la acequia del Parque hasta la del Balneario (ambas fincas fueron en épocas anteriores de un único dueño), sostenida, eso sí, por recios pilares sobre ambas márgenes del río. Tan precario acueducto, artesanía de un modesto carpintero de pueblo, no tardó, literalmente, en hacer aguas. Quiero decir que las juntas de la madera cedieron en algunos puntos de la canal aérea, dejando caer chorros, más o menos copiosos, del agua que transportaba. Y, precisamente sobre el punto de entrada al bosquecillo, era donde más tupida se hacía la cortina de agua, remedo de singular cascada, que te veías forzado a atravesar, dejándote refrescar por la juguetona linfa, si querías penetrar en el misterio de la arboleda.

Para los muchachos como yo, atraídos tan fuertemente por lo numínico del paraje y de la naturaleza envolvente, atravesar aquella cortina era como dejarte transportar a un país de ensueño. Nunca se salía de allí igual que se había entrado. ¿Qué pasaba en el interior del familiar bosque, donde para ver el azul del cielo tenías que atravesar con la mirada una espesa bóveda de ramas entrecruzadas en lo alto? ¿Qué tenía aquella luz tamizada, que descendía vertical o perpendicularmente, según las horas del día y las estaciones del año, dejando en ramas y en hojas pliegues de su desnuda tersura, trofeos de su brazo vencedor, que había sabido atravesar espacios sin cuento, para poder estrechar con inmensa ternura a aquel reducido conjunto de árboles, aguas y piedras?

El sol se hacía especialmente juguetón en aquel privilegiado rincón. Los troncos grises, descortezados, de los álamos; los fibrosos mástiles de los eucaliptos, y las rugosas columnas de los pinos, verdaderos pilares de un templo acogedor de lo sagrado, mezclaban sus fragancias con sus músicas, sus luces con sus sombras, sus colores cambiantes con los arabescos de su proyección en el aire, llenando el sobrecogedor ámbito con señales de lo inasible.

Allí no hacía falta más que mirar, y mejor aún, sentir con todo el cuerpo, para ser receptor de mensajes pacificadores, de lecciones de vida y de amistad, que irían poco a poco conformando mi talante contemplativo, dado más a escuchar que a decir, más inclinado a admirar lo otro que a imponer lo propio. Y así fue como acabé en confidente sentimental de la mayoría de aquellos árboles. Cuando volvía a estar entre ellos, tras una ausencia más o menos prolongada, los oía gritar de júbilo al verme



penetrar bajo sus frondas. Y cuando ya los había mirado detenidamente, abrazado con tierna pasión, besado, incluso, en sus hojas más jóvenes y en sus heridas más recientes, comenzaba el diálogo, sabroso intercambio de aquello que más éramos ellos y yo, cada uno para el otro.

A nadie extrañará, conociendo estos pormenores que, cuando aquel verano acudí a mi bosquecillo, para iniciar el intercambio de gracia y de ternura poética a que estábamos acostumbrados, llorara, llorara inconsolablemente y durante horas, llorara lágrimas de quemante desconsuelo; porque apenas habían respetado una docena de árboles, de los más externos, y habían talado todo aquel ámbito del misterio anclado en la vida. Habían mutilado gravemente mi vivencia espiritual (y creo que la de muchos otros), al arrancarme la posibilidad de seguir siendo, ocasionalmente, un árbol más entre otros árboles, un alma encarnada en la fecundidad de aquel seto, junto al río, clamoroso de valores seculares compartidos.

El bosquecillo fue talado, según supe más tarde, para alimentar calderas de calefacción. En su lugar, pasados meses, se plantó una lírica chopera, a la que tampoco se le concedió larga vida.

Tenía yo, cuando sucedió esto, veinte años. Con la desaparición de aquel paraje encantado, se agotó, sin duda, una veta importante del más rico filón de mi capacidad de soñar despierto, es decir, de mirar la vida como espacio de alegría compartida. Se me cerró un boquete abierto a la luz más pura de la gratuidad. No obstante, mis vivencias espirituales y poéticas, inmerso en aquel rincón, permanecen en mí, y no como nostalgia del pasado, sino como impulso a no renunciar nunca en la búsqueda de la belleza que nos salva.

## X

### Primeras lecturas

Aprender a leer y sentirme subyugado por el placer de la lectura, constituye uno de los primeros y más significativos hallazgos de mi infancia.

Mis primeras lecturas fueron, naturalmente, los cuentos universales, muchas veces en versiones adaptadas y con ilustraciones -Perrault, los hermanos Grimm, Andersen, etc.-, así como los cómics del momento, entre los que tuvieron especial relevancia El Guerrero del Antifaz y Roberto Alcázar y Pedrín. Tales lecturas ocupaban todos mis ratos de soledad, educándome poco a poco en ese saber estar a gusto conmigo mismo que tanto bien me ha reportado a lo largo de mi entera existencia. Y no es que desde los siete u ocho años fuese yo un tipo misántropo que buscase en la lectura una huida de la relación y comunicación con los demás. ¡Qué va!. Como queda dicho en algún otro lugar de estas confesiones, el trato y el juego con los amigos constituía claramente una de las necesidades más imperiosas de mi espíritu infantil, tan vital o más que la de la lectura.

Parece ser que tan temprana alternancia entre vida compartida y momentos de buscada soledad, tallaron las facetas complementarias de mi sentido de ser hombre, que no han cesado de dar frutos de mutua fecundación. No creo que jamás haya sido dominado de una forma duradera, hasta hacerme daño, ni por la introversión que aísla y termina por hacerte un extraño a los demás, ni por la extroversión que te hace vivir a rastras de los acontecimientos en frustrante dependencia de lo superficial o de cualquier convencionalismo al uso. Si hace años pude escribir con plena convicción y agradecimiento aquello de “¡Bendita Soledad, que tanto bien me ha hecho!”, hoy creo que debo subrayarlo matizando así: ¡Bendita afición temprana a la lectura, que me abrió la puerta de la soledad positiva, y me condujo a ordenar las ideas y los sentimientos en función de la comunicación de las existencias!

Creo que uno de los frutos no menos valiosos de esta alternancia entre soledad y convivencia, ha sido el de llegar a ser muy selectivo a la hora de escoger mis libros, buscando en ellos preferentemente respuestas a las pequeñas o grandes interrogantes que me iba planteando la fidelidad a mí mismo y la necesidad de ser y de actuar con los demás. Al placer de la lectura, matizado cada vez más como gozo de encuentro con la verdad de mí mismo y del mundo en que me había tocado vivir, se añadió el placer, en nada inferior, de vivirme a mí mismo, a través de los libros seleccionados, en el vasto campo de los que no se conforman con respuestas estereotipadas, respuestas estándar, que en nada ayudan a hacer crecer la vida en la orientación de la dignidad y grandeza humanas inalienables. La lectura terminó siendo para mí, gracias a los cimientos colocados en la infancia, un sincero compromiso con la vida, una actividad a favor de la incomparable aventura de hacerse persona. Y en esta orientación, algunos de mis autores más frecuentados, llegaron a ser para mí, ya desde mi adolescencia, verdaderos compañeros de camino.

Podría decirse, a modo de resumen, que mi temprana afición a la lectura junto al tipo de lecturas que más me influyeron, me predispuso a subrayar la dimensión ética de la existencia humana, sin que me fuera ya nunca posible separar el uso de mi libertad de la responsabilidad personal sobre la marcha del mundo, así como de la solidaridad en los procesos y necesidades de los seres humanos. Páginas como aquellas de “*La razón de la fuerza y la fuerza de la razón*”, que una mañana fueron leídas en voz alta por alguno de mis compañeros de curso -ejercicio práctico para aprender a leer con sentido y en público, como se nos trataba de enseñar-, recuerdo que penetraron tanto en mi conciencia -tendría yo sólo ocho o nueve años- que durante varios días no pude dejar de pensar en ellas, comentándolas con mis más amigos, pero más aún con mis

mayores. Comprendí ya entonces que la ley del más fuerte suele estar reñida con la justa razón, aquella que renuncia a esgrimir otra fuerza para convencer a sus contrarios que la claridad o esplendor de la verdad misma, negada tan frecuentemente por la fuerza bruta, la que rechaza toda razón que no sea la suya.

¿Intuí ya entonces que *todo poder oprime* -como enseña el Evangelio-, y que sólo en el amor que sabe morir se esconde la única fuerza que defiende eficazmente la vida? De esta verdad estoy cada vez más convencido. Y ¿no es significativo el que no se hayan borrado de mi memoria momentos tan tempranos de mi conciencia, abriéndose al poder convincente de la verdad y del amor? Como Hölderlin -a quien cito ahora de memoria- yo podría decir también: ***Nunca aprendí nada de labios de los humanos, porque yo crecía en brazos de los dioses.*** Entiéndaseme, por favor. Si hay que creer en el destino de la persona, no como un *fatum* que nos rige inexorablemente, sino como un conjunto de fuerzas naturales y sobrenaturales que luchan por armonizarse en el núcleo dinamizador de una vida humana, y que desde la conciencia de sí mismo llaman a la responsabilidad de hacerse en fidelidad, hasta llegar a ser una persona única e irrepetible..., mi destino se me reveló bien pronto como el de un ser de extremada sensibilidad, tan capaz del llanto más desgarrado como del gozo que desemboca en el éxtasis. Una sensibilidad incluso capaz de encontrar el éxtasis en el llanto, así como el más inconsolable llanto en el vértice del éxtasis más sublime.

A propósito de esta sensibilidad que me acompaña, como gracia y condena al mismo tiempo, voy a contar una anécdota que considero de elocuente significación. Fue en la fiesta de Reyes, recién cumplidos los diez años, cuando, junto a un revólver que yo había solicitado para jugar al *Western* con mis amigos (todavía no existía campaña alguna contra el juguete bélico ni sexista), se me regaló, en formato grande y con ilustraciones a todo color, el libro de Oscar Wilde "El Príncipe Feliz y otros cuentos". Pronto me dejé cautivar por la poesía del lenguaje, pero más aún por la nobleza de sus personajes -el Príncipe que se entrega hasta agotarse, ayudado por una compasiva Golondrina; y el Niño de las llagas que consigue la conversión del Gigante Egoísta -, que no tardaron en performar en mi maleable psiquismo claras y fuertes inclinaciones a la bondad natural.

Pues bien; estando yo una noche de invierno al fondo de la pequeña cocina de casa, sentado entre el fuego encendido y el tinajero formado por dos amplias vasijas brillantes de rojo almagre, con tres grandes lebrillos colocados entre las tinajas y la pared, decorados con gallos de enhiesta cresta y vistoso plumaje, así como con caprichosos ramajes de vivos colores en esmalte, entró mi madre, que venía de detrás del mostrador, de hacer la venta de la tarde, y me sorprendió con el libro de El Príncipe Feliz entre mis manos y los ojos arrasados en lágrimas. No tardó en darse cuenta, con esa intuición única de las madres, de lo que le pasaba a su pequeño. Me sonrió primero y después me dijo, casi en un susurro: "Hijo, no llores; si eso no es más que un cuento". A lo que yo respondí, avergonzado por haber sido sorprendido en mi debilidad, aunque con inusitada energía: "¡Sí, lo sé; pero es verdad, pero es verdad!"

Hoy me pregunto: ¿qué quería afirmar aquel niño de apenas diez años, con tan rotundo "pero es verdad, pero es verdad", referido al cuento que acababa de leer? Es difícil indagar ahora las razones o sinrazones de aquella alma infantil. Lloraba; eso es cierto. Vivía lo que leía; eso también es verdad. ¿Tal vez comenzaba a comprender que el dolor de este mundo, especialmente el de los más abandonados, sólo en el amor que se sacrifica por los demás, encuentra una respuesta adecuada? No sé. De todas formas, tras mucho haber vivido y mucho haber leído, pienso que hay ficciones más verdaderas que la propia realidad. Hoy, cincuenta y ocho años después, he vuelto a leer El Príncipe Feliz, ¡y he vuelto a terminar llorando!

Entre los libros de lectura escolar que, con certera pedagogía, escogía cada curso la dirección de mi escuela, en mis dos últimos años de primaria, allá entre el cuarenta y

cinco y el cuarenta y siete del pasado siglo, nos tocó leer el precioso librito de Edmundo de Amicis, llamado **Corazón**. ¡Cómo ansiaba que llegase el momento dedicado a su lectura, para seguir, en las anotaciones del diario de Enrique, la aventura personal de aquellos muchachos (el noble Garrón, el jorobadito Neli, Coreti el trabajador hijo de leñero, Estardi con su cuidada biblioteca, etc.), que terminaron siendo mis compañeros de vida, mucho más cercanos que algunos de los que se sentaban junto a mí en los pupitres!

También en casa leía y releía el humano y tierno libro de Amicis. Llegué a aprenderme de memoria alguno de sus párrafos, y a recitarlos en público en los "Jueves de Enseñanza", institución que se llevaba a cabo un jueves cada mes, para mostrar a padres y familiares de alumnos los progresos realizados por sus hijos en conocimientos escolares, así como las habilidades intelectuales desarrolladas por los mismos. Recuerdo con pena que mis padres no solían ir a aquellos actos, porque sus ocupaciones u otras circunstancias personales no se lo permitían.

Un día escuché decir a mi querido profesor -D. Alejandro Medina, a quien quiero rendir aquí mi mejor recuerdo agradecido-, hablando con una persona mayor que no logro recordar quien era, y sin recatarse de que lo pudiéramos oír los alumnos que estábamos alrededor, que el señor Arzobispo de Toledo, Primado de España, había prohibido la lectura del libro **Corazón** en las escuelas de todo el Estado Español. Mi maestro no lograba alcanzar los motivos de tal prohibición, y se deshacía en elogios de los muchos valores humanos que contenía dicho libro, verdadero florilegio de virtudes patrióticas y sociales, de amistad sincera y espíritu de servicio. Estuve varios ratos rumiando las palabras de mi maestro de primaria, y no he podido olvidar -tanto amaba yo dicho libro, y tanto bien parecía hacerme su lectura- aquel suceso, cuya normativa exacta de prohibición y su alcance de protección sobre las mentes escolares (pretensión indudable del purpurado), no se me hizo evidente en su momento; ahora pienso que, si bien, dicho libro -que he vuelto a leer otra vez ya en mi edad adulta-, no posee una explícita referencia a la doctrina Católica, sí que está impregnado de substancia evangélica, de una ética que hace recordar de continuo a Jesús de Nazaret y las enseñanzas de su vida. Por ello me sigo preguntando: ¿qué tipo de peligros, o qué miedo en concreto, impulsaba al señor Cardenal a tales llamadas de precaución?

Hubo también otro libro, que pasó rápidamente por mis manos, pero dejó honda huella en mi corazón, allá a mis once o doce años. Se titulaba -creo- **Amanecer**, y era su autora -si mal no recuerdo- una tal Josefina Bolinaga, que más de una vez he pensado se debía tratar de un seudónimo, pues nunca más volví a ver tal nombre en publicaciones similares, pese a lo mucho que yo visitaba la única librería de mi pueblo. El libro fue regalo, no recuerdo bien si de Reyes o por mi onomástica. Lo que sí recuerdo es que se trataba de pequeñas narraciones con protagonistas infantiles, impregnadas de un profundo realismo, una sutil denuncia social y una fuerte carga de emotividad. A mí me pareció cuando lo leí un mensaje de la divinidad dirigido directamente a mi espíritu. Como si aquel libro se hubiese escrito pensando en mí. Pero lo presté a alguien, que debió ser persona muy entrañable, pues de lo contrario no la hubiera hecho partícipe de tan íntimo tesoro, y nunca más volvió a mis manos. Desde entonces lo he buscado, hasta recientemente, en librerías de antiguo y puestos de lance. ¿Es que no era ese el título ni el nombre de su autora el que yo recuerdo? Puede ser. ¿Acaso ha crecido dicho libro dentro de mí a proporciones muy superiores a las reales, debido a la nostalgia que me acompaña por su pronta pérdida? También es posible.

Hoy me conmueve pensar que un simple libro pudiera adquirir tanto poder sobre la mente de un muchacho del mundo rural, como yo era. Hasta el punto de que siempre he sentido que, con la pérdida de aquel libro, se me robó una partecita muy viva de mi preadolescencia. Y debo confesar que todavía ahora sigo buscando **Amanecer** (o,

como se llame), de Josefina Bolinaga (o, de quien fuese), como quien se resiste a renunciar a los juegos y bromas con el camarada más amado de la pandilla, aquel con quien, en esa edad, solemos cifrar la máxima felicidad posible.

Entre los trece y catorce años leí muchas novelitas del Oeste, y algunas también policíacas y de misterio. Pero mi adolescencia vendría ya marcada principalmente por el interés por la poesía, sin que por ello autores como Julio Verne y Mark Twain (entre otros) dejaran de proporcionarme momentos de mágica soledad en compañía de los héroes de su espléndida narrativa. Caí, todavía niño, en brazos de la Poesía, dama de misteriosa belleza y fuertes brazos de pasión. La amé y me sentí amado por sus infinitas resonancias de ensoñación y de libertad que me proporcionaba, dando a mi alma el vuelo más audaz y los aterrizajes más dichosos en los campos de la verdad y del amor humano y divino. El placer de su música verbal y de su constante incitación a ir más allá de lo inmediato expresado, no sólo me enseñaron a gozar ampliamente de lo conocido, sino al mismo tiempo a respetar lo desconocido, descansando en el misterio que mejor nos contiene y descifra.

Fue mi paisano Vicente Medina, cuya sombra todavía deambulaba por las calles del pueblo que lo vio nacer (pero no morir), y cuya efigie de barba y sombrero decimonónicos permanecía fresca en las pupilas de mis padres y abuelos, que lo trataron personalmente, quien me abrió el *sancta sanctorum* de la auténtica Poesía: la que toca el corazón para abrirlo a nuevos e insospechados horizontes de fidelidad a la grandeza y debilidad de todo lo humano. Después de Vicente Medina sería Bécquer; y luego ya se haría interminable el catálogo de títulos y nombres que nunca han cesado de *manar dentro de mí el agua que salta hasta la vida eterna*. Mi poesía preferida es la, *poesía cosa cordial*, de don Antonio Machado; es la, *poesía desnuda mía para siempre*, de Juan Ramón Jiménez; Y es, la de aquel entusiasmo sobrenatural de Hölderlin, que le hace exclamar:

*Los poetas debemos entrar con la cabeza descubierta hasta el mismo centro de la tempestad.*

*Con nuestra propia mano hemos de agarrar el rayo celeste y, envueltos en nuestro canto, transmitir al pueblo el don divino.*

*Pues sólo nosotros tenemos el corazón puro como el de un niño y sólo nuestras manos son inocentes.*

*El rayo celestial no nos aniquila y, aunque nos sacude el dolor divino, nuestro corazón, eternamente, permanece firme.*

## XI

### El Amigo Jesús

He hablado más arriba, amplia aunque no exhaustivamente, de la influencia que tuvo en mi alma de niño y adolescente el paisaje de mi medio natal y las lecturas que me acompañaron. Pero hubo otro factor, también influyente y decisivo en la formación de mi carácter y costumbres, desde los primeros años de mi vida: se trata del factor religioso.

Mis padres no eran *beatos*, en el sentido que se solía dar por entonces a esta palabra: personas muy metidas en las sacristías. Eran, sí, creyentes firmes de Misa dominical y oración en familia. Mi padre también solía asistir, más que mi madre, a los ejercicios piadosos que se practicaban los domingos en la tarde (entonces aún no se celebraba la Eucaristía fuera de las mañanas) en la parroquia; y, a partir de tener yo cuatro o cinco años, gustaba de llevarme con él. Muy temprano me impresionó la honda devoción de mi progenitor, arrodillado en gran recogimiento ante el Santísimo expuesto, o desgranando las avemarías del rosario con concentrada unción. Cuando los veía comulgar, sentía, más que pensaba, que estaban haciendo algo sobremantemente grande, algo que no podía hacer cualquiera; pero ellos sí, porque eran amigos de Dios.

Yo también quería ser amigo de Dios, como mis padres. Yo también quería saber qué se experimentaba al comulgar el Cuerpo de Cristo, y qué había detrás (o dentro) de unos ojos entornados durante la quietud de la plegaria. Es cierto que yo miraba mucho a mis padres en todo, y que en todo quería ser como ellos. Mi religiosidad de entonces, creo que hasta incluso los catorce años, no fue otra que la de la imitación de mis mayores y el deseo de agradecerles haciendo lo que ellos hacían y lo que a ellos les gustaba.

Mi despertar religioso se produce hacia los catorce años de edad. Desde los diez años solía yo masturbarme, costumbre que no recuerdo cómo empezó ni bajo qué influjos, pero que yo practicaba como una fuerte tensión que dominaba instantáneamente mi organismo y me empujaba violentamente a dicha acción; en los comienzos más espaciada, pero poco a poco con periodicidad diaria o incluso más frecuente. Yo no sabía que ese acto fuese pecado, según las normas de la moral cristiana. Seguía confesando y comulgando todas las semanas, sin hacer mención en el confesionario del vicio solitario. Cierta que alguna vez el confesor me preguntó si cometía actos deshonestos; pero no comprendía bien lo que me quería decir con tales palabras, y siempre respondí que no, pensando que eso debía ser algo muy terrible y no al alcance de mi mano. El velo que cubría mis ojos en este aspecto carecía de la más mínima voluntariedad por mi parte.

Sería con motivo de unas Misiones Populares habidas en mi pueblo cuando, escuchando la prédica de uno de los padres redentoristas dirigiéndose a muchachos, jóvenes y adolescentes como yo, se me abrieron los ojos y comprendí la *pecaminosidad* de mis actos inveterados.

No me costó demasiado liberarme de aquella práctica sexual. Confesaba cada acto cometido como falta contra la pureza, y comulgaba con más frecuencia pidiendo al buen Jesús el dominio total de ese instinto. Y el buen Jesús me ayudó. Leí algunos libros sobre el tema, que me prestaron compañeros de la Acción Católica juvenil, con notable provecho. Y no es que no volviera ya nunca a cometer tales actos, sino que éstos se espaciaban más y más, y el dolor de su comisión me empujaba más y más a buscar en los brazos de Jesús el perdón y la gracia de no volver a caer.

Es a partir de esa edad, los catorce años, y hasta aproximadamente los dieciocho, cuando experimento una inenarrable dulzura, casi todas las veces que comulgo, como un fuego vigoroso y tierno a la vez, que me sube desde el corazón hasta el rostro y me deja extenuado al tiempo que me sacude interiormente con el gozo de lo definitivo y total. En aquellos momentos temí más de una vez que las personas que estaban cerca de mí en la iglesia notasen algo raro en mi persona. No me atrevía a levantar la cara ni a mirar hacia ningún lado. El fuego, que duraba breves minutos, me dejaba de una pieza, lúcido y sereno, pero traspasado de asombro. No me gustaba que me ocurriese aquello, pero percibía que no era nada del maligno y que, como alguien acertó a aconsejarme, lo mejor era no hacerle caso. Ni desearlo ni rehuirlo.

La amistad, pues, con Jesús, en la participación eucarística frecuente, en las visitas al Santísimo, y en la meditación de los Evangelios y algunos libros espirituales, me sostuvieron y me alentaron a ponerme en camino en el seguimiento de Jesús. Leí por entonces "Vive tu vida", de M. Arami; "Jesús, Maestro de apóstoles", de Vicente Enrique Tarancón, y otros buenos libros que dejaron huellas, más o menos sensibles, en mi modo de ser y de pensar. Hacia los dieciocho años comencé la lectura de las Obras de Santa Teresa de Jesús, que ya no dejaría en el resto de mi vida: ¡Dichoso momento!

Son precisamente estos, de los catorce a los dieciocho, mis años de militancia en la Acción Católica. Los diecinueve ya los cumpliría dentro del Seminario de San José, de Murcia. En aquella Acción Católica, *llevar almas de joven a Cristo*, era para mí mucho más que un bello lema a vivir, a poner en práctica. Se convirtió, sin tardar mucho, en el ideal de mis años mozos. Puse empeño, coraje, corazón en ello; puse todo lo que podía y sabía en aquellos momentos. Y en esta tesitura, se me impone la evidencia de que yo debo dedicar mi vida entera a esa precisa misión: dar a conocer a Cristo y poner en contacto con su persona a cuantos más mejor. Cristo, que me ha liberado de mi ignorancia y dependencia -pensaba yo entonces- de la esclavitud sexual, puede liberar a otros muchos de sus propias dependencias e idolatrías.

Cristo es el Amigo por excelencia que nos acompaña y estimula, el Jefe indiscutible al que vale la pena seguir y obedecer incondicionalmente, si queremos ganar la batalla de la propia vida, es decir, si queremos que nuestra vida sea libre, hermosa, fecunda, fiel a sí misma y compartida. Cierto que todas estas cosas no las pensaba entonces exactamente igual que ahora las digo; pero sí las sentía oscuramente en mí, como intuiciones que formaban parte de mi ser más inalienable y puro. Mi juventud ardía en la ilusión de ayudar a muchas personas, sobre todo jóvenes, a vivir en el seguimiento de Jesús; y no perdía ocasión para dar testimonio en los ambientes juveniles del pueblo. Mi juventud es inimaginable sin Cristo, lo mismo ya que el conjunto de mi existencia temporal.

Pero fue precisamente en los años de la primera juventud, donde se me descubrió este *tesoro escondido y esta perla preciosa*, que me exigían convertirlos en la conquista de toda mi vida. Nunca como valores poseídos, dominados de una vez para siempre, sino como experiencias de un caminar con hambre y sed de autenticidad, que sólo se va saciando parcialmente, para darte las fuerzas suficientes a fin de seguir avanzando y anhelando un gozo que se promete cada vez mayor. La palabra evangélica que más me sustentó por aquellos años fue la de Jesús a la mujer samaritana: *¡Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber...!* Sí, yo era por naturaleza, por mi temperamento apasionado, un sediento insaciable, sediento de amor, de belleza, de felicidad; y en momentos de especial significación para mi vida, habidos junto al Sagrario, o perdido en la soledad de la naturaleza, cuando no en el silencio de la noche en el lecho de descanso, escuché una y otra vez de labios invisibles esta afirmación que me ha sostenido toda mi vida: *Yo soy todo para ti si tú aceptas serlo todo para mí* Y aunque mi vida en su conjunto no haya resultado una fiel realización de esta *alianza*, sí que en estas palabras que me fueron

dadas encontré el punto de referencia (la brújula) más importante, que me ha ayudado a recuperar multitud de veces la senda perdida. Hoy mi oración más frecuente consiste en decir de mil maneras; “*Señor, Tú lo sabes todo: ¡Tú sabes que te quiero!*”



## XII

### Años de estudio

Mi estancia en los Seminarios de Murcia, tres cursos en el Menor de San José y siete en el Mayor de san Fulgencio, constituye un capítulo de mi vida mitad gozoso, mitad doloroso, pero siempre glorioso.

Los dos primeros años en San José, fueron de gran tiniebla interior. Incluso pensé que me había equivocado y que debía buscar otro camino. Recuerdo especialmente una tarde en el recreo, jugando con los compañeros, cuando al ir a buscar el balón topé con una puerta trasera que daba a un sendero de la huerta -los bancales de limoneros estaban entonces pegados al muro del Seminario- y a la otra parte se oían voces juveniles de chicos y chicas que pasaban riendo y pulsando sus guitarras, que me produjeron la sensación de estar prisionero y de que mi vida había sido desgajada del árbol de su auténtica felicidad.

Envié a aquellas voces y aquellas músicas, que no eran, nunca ya lo serían, las mías. Di un puntapié de mala gana para enviar el balón a mis compañeros de juego, y me marché a la capilla. No recuerdo el tiempo que estuve allí, que debió más bien ser corto, ni si lloré, porque para mí el llanto ha sido siempre una expresión muy espontánea, pero sí recuerdo que al ratito de estar arrodillado ante el Sagrario, como interrogando al Jesús del Reservado, resonó en mi interior con fuerza y claridad la palabra evangélica: *Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida*. Una paz inenarrable me inundó, me envolvió y me llenó. Desde entonces nunca más he vuelto a tener envidia de los que eligieron otro camino, por más que el mío fuese un camino en lo imposible.

Me costó, empero, adaptarme al estilo y disciplina del Seminario Menor. La comunicación con algunos, muy escasos, compañeros (hay que recordar que yo contaba con una edad superior en seis años a la media de mis condiscípulos), capaces de hablar de temas tales como la literatura contemporánea o el cine, que nos ayudasen a poner en nuestro horizonte vital otros motivos distintos a los estudios de Humanidades que nos ocupaban y a la disciplina casi conventual que nos regía, no dejó de ser en muchos momentos el espacio de libertad que nos permitía respirar aires incontaminados de formulismo impuesto.

Pero al tercer año cambió el estilo del Seminario -estábamos en el curso 57-58-, con la sustitución del Rector. Un aire nuevo, lleno de idealismo juvenil, de cultivo de valores artísticos y de actividades frecuentes al aire libre -¿cómo no recordar con inmenso agradecimiento el nombre de Miguel Melé, el nuevo Rector?-, inundó los claustros y aulas del colegio con aires de sana y actualizada educación. Y nuestras mentes -yo estaba ya entre los veinte y los veintiún años- supieron que la alegría de vivir y de ser joven no estaban reñidas con la generosidad de nuestra entrega al Señor. Tal vez fue este, y solamente este, el cambio que se introdujo en aquel Seminario: la incorporación de los valores humanos a la formación de los futuros sacerdotes.

Un suceso de aquellos tres años de Seminario Menor que dejó huella en mí fue el de las repetidas veces que, el primer Rector que tuve, me dijo con aire de profecía: "Vas a ser un modernista rabioso" (¿Qué veía en mí para afirmar tal cosa con tanta seguridad?). Yo fui comprendiendo sobre la marcha que lo de "modernista" referido a mi persona se relacionaba con mi indudable inclinación a las formas nuevas del arte, es decir, a mi gusto por una estética menos formalista y más cercana al relativismo y subjetivismo de sus expresiones. Me confirmó en este supuesto el día en que, con motivo de la Campaña Vocacional del Seminario, ayudado por un compañero buen dibujante, dimos forma a un mural en el que se representaba una aldea, en plena primavera, con su iglesita en el centro y su torre diseñada a vista de pájaro, es decir, ancha de arriba y estrecha en su base, con la inclinación de la perspectiva que la

ponía en consonancia con el pájaro de alas abiertas que la sobrevolaba (supuestamente el que nos transmitía aquella bucólica visión). En un ángulo del cuadro rezaba la leyenda; “El sacerdote es paz y florecer para los pueblos”. Pues bien, cuando el Sr. Rector vio el mural, apenas sin poder percatarse del valor del conjunto, dijo a los seminaristas más cercanos: “Hijitos, hijitos, retirad eso al trastero, porque lo que amenaza ruina hay que quitarlo pronto de en medio”. Y así se hizo entre las risas y chanzas de aquellos adolescentes sedientos de motivos de regocijo.

Muchas veces he vuelto a pensar en aquel suceso y en el sambenito de “modernista” que mi primer Rector me colgaba; y he llegado a pensar que si por “modernista” quería decir: atento y fiel a mi momento histórico, amigo del progreso en lo científico, artístico y social, defensor de la supremacía de la conciencia subjetiva y de la experiencia personal como base de todo auténtico conocimiento, y el rechazo más firme a toda burocratización que, en tantos aspectos de nuestra sociedad, termina por imponerse y dominar a la personalidad individual..., no estaba lejos de la verdad aquel buen hombre. No obstante, sobraba lo de “rabioso”. Tenía yo entonces veinte años.

Vino después el Seminario Mayor. La mayor cruz que en él soporté fue la de la división, verdadero enfrentamiento campal, entre conservadores y renovadores de las concepciones eclesiales y pastorales. Ni que decir tiene que yo me incliné por los segundos, pero no a la primera; ya que me dolía visceralmente tal enfrentamiento, difícil, cuando no imposible de compaginar con la fraternidad sacerdotal, en la que ya soñaba. Este clima fue el marco de aquellos siete años, por otro lado, tan ricos en medios de crecimiento personal. Pues son los años de estudio de la Filosofía, que tanto bien me habría de hacer a la hora de *amueblar mi cabeza*, gracias, sobre todo al profesor D. Santos Gutiérrez, tan hábil a la hora de conducirnos a lo esencial del pensamiento filosófico, y a la relación del recto pensar con el sabio vivir. Pocos, muy pocos profesores pueden colocarse a la altura de D. Santos Gutiérrez Flores. Mi admiración le rinde gratitud en estas líneas.

El estudio de la Teología, en cambio, centrado completamente en la Escolástica, nos deja a buen número de estudiantes insatisfechos, y nos obliga a buscar en otros autores un sentido más encarnado de la ciencia teológica, más en diálogo con la cultura contemporánea y con las sensibilidades de nuestro tiempo. Esta búsqueda, aunque tímida, nos lleva al conocimiento por algunas lecturas de autores tales como Karl Rahner, Henri de Lubac, Yves Congar, Romano Guardini, Karl Adam, J. B. Metz, Bernhard Häring, P. Chenu y otros, que nos van haciendo descubrir otro panorama del discurso teológico, bien distinto al de las tesis explicadas en sus términos, confirmadas por la Escritura y la Tradición y defendidas contra sus adversarios. A mí, en particular, me impactó la lectura de *Meditación sobre la Iglesia*, de De Lubac; *La Ley de Cristo*, de Häring; y, muy sobre todo, *El Señor*, de Guardini. Desde mi primer año de estudios teológicos (exactamente desde Febrero de 1962), soy suscriptor y lector ferviente de la revista *Selecciones de Teología* que, hasta el momento, me ha prestado inestimable servicio a mi reflexión y puesta al día en el panorama teológico mundial.

Pero aún así, con esas ventanas abiertas a los aires frescos de la Teología contemporánea, preconciiliar e inspiradora del Vaticano II, ésta no tiene poder suficiente para satisfacer nuestras hambres juveniles (ya en parte maduras, pues yo cuento entre los veinticuatro y los veintiocho de edad en esta etapa de mis estudios teológicos). Tal insatisfacción sólo es saciada por las lecturas místicas que, en aquellos años, constituyen con toda preferencia mi lectura espiritual diaria. Tenemos la suerte de contar con un director espiritual que, aunque autodidacta en el tema, es un especialista extraordinario en san Juan de la Cruz; se trata de Salvador Sánchez Jiménez. Sus charlas sobre este autor, el místico carmelita de las Noches y de las Nadas, y en general sobre la vida espiritual del cristiano, que imparte un par de veces al mes, durante tres cursos que pude disfrutarlo, nos llenan, al menos a mí, aportándonos toda la jugosidad que nos niega la cerebralidad del estudio teológico. Es

sin duda a Salvador Sánchez Jiménez, a la persona a quién más debo en la orientación que posteriormente habría de tomar mi experiencia de fe y mi actividad pastoral.

Para poner fin al capítulo de mi formación teológica, justo me parece resaltar la figura de D. José María García Martínez, quien, desde primero de Teología nos impartió Propedéutica y exégesis del Antiguo Testamento, haciéndonos saborear la Biblia como fuente abierta de sabiduría humana y divina. A él en primer lugar le debo un gusto especial, sobre todos los gustos, a la hora de enfrentarme con un texto sagrado. Y no es que la Biblia no tenga para mí secretos -que conserva muchos-, sino que desde entonces no puedo abordar sus páginas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, sin percatarme, antes o después, de que se trata de un libro de vida y para la vida, nunca de una doctrina arcana o abstracta ni meramente moralizante, sino eminentemente práctica, que nos describe el camino por el que cada humano llega a encontrarse consigo mismo, y en sí mismo con Dios, principio a su vez de Comunión Universal.

### XIII

## **Seducido por la Palabra**

Yo amo las Sagradas Escrituras como a las fuentes mismas de mi ser; en ellas he encontrado, siempre que a ellas he acudido, el agua que renovaba mi sentido de la vida, mi alegría de ser hombre entre los hombres, mi esperanza de ver a Dios cara a cara. ¿Existe algo comparable al gozo de la iluminación bíblica? Para mí, que no. Tal vez por eso, mi predicación habitual de la Palabra en la Celebración Eucarística y en charlas de retiro, como con harta frecuencia me atestiguan los oyentes, resulta algo que va directo a sus vidas, tocando sus corazones con el deseo de ser mejores y más agradecidos a los inmensos dones de Dios.

Soy plenamente consciente de que este carisma no me pertenece en absoluto. Lo vivo con verdadero *temor y temblor*. No llego a comprender por qué el Espíritu me ha enriquecido con semejante don, ya que mi actividad como predicador no ha sido nunca en puestos relevantes ni de influencia, llegando más bien a públicos reducidos y sencillos. Pero el mismo Espíritu inspirador de la Palabra Revelada, se encargó en una ocasión, todavía cercana en el tiempo, de confirmarme su presencia gratuita en mi palabra. Fue de la siguiente manera.

Participaba yo de unas jornadas nacionales de estudio sobre el místico trapense Thomas Merton, en el monasterio de san Pedro de Cardeña, Burgos, en septiembre del dos mil dos. Para la Misa Conventual del domingo, día de clausura de dicho encuentro, se me pidió que presidiese la Eucaristía (no estaba el Abad aquellos días en casa). Me pareció un honor altamente inmerecido, pero acepté con gusto, y me preparé con esmero. Todo fue normal, hasta el momento en que me puse en pie para la homilía dominical. Yo siempre me revisto los ornamentos litúrgicos invocando al Espíritu Santo, cosa que a veces repito cuando voy a comenzar la predicación. Así lo hice en esta ocasión. Recuerdo que dije en mi interior: "Sé Tú, Señor, el que hable, y no yo, a fin de que te escuchen a ti, y no a mí". El templo de la Abadía estaba rebosante. Comencé la homilía y, desde la primera palabra, perdí toda conciencia de mí, de lo que estaba haciendo y del lugar en que me encontraba. No utilicé el esquema preparado, ni leí el texto apropiado de Merton que había elegido para ilustrar con palabras del famoso trapense de Kentucky, el tema de la homilía.

La Misa continuó, y de toda ella sólo mantenía, una vez acabada, el recuerdo del momento en que bajamos varios ministros a dar la Comunión al pueblo. El resto, incluida la plegaria eucarística, con las palabras mismas de la Consagración, lo viví en la más total inconsciencia. Fue más tarde, cuando ya estábamos en el salón de conferencias, para el acto de clausura cuando, repentinamente, desperté del sueño (o lo que fuere) tan profundo, en que había estado sumergido posiblemente alrededor de una hora, ya que ni siquiera el regreso a la sacristía con todos los concelebrantes monjes, una vez concluida la celebración, ni el acto de quitarnos los ornamentos, ni la salida del templo hacia el salón de actos; nada, lo que se dice nada de todo ello, lo viví de una manera consciente. Y no fue un despertar cómodo el que tuve tras tan larga ausencia de mí mismo, no; todavía tuve que pasar unos minutos preguntándome: ¿Quién soy yo? ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Dónde he estado el último tiempo? Y, al volver a la realidad, un escalofrío de asombro, tal vez de miedo, me sobrecogió. Pensé que tendría que ir al psiquiatra a contarle tal fenómeno.

Pero, mi asombro se hizo gratitud cuando, acabado el acto de clausura, varios de los participantes se me acercaron a darme las gracias por la homilía, de la que yo no recordaba nada en absoluto. Uno llegó a decir, con aprobación de los restantes, que se debía incluir entre los materiales del encuentro, en su publicación proyectada dentro de la revista Cistercium. A lo que tuve que responder que imposible, pues no

estaba escrita. En cuanto me encontré a solas con ella, pregunté a Magdalena, la amiga que me acompañaba, que qué había dicho en la homilía, a lo que ella me respondió con pocas palabras resumiendo las ideas claves que yo reconocí como las mismas que había pensado previamente a la celebración. Luego, estaba claro que mi predicación había versado sobre mi preparación, eso sí, pero sin que mediara lo más mínimo mi memoria ni mi razón en el momento de transmitirlo a la asamblea, cosa que nunca me había ocurrido. Le dije a Magdalena lo que me había pasado, pero ella no pareció darle mucha importancia, ya que, me dijo, todo había sido muy normal en mi actuación. Sólo el maestro de ceremonias me compartió, una vez ya en el refectorio, estas palabras textuales: “Con el incensario has estado muy despistado, ¿eh?”; a lo que yo le respondí: “Es que no tengo costumbre”.

Desde tal suceso, sé con claridad más que meridiana, que cuando comparto la fe mediante la predicación evangélica, especialmente en la Eucaristía, no soy yo el que habla; o, al menos, no soy yo principalmente. Y he comprendido por qué, aquel buen cristiano de setenta y pico de años, asiduo y fiel colaborador en una de las parroquias por donde he pasado, me confesaba un día, lleno de humildad y de reconocimiento: “Ahora he comprendido lo que es el Evangelio. Tantos años en la Iglesia, toda mi vida oyendo predicar el Evangelio, y no lo había comprendido hasta ahora”. Cuando, extrañado, le pregunté por el sentido de sus palabras, no tuvo empacho en responderme: “Antes temía a Dios, que me podía condenar; hoy ya sé que Dios no me puede condenar por nada, porque me lo ha dado todo ya, incluida la salvación eterna, en su Hijo”. Aplaudí interiormente. Besé a aquel anciano más que venerable. Y supe con certidumbre inamovible, que nunca faltan corazones sedientos que, como la buena tierra, reciben la semilla de la Palabra y dan fruto abundante

## XIV

### Gritos carismáticos

En mi último año y en uno de los últimos meses de mi estancia en el Seminario, ocurre un suceso (tentado he estado de llamarlo “accidente”) que ha tenido, sin duda, repercusiones (¿graves?) para el resto de mi vida como presbítero de esta mi diócesis de Cartagena.

Ya he hablado de las tensiones que, desde antes de llegar yo, existen entre dos mentalidades que rivalizan en sus concepciones del ministerio. El así llamado Movimiento Sacerdotal de la diócesis, propugna una imagen del presbítero más cercana al mundo actual, con su espiritualidad propia y no plagiada de las órdenes religiosas más influyentes, como había sido hasta entonces entre nosotros la Compañía de Jesús. El cura diocesano en su secularidad es ante todo un hombre entre los hombres, un cristiano entre los cristianos de su pueblo, y un servidor de la Palabra de Dios y de la Vida Sacramental de la Iglesia, en la más pura gratuidad. La imagen del “señor cura” ha de ser definitivamente postergada, como anacrónica y antievangélica. Y los laicos han de tomar un papel preponderante en la organización y tareas de las parroquias. Sobre todo, esta concepción, trata de destacar la necesidad urgentísima de la Pastoral de Conjunto, para responder mejor a los nuevos desafíos de la cultura secularizada emergente. Y propugna, en consecuencia, que los curas no vivan aislados, sino en *convictorios sacerdotales*, para mejor ayudarse entre sí. Hay en esta concepción del ministerio, ¡qué duda cabe!, una positiva valoración de todo lo humano y una superación, poco a poco más clara, de la perniciosa dicotomía entre sagrado y profano. Lo auténtico religioso abarca ambos polos y los funde en el amor a la Obra de Dios, especialmente en el amor a su criatura, el hombre.

La otra posición -menos conocida por mí-, se apoya fundamentalmente en la altísima valoración de la dignidad sacerdotal. El ministro ordenado siempre debe tener una posición destacada, sobresaliente, dentro del pueblo cristiano, por sus manos unguadas y su poder de regir, enseñar y santificar, que le asiste como representante sacramental de Cristo Sacerdote, Cabeza del pueblo sacerdotal. La distinción teológica entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio real de todos los bautizados, ha venido muchas veces a parecer, en boca de sus defensores, un antagonismo irreconciliable, como si la promoción del laicado en el conjunto eclesial (la mayoría de edad de los laicos, que tanto se dijo en el entorno del Concilio último), constituyese una amenaza a la persistencia del ministerio ordenado.

De esta percepción de la dignidad sacerdotal o concepción sagrada de la persona del ministro ordenado, se extrae una espiritualidad más de “separado” que de “encarnado”. El conflicto está servido. Y, aunque el Vaticano II intente fundir ambas posiciones en su decreto *Presbyterorum Ordinis*, el enfrentamiento ha seguido hasta hoy mismo, sin visos de pronta solución. Hoy, es cierto, ya no se lucha por estas ideas, no sé si para bien o para mal, porque la atonía es el tono más extendido en nuestras Iglesias. Pero cuantos amamos a Cristo y a su Iglesia -y somos muchos-, no dejamos de sufrir en cuerpo y alma este estancamiento en posiciones enfrentadas que, con un mínimo de diálogo, acabarían en el abrazo más fecundo. ¿No es cierto que lo que más falta hoy en nuestras Iglesias es, precisamente, diálogo? Diálogo que no parta de las descalificaciones ni condenas al otro, diálogo que busque la luz en la aceptación del sano pluralismo, el que no se busca a sí mismo, sino que busca la verdad.

Pues bien, como venía narrando, el ambiente cerrado de mi Seminario estaba enconado con estas posiciones, más o menos razonadas por sus defensores, entre los que se encontraban, cómo no, profesores y educadores de una y otra tendencia. Los

problemas en clase, discusiones, a veces acaloradas, entre profesor y alumno, no eran infrecuentes. En una de éstas, un alumno dos cursos inferior a mí, excelente amigo, hermano muy querido, y hombre de reconocida gran capacidad intelectual, llegó a ser expulsado del Seminario, por el enfrentamiento ideológico que sostuvo con un profesor. En el Seminario hubo, como reacción, un motín de silencio solidario con el expulsado, seguido por una gran parte de alumnos, aunque no todos. La respuesta a este motín por parte del Rectorado, fue “el toque de queda”: no se podía entrar en la habitación de otro, ni hablar de dos en dos, ni hacer corros en pasillos, terraza ni patio, so amenaza de nuevas expulsiones.

Fue una noche terrible, en la que no pegué un ojo. No comprendía cómo había sido posible llegar a todo aquello. Sobre todo no comprendía el por qué se nos privaba de poder hablar, cuando era lo más necesario y hasta urgente para poder conocer mejor todo lo sucedido entre el profesor y dicho alumno, aclarando las razones que pudieran asistir al uno y al otro.

Y a la mañana siguiente, en la Misa, al llegar la oración del Padre Nuestro, yo noté que algo iba a pasar -me iba a pasar- algo que yo no lo quería pero que tampoco podía evitar, pues una tensión desacostumbrada impelía todo mi ser. Y ocurrió que en las palabras “hágase tu Voluntad”, grité con todas mis fuerzas: “¡Tu Voluntad, Señor, tu Voluntad!”. Una corriente de asombro paralizó la celebración y al celebrante. Quisieron sacarme de la capilla, y lo consiguieron, pues no opuse resistencia; pero como me encontraba completamente bien, entré inmediatamente para comulgar, y me quedé en mi sitio hasta el final.

Aquella misma mañana fui enviado al psiquiatra, un viejecito muy correcto y amable, que me hizo muchas preguntas, y al final me mandó unas pastillas que tomé escrupulosamente durante unas cuantas semanas, y ya nunca jamás. El diagnóstico, según supe días más tarde por el Vicerrector, buen amigo mío, no era nada de cuidado. No sería impedimento a la hora de concedérseme la ordenación de presbítero. Pero aquellos gritos carismáticos me han acompañado siempre, como un fantasma que daba a mi presencia y a mi actuación, el carácter de cierta temible rareza (...no vaya a ser que...). Al menos así lo he percibido yo muchas veces.

Justo es también honrar aquí la memoria de aquel Rector del Seminario, D. Antonio Sánchez Bernabé, el último que tuve, a quien hicimos sufrir mucho con nuestras imprudencias juveniles, y que siempre dio muestras de enorme paciencia y comprensión, amén de su testimonio de hombre, creyente y pastor, de calidades poco comunes. Demostró también ser buen conocedor del alma juvenil.

## XV

### El amor de castidad

He acabado ya tercero de Teología, y me dispongo a ordenarme de Subdiácono, que lleva consigo el compromiso del celibato, entre otros. No quiero comprometerme a la ligera, pues reconozco que una vida célibe no debe ser lo más fácil ni normal para una persona como yo, eminentemente afectiva. Retraso tres meses la ordenación, para pensarlo mejor. De mi vocación al ministerio, no tengo la menor duda. De mi capacidad para el celibato, muchas. Mis formadores, incluido el director espiritual del centro (que es también mi confesor), no me ponen pega alguna; al contrario, me dan facilidades y confían en mí. Y hasta la víspera misma de la ordenación, existirán dentro de mí las dudas, hasta el momento preciso en que, encontrándome en oración, diciéndole al Señor que “si doy el paso quiero ser muy fiel a mi entrega, pero si no he de serlo, prefiero no ordenarme y dejar este camino”; como ya en alguna vez me había ocurrido anteriormente, dentro de mí resonó con toda claridad, como pronunciada por alguien distinto a mi persona, esta palabra de aliento: *Toda la noche hemos estado bregando y no hemos pescado nada, pero en tu Nombre echaré la red*. Me inundó la paz y la seguridad más generosas. El celibato, lo mismo que todos mis compromisos, no era sólo cosa mía, sino mía y de Él, Suyas y mía al mismo tiempo. Sólo se me pedía confiar y echar ampliamente las redes. Y así lo hice en aquella ocasión, y aprendí a hacerlo para el resto de mi vida.

La castidad, para mí, se me fue manifestando, poco a poco con mayor fuerza, como un espacio de amor puro, amor sin dependencias, amor sin fijaciones ni búsqueda de satisfacciones de intereses egoístas. No se trataba de amar a Dios renunciando al amor de las criaturas, sino de aprender, en la intimidad con Dios, a amar mucho a sus criaturas, a las que Él tanto ama y nos pide que amemos. Pronto comprendí que *el Amor de Castidad*, (como lo había llamado R. Voillaume en su célebre charla), no era, ni mucho menos, una especie de castración de los sentimientos más profundos y naturales en el humano, sino una forma de darles cauce en la caridad pastoral, en la gratuidad de la propia entrega y en el reconocimiento y alabanza al Creador por las bondades de sus criaturas.

Esto me conduciría, a su vez, a vivir con un corazón permanentemente enamorado. Mi corazón nunca ha usado escudo de defensa ante las saetas de las bondades que las criaturas le lanzaban -y le lanzan- por doquier. Al principio me ponía en alerta, no fuese que me apegara a las criaturas de una manera dependiente, que pudiera apartarme de mi mejor dedicación al ministerio y a la experiencia de Dios. El riesgo no dejaba de ser real y muy presente. Pero en toda relación amistosa, la alegría compartida del ser, la admiración hacia el misterio de la vida del *otro*, y el gozo de hacer camino juntos en la búsqueda de la verdad que nos hace libres y de la fe que mejor nos hermana, acababa siempre, antes o después, por hacer de cada relación afectiva, al menos en mi conciencia más clarividente, un espacio luminoso de la experiencia de Dios. Los amigos y amigas que más he querido, a lo largo de mis treinta y ocho años de cura, siguen siendo buenas amigas y buenos amigos; pocos en número, es cierto, pero de intensa comunicación abierta al descanso mutuo y al discernimiento espiritual.

En este asunto del celibato ministerial, cuya aceptación me supuso un sincero discernimiento, no exento de riesgos, por supuesto, he aprendido mucho, a lo largo de estos cuarenta y pico de años de vida célibe, respecto a esa verdad existencial y creyente de que todos podemos más de lo que creemos en principio poder, cuando nuestra confianza descansa en Dios, el que nos ha llamado a la vida. Que no depende todo de nuestras fuerzas naturales ni de nuestras virtualidades adquiridas, sino que existe *otra fuerza*, que siempre asiste a quienes no oponen el obstáculo de su orgullo



autosuficiente o de su miedosa desconfianza. En el corazón del humano siempre queda alguna veta de su mejor tesoro por explotar.

Uno de los sueños -pues me he propuesto contar en estas confesiones todos los más interesantes que recuerde- que me ha sobrevenido y que, durante un tiempo me resultó muy difícil de encajar en mi experiencia consciente, lo veo ahora como muy adecuado para explicar el origen y el sentido de las realidades más hermosas de mi ser en este mundo.

Sueño que me encuentro con el atuendo de un virtuoso concertista de piano, a punto de salir al escenario para interpretar un concierto clásico para piano y orquesta. El salón está abarrotado de público ansioso de escuchar. La orquesta ya afina. Pero yo me doy cuenta de que aquello es falso, horriblemente falso. ¡Yo no soy pianista! ¿Qué hago allí vestido de frac negro y pajarita? ¿Quién me ha conducido a situación tan ridícula y angustiada? Me dirijo a los organizadores y les digo la verdad; pero ellos ríen estrepitosamente; piensan que estoy gastando una broma, tal vez para darme más importancia. Insisto en que ha de suspenderse el acto de inmediato, y en que yo mismo daré la explicación al público. Pero ellos argumentan que es imposible que yo haya llegado allí si de verdad no fuera un pianista afamado. Que despierte -me dicen-, porque faltan segundos para empezar.

Y, efectivamente, me veo saludando a un público que aplaude calurosamente, dando la mano al director de orquesta que se dispone a empezar, batuta en mano, e, instantes después, dejando que mis dedos interpreten una partitura que no sé leer siquiera. Mis manos corren ágiles, fuertes, delicadas; se entrecruzan, se alejan a lo ancho y largo de un teclado que les responde con entera docilidad. Hilillos de agua cristalina o torrentes de cascadas impetuosas salen de mis manos, dialogando con la orquesta o haciendo las delicias de un solo de piano que habla de inefables ternuras. Los más impresionantes paisajes se alzan ante la mirada del corazón oyente, y su capacidad de admiración crece y crece bajo la melodía que modula el genio creador del artista, interpretado ahora por mí. En estos momentos yo no pienso en nada, Soy sólo música. Soy la misma música que interpreto olvidado de mí.

Termina el concierto, y con él, el sueño. Me despierto muy sobresaltado, cual de una pesadilla, y con lágrimas en los ojos. Noto también un agudo pinchazo en el corazón. No cabe duda: ha sido un sueño terrible. ¿Qué me querrá decir? Durante muchos años no lo supe descifrar. Ahora creo interpretarlo bien como una admonición para que reconozca y agradezca que, lo más hermoso de mi existencia (no en vano es la música la creación del espíritu humano que más admiro), ha sido siempre y seguirá siendo algo que se me da (o, que se da a otros a través de mí), sólo con la condición de que reconozca que yo no soy *el virtuoso*.

## XVI

### Sobre el precipicio

En los Ejercicios Espirituales que precedieron a la ordenación de Subdiácono, practicados con un sacerdote amigo, José Sánchez Ramos, recibí gracias de las que quiero aquí dejar constancia. Se trata del descubrimiento del Fracaso, como valor y signo de una vida evangélica, centrada en la Cruz de Cristo. Se me reveló el Fracaso como el cauce más adecuado por el que Dios venía a mi vida, y yo podía ir a Él de la manera más directa.

Vivir en el Fracaso no es vivir en la frustración de los valores vitales, sino la forma de realizarse como seguidor de Aquel que dijo: *No es el discípulo más que el Maestro, ni el siervo más que su Señor: si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros*. No hay perdición en el Fracaso que se vive abrazado a Cristo; hay, sí, sufrimiento; pero sufrimiento cargado de inmensas posibilidades; hay, sí, pasión; la de quien ha optado fundamentalmente por una vida de amor en el servicio. Y hay también, conciencia de la propia pequeñez, de la total incapacidad personal para optar y vivir en el Fracaso. Negar esto último sería desmañada soberbia. Fracaso y heroísmo no se encuentran bien avenidos. No es un héroe el que acepta vivir en el Fracaso de la Cruz, sino más bien una criatura débil, que rehusa las armas del Poder porque se quiere esclava del Amor. Y en el corazón de las tinieblas envolventes, o de las que manan de las profundas cavernas del propio ser, se le escucha muchas veces preguntarse: “¿Por qué, Señor, por qué? ¿Hasta cuando seguirás olvidándome? ¿Qué quieres, Señor, de mí?”. Nunca ni para nadie es cómodo vivir en el Fracaso. Exige la confianza y abandono más totales en el Dios y Padre de Jesús, y lleva consigo la conciencia clarividente de que mi vida tiene un sentido que no le viene de los reconocimientos del mundo ni de la acumulación de medios temporales, sino exclusivamente de saberse amada de Dios.

No lo olvidemos: la vida en su desnudez es más hermosa, es más viva. Despojados por el Fracaso de todo afán de protagonismo salvífico y de todas nuestras caretas y ropajes de actor, somos conducidos a una actitud de escucha en el silencio de quien todo lo espera del amor, ¡y nada fuera de él!

El Fracaso es la tierra de cultivo de la mejor libertad, la del que sabe enfrentarse a cualquier problemática presente como invitación o desafío al mayor crecimiento personal. Un sueño, que paso a relatar, repetido varias veces a lo largo de diez años de mi vida, me parece elocuente en su sentido, por otro lado, ignoto.

Camino a un destino bien determinado y en compañía de personas que buscan la misma meta que yo. El camino es amable por la comunicación y amistad entre los viandantes. Pero, en un determinado punto del mismo, éste se bifurca; y, en tanto mis compañeros continúan por la derecha, siguiendo el mismo trazado que traíamos, yo me encuentro caminando a la izquierda, por un sendero que, ¡oh, asombro!, se va estrechando poco a poco más, y acaba en una cornisa labrada sobre un precipicio cuyo fondo no alcanzo a ver. A mi derecha, una pared vertical, altísima, imposible de franquear; a mi izquierda, el vacío devorador; y como terreno bajo mis pies, con menos de medio metro de anchura, una franja que tengo que caminar moviendo cada vez un solo pie, ya que no hay espacio para los dos pies en su movimiento normal de caminar. Volver atrás, imposible, pues supondría caer al precipicio al intentar darme la vuelta sobre una plataforma tan reducida y sin asideros de ningún tipo. No tengo más remedio que seguir adelante, pues en este camino no es posible esperar ayuda alguna. Con prudencia y paciencia confío poder avanzar y llegar a la meta. Algún fin tendrá aquello. Y eso es lo que hago: avanzo con el cuerpo pegado lo más posible al muro y con exquisita precaución para no poner un pie en el vacío. Y en este momento,

despierto. Jamás, en las repeticiones de este sueño, he llegado a la meta (pero tampoco he caído en el precipicio).

Soy consciente, y quiero dejar constancia aquí de ello, de que el Fracaso, buscado sistemáticamente, manifiesta una especie de neurosis que esconde sentimientos de frustración e impotencia. Pero ¿es éste mi caso? Yo no quiero engañarme. ¿Me empuja a buscar el fracaso una conducta expiatoria, cual si quisiera pagar con los fracasos en cadena males cometidos que sólo existen en mi inconsciente? ¿Es mi infancia protegida la que con frecuencia me hace ver desamparo y desaprobación, que yo sublimo como Fracaso, en donde sólo hay enfrentamientos normales de una vida adulta? No niego que pueda darse algo de todo esto. Pero sí afirmo que, gracias a la experiencia de Fracaso, vivida en unión con el Crucificado, he escuchado la llamada a amar la vida más allá de todas las formas de muerte que la acompañan. Y el Fracaso queda entonces desenmascarado y reducido a una simple y sincera renuncia a todas las formas de poder y de éxito que niegan la supremacía del Amor. Cuando uno ha sabido que sólo el Amor salva, es natural que se niegue a utilizar armas que niegan el Amor.

## XVII

### El Concilio Vaticano II

La importancia que tuvo la convocatoria y celebración del Concilio Vaticano II, para mí y muchos de mis compañeros de Seminario, es un capítulo que merece la atención del mejor recuerdo. Como jóvenes creyentes y aspirantes a pastores de la Iglesia Católica, sentíamos en carne de ilusión y de entusiasmo la necesidad de una profunda renovación de las estructuras eclesiales y de la presentación de la Iglesia en el Mundo. Aquel gesto del que tanto se ha hablado del sencillísimo y carismático Juan XXIII, “abrir las ventanas de la Iglesia para que entrase un aire fresco”, no era sólo la profecía de un Papa Bueno, sino el deseo de miles y tal vez millones de creyentes preocupados por la evangelización del mundo moderno.

Lo cierto e indiscutible es que la convocatoria del Vaticano II, venía larga y ampliamente preparada por un conjunto de fuerzas espirituales, subterráneas en la Iglesia, que necesitaban salir ya a la superficie. En dichas corrientes ya bebíamos muchos las aguas que mejor saciaban nuestra sed de fidelidad conjunta a Jesús y a nuestra época. Por ejemplo, la llamada *mayoría de edad del laicado*, la sentíamos como urgencia inapelable desde los Movimientos de Acción Católica, especialmente la JOC y la HOAC, en los que muchos aprendíamos por entonces a renunciar a las caducas formas del inveterado clericalismo, para dar paso a otra forma de ser cura, como acompañante y principio de unidad en la Comunión de Fe y de Misión de nuestra Iglesia. Nada de aquella pirámide en la que el pueblo de los bautizados constituía la base y los ministros ordenados la cúspide. *El nuevo paradigma*, como se ha denominado, era circunferencial: Jesús en medio, y todos los bautizados, con distintos ministerios emanados de los diversos sacramentos recibidos, todos hermanos compartiendo, en diverso grado y con matices puntuales, la caridad pastoral y la consagración del mundo. Todos llamados a la santidad. Todos igualmente necesarios (¿qué haría una Iglesia de muchos clérigos y pocos laicos conscientes de las responsabilidades emanadas de su bautismo? ¿Y qué haría un pueblo de bautizados sin el servicio del ministro ordenado, que representa en la comunidad sacramental y misionera a Cristo, Cabeza de su Cuerpo Místico?) para el testimonio y los trabajos por el Reino. Todos, clérigos y laicos, bautizados y ministros, partiendo de la misma experiencia de fe: la de un Dios Encarnado, que nos salva por el camino de la mansedumbre y la humildad, por el anonadamiento y el Amor Crucificado. Sin esta experiencia básica, imposible la identidad cristiana, la comunión eclesial y el testimonio en el mundo. Imposible ser buen clérigo o buen laico.

Con más que fruición nos leíamos los primeros documentos del Concilio: *Humanae Salutis*, que tantos miedos despejara en el horizonte del cielo eclesial; y luego, *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Sagrada Liturgia; *Lumen gentium*, sobre el misterio de la Iglesia; *Unitatis redintegratio*, sobre Ecumenismo; etc. Recuerdo que a nuestro profesor de Teología Fundamental, el decreto sobre la Iglesia le produjo -según nos confesara él mismo- la sensación de encontrarse ante algo tan nuevo que exigía un replanteamiento radical de la Eclesiología (tengamos en cuenta que él nos había explicado, todavía, aquella Iglesia Sociedad Jurídicamente Perfecta, donde el concepto de Iglesia Sacramento, sonaba poco menos que como herejía). ¡Y todavía no habíamos llegado a documentos tales como *Gaudium et spes*, *Ad gentes*, *Dignitatis humanae*, *Nostra aetate*, que tanta nueva savia aportarían para la concepción de una Iglesia servidora del Mundo, Hermana pequeña de una Humanidad histórica, tan amada de Dios y tan hambrienta, en sus enormes cambios sociales y culturales, de la semilla evangélica!

Yo fui de los que creyeron que con el Concilio Vaticano II, la Iglesia había comenzado una etapa de mayor identificación con su Maestro y Señor, su Modelo Único, el Jesús

de las Bienaventuranzas evangélicas, el Jesús del Reino revelado a los pobres y pequeños. ¿Que no ha sido así? No me atrevería a afirmarlo. Más bien creo que esta identificación de la Iglesia con el Jesús que *no ha venido a ser servido, sino a servir*, y que *no tiene donde reclinar su cabeza*, que no es un poderoso de este mundo, porque *los poderosos de este mundo oprimen*, sino un pobre entre los pobres cuya única confianza está en el Amor del Padre, el Amor con que nos ha amado...; esta identificación se vive actualmente como un clamor de muchos grupos de cristianos que leen el evangelio desde las coordenadas de un mundo desgarrado y frecuentemente sin esperanza; y se vive también como la realidad más presente y actuante en todo corazón que sabe que sólo Dios salva, y que dicha salvación es por Amor, sólo por Amor.

Lo que sí me duele enormemente es constatar cómo hay dirigentes de nuestra Iglesia que piensan que el postconcilio fue un verdadero desastre para la marcha de la Iglesia Católica. Así se lo escuché a un obispo, un día de san Francisco de Asís, en la concelebración presidida por él, en la iglesia de los religiosos franciscanos de mi ciudad, exactamente en el año 1983, cuando en su predicación dijo, textualmente: “Bastantes de vosotros habéis sufrido mucho en los últimos tiempos; pero eso ya se ha acabado. Habéis sufrido porque en los años siguientes al Concilio, se han dado en la Iglesia excesos, errores y desviaciones, a los que actualmente se está saliendo al paso, para que todo sea en la vida de la Iglesia como debe ser, como siempre ha sido”.

Cuando escuché semejante prédica, lloré por dentro. No sentí rabia, ni odio, sino un inmenso dolor, una tristeza manante y envolvente. ¿Cómo es posible que sólo se vea en el postconcilio excesos, errores y desviaciones? ¿Ningún acierto, ni siquiera buena voluntad en los que así se equivocaban? Tanto empeño, esfuerzo, ilusión por hacer posible la Iglesia del Vaticano II, ¿eran condenables de un plumazo? ¿Y sólo había que consolar a los católicos conservadores, los que habían sufrido ante una liturgia más popular y participativa, los que no aceptaban que el cura vistiera de paisano y tuviera una profesión o trabajo civil, los que se aferraban a una moral de normas minuciosas antes que a una conciencia orientada por los valores evangélicos y la opción fundamental del Reino?

En realidad, ¿en qué habían consistido tales excesos, errores y desviaciones? ¿En qué había quedado tan malherida la moral cristiana? ¿Qué aspectos del dogma católico habían sido negados? Y, en adelante, ¿quién nos consolaría a nosotros, los cristianos que apostamos con toda el alma por el Vaticano II, por esa reforma de la Iglesia basada en un acercamiento a los valores de la Secularidad, como Signos de los Tiempos, como conciencia de que el Dios más grande nos llama a celebrar su Obra de Amor en medio del mundo, donde Él con su Verbo, con el Espíritu del Resucitado, no cesa nunca de actualizar su salvación? La necesaria y urgente reforma del Vaticano II, había pasado a ser, oficialmente, un peligro a evitar y combatir. Y, como anunciara aquel obispo, las cosas han sido desde los años ochenta muy distintas en nuestra Iglesia. Yo he aprendido a decir en esta nueva Iglesia -que también es la mía-, con Teresa de Lisieux, a la que tanto amo: *En adelante sólo creeré en el sufrimiento*. El sufrimiento por amor a la Iglesia es mi forma más actual de ser Iglesia, de creer en el Dios de Jesús.

Aquel otro sueño, en su perturbadora profundidad, tiene sin duda mucho que ver con todo esto. Me encuentro junto al lecho de mi madre moribunda (cuando tuve este sueño, mi madre hacía diez años que había muerto). Todos los síntomas apuntan a que va a morir pronto. Pero yo no tengo más remedio que salir de viaje, pese a lo mucho que me duele no acompañarla en sus últimos momentos. Y salgo de viaje, en un turismo que conduce un compañero de estudios, a la sazón cura secularizado, junto a otros compañeros no identificados en el sueño. De pronto, mientras circulamos por la carretera, descubro que todos van vestidos y yo sólo desnudo. Siento una

enorme vergüenza y el deseo de retornar junto a mi madre. Se lo digo a mis compañeros, lo repito, lo grito..., pero no me hacen el menor caso. Me siento extremadamente incómodo con mi desnudez, con los compañeros, con el viaje en sí mismo. Que, al menos, lleguemos pronto a nuestro destino; pienso. Pero, sin llegar a ninguna parte, despierto.

Este sueño dejó en mí una huella muy profunda. Me veo obligado a buscarle significados. Mi amor a la Iglesia -madre moribunda-; la impotencia que nos acompaña ante la muerte de los seres queridos; el viaje a ninguna parte; esa desnudez del alma que no termina por encontrar su lugar en la vida; la ausencia de verdadero compañerismo... Sensaciones todas de lacerante lucidez.

## XVIII

### ¿Optimismo natural?

Creo que siempre, desde que tengo memoria de mí mismo, me ha acompañado -y sostenido- una clara actitud de optimismo (¿por qué no llamarlo mejor *fe en la vida?*) que me ha permitido seguir adelante cuando más imposible parecía tornarse el camino. Comienzo a tomar conciencia de ello cuando, hacia mis diecisiete años, decidido a entrar en el Seminario Menor de mi diócesis, hasta tres veces fui rechazado por el tribunal de ingreso, y no por falta de preparación académica, que realmente sobrepasaba la media exigida. El párroco de mi pueblo, que también era mi confesor, no comprendía la causa de tal rechazo. Pero yo insistí, con un convencimiento superior a mi voluntad de que me movía en línea con la voluntad divina, hasta que fui admitido, ya casi con diecinueve años. Los dos años de espera no fueron desperdiciados, pues continué estudiando lengua, latín y matemáticas, amén de seguir con mi responsabilidad de delegado de Aspirantes en la Acción Católica Juvenil.

Pero por delante de este suceso/prueba, en el que se puso al crisol mi vocación ministerial, me viene a la memoria aquel otro suceso, sin duda más grave, con el que fui vapuleado en los cimientos de mi personalidad, apenas con diez años de edad cumplidos. Acababa de aprobar el ingreso a Bachiller, y en aquel mismo verano, unos fortísimos dolores de cabeza me llevaron a la consulta de un eminentísimo médico psiquiatra, el más prestigioso por entonces en mi región. Tras minucioso examen amparado en analíticas y encefalogramas, recuerdo que aquella mañana, el doctor me mandó salir de su despacho para hablar a solas con mi padre. Unos minutos después se me hacía entrar para escuchar del eminente médico la siguiente pregunta: “A ti te gusta leer y estudiar, ¿verdad?”; tan pronto le respondí con un “sí, señor”, escueto y tembloroso, él añadió: “Pues no podrás estudiar nunca en tu vida. Ya verás como encuentras un trabajito -un oficio manual- que también te llegará a gustar”. Y tendió la mano a mi padre y a mí en señal de “esto se acabó”.

No continué los estudios de bachiller, y así permanecí un primer año sin hacer otra cosa que ayudar un poco a mis padres en el comercio y en la huerta, pero sin dejar de leer, siempre que me lo permitía el insidioso dolor. En aquella época leo *novelas por entrega*, *novelas de rodeo*, y también los primeros libros de Julio Verne. En el segundo año tras el diagnóstico, hago estudios por correspondencia; voy también a una academia nocturna y, al fin, sin que medie otra cosa que la fuerza misma de la vida, me encuentro metido en estudios no oficiales hasta la coronilla. Y nunca ya he dejado de estudiar.

No he vuelto a ver a aquel doctor sino en una conferencia pública, siendo yo ya estudiante de filosofía. No tuve ocasión de decirle nada; pero me hubiera gustado saber la causa de mi mal funcionamiento cerebral que le daba a él tal seguridad en mi incapacidad para el estudio. Es cierto que las tremendas cefaleas me han acompañado siempre, hasta hace aproximadamente treinta años en que me desaparecieron sin que hayan vuelto a molestarme jamás. Yo vinculo su desaparición a técnicas respiratorias que por entonces comienzo a practicar al amparo del Yoga y del Zen, aunque mucho más como resultado de una vida más tranquila, mejor centrada en el *momento presente* como espacio del encuentro sereno conmigo mismo y con Dios (aprender a vivir en paz consigo mismo quita muchos dolores de cabeza).

Durante toda mi carrera eclesiástica, pero tendiendo a disminuir en su virulencia con los últimos cursos, me atormentó aquel horrible dolor de cabeza, combatido con analgésicos de toda clase, y que me obligaba a refugiarme en la oscuridad de una habitación, a veces varias horas seguidas. Llegué a saber que se trataba de una dificultad congénita de mi cerebro para asimilar el ácido fólico; por lo que tenía que

acudir con mucha frecuencia a inyectarme el complejo vitamínico “B”, y ya muy a última hora, también tomaba pequeñísimos comprimidos de dicho ácido, necesario a mis neuronas.

Los problemas más duros que la vida me ha presentado, he procurado siempre encajarlos más como un desafío que como una desgracia. Tal vino a ocurrir cuando, tras tres intervenciones en el ojo derecho -por el que ahora veo- un afamado oftalmólogo, al que acudí para recabar su docta opinión, me aseguró que con la situación de tal ojo era difícil conseguir ningún resultado favorable. La retina estaba tan desgastada que, al intentar coserla por un lado -nos aseguraba- se desgarraba por otro. Vinieron todavía cinco intervenciones más entre ambos ojos. Y, al menos uno, aunque con precaria visión, se ha salvado.

¿Qué es lo que en estos casos aquí narrados y en otras muchas circunstancias de mi vida, me ha permitido superar el diagnóstico pesimista? ¿Se trata de un optimismo natural? ¿Una manera de ser que me empuja a no ceder a los embates de la negatividad que me acosa? ¡Tal vez! Pero sin duda que ha sido también el ingrediente de una fe en un Dios que nos ama y nos ayuda a sacar bien de todo mal. Os aseguro que nunca he olvidado las lecciones insertas en tales acontecimientos de mi vida; y, la más importante de todas ellas es que jamás debe uno dejarse dominar por el miedo que mina el mejor valor del alma y nos impide ver que, ninguna amenaza del mal, es más poderosa que el Bien representado por el Amor de Dios nuestro Padre, *derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo*. Desde muy joven recuerdo que hice mía la máxima paulina: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta*.

Creer en Dios es creer también en la Vida, en el valor de esta Vida, en su destino eterno. Vivir es caminar hacia la plenitud de todos los valores que definen la existencia humana (¡por eso es *un camino en lo imposible!*). Creer en Dios es estar convencido de que esta existencia nuestra temporal es algo muy valioso para Él. Y eso es mucho más que optimismo.



## XIX

### Lecturas en la noche

Después de haber hablado en uno de los capítulos anteriores de mis primeras lecturas, caigo en la cuenta del importante papel que han desempeñado en mi vida los llamados *libros de cabecera*, que, por su contenido (no demasiado denso) y por su interés (muy relacionado con mi sensibilidad y preferencias del momento), se me fueron imponiendo durante un tiempo más o menos largo, como mensajeros de luces nuevas e introductores en el descanso que repara fuerzas.

El primero de ellos, ya desde el Seminario Menor hasta mediada la Filosofía (18-22 años de edad), fue el librito de los poemas de san Juan de la Cruz. En los primeros años lo leía casi furtivamente, en los breves minutos que mediaban entre ponerme el pijama y ser apagadas las luces del dormitorio corrido en el que nos refugiábamos veinte o más seminaristas. Entonces, en la oscuridad y el silencio, apenas roto por los primeros ronquidos de algún compañero, yo me quedaba media hora o más, antes de que me rindiera el sueño, rumiando los versos recién leídos, e incluso completando el poema interrumpido en la andadura de mi memoria. Así fue como *la Noche Oscura*, la *Llama de Amor Viva* o *El Cántico Espiritual*, se me fueron haciendo tan familiares como mi propia respiración, y terminaron acompañándome silenciosamente como el impulso de la sangre por mis venas.

Sin duda que todo el fuego de pasión que enardecía por aquellos años mi sistema nervioso, como urgencia de una vida compartida, de una ternura entregada, encontré en mi hermano en sensibilidad Juan de Yepes, el lenguaje más sublime y la orientación más certera. Yo iba sabiendo, por gracia de la poesía enamorada del místico castellano que, mi no pequeña capacidad de enamoramiento, ante tantos encantos y seducciones que me ofrecían por doquier las criaturas, tenía su cauce más amplio y reconfortante en la experiencia de fe, conocimiento amoroso de *Aquel que nos amó primero*. La Hermosura de Dios no competía en mi sensibilidad con la de las criaturas, sino que me prometía más, mucho más, al tiempo que respetaba el proceso de mi psiquismo abierto a cuanto hay de noble, bondadoso y bello en la creación. San Juan de la Cruz fue el magnífico pedagogo que me salió al paso para enseñarme a amar sin dependencias, lo que equivale a decir, para enseñarme a amar mucho lo bueno de este mundo, pero más al Buen Dios Creador de tantas bondades.

Mas el poema que siempre -entonces y ahora- más ha bañado mis ojos en lágrimas y ha dado mayor celeridad a los latidos de mi corazón, es el del Pastorcico; el más releído, el más regustado, el que más me abrió la puerta de la intuición más cegadora de la experiencia creyente. No creo que exista otra síntesis más completa y bella de mística propiamente cristiana que la que encierra este poemita, tan distinto y tan enigmático en el conjunto de la poesía sanjuanista. En el misterio de Cristo, Verbo Encarnado, muerto y resucitado por nosotros, Dios ha hablado con el lenguaje más descarnado del amor más total, único comprensible a la carne humana. Es el lenguaje del Amor que se deja matar para no negarse a sí mismo.

*Que sólo de pensar que está olvidado  
de su bella pastora, con gran pena  
se deja maltratar en tierra ajena,  
el pecho del amor muy lastimado.*

Yo iba entendiendo, poco a poco, que el dolor de Dios en Cristo, no era el de un Juez ofendido por nuestra desobediencia, sino el de un Amante herido por el olvido de su amado, por la ingratitud con que habíamos acogido su inmenso Amor, tan bien

expresado en los brazos abiertos del Pastorcico, y que contiene todo nuestro bien mayor.

*Y dice el Pastorcico: ¡Ay, desdichado  
aquel que de mi amor ha hecho ausencia,  
y no quiere gozar la mi presencia,  
y el pecho por su amor muy lastimado!*

Ese pecho herido de amor por mí, esos bellos brazos clavados en el amor para mí, serían ya el símbolo de mi única verdad humana y de mi libertad más fecunda en esta vida. Que Dios me ama, y que su Amor es lo más grande que hay en mí, lo sé sólo con mirar el costado abierto del Pastorcico, boca por la que me besa el Eterno.

Vino después, alternando con los versos del de Fontiveros, el libro de **Las Florecillas** de san Francisco de Asís. ¡Qué aire fresco de amanecer evangélico, qué efluvios de estallante primavera espiritual, en las ingenuas historias que configuran este librito medieval! Me subyugaban aquellas páginas, *agua de buen manantial*, cuyo realismo cristiano no podía caber en otro lenguaje que el de la poesía, tan épica como lírica, tan dramática como rebosante del gozo de un mundo nuevo. Yo no leía milagros ni cosas extraordinarias en **Las Florecillas**, sino simplemente la locura de un amor pobre y humilde, capaz de hacer añicos toda cordura y sensatez de la razón autosuficiente y del pragmatismo craso y enervante, hijo de la ambición.

Eran voces suaves pero muy claras que me repetían que el Evangelio de Jesús, al que Francisco había entregado su vida sin reservas, no era una doctrina arcana, ni una espiritualidad evasiva, ni muchos menos un ascetismo duro y voluntarista. Francisco y sus compañeros de aventura, habían captado que el Evangelio está hecho a la medida del hombre, es decir, para que el humano llegue a ser auténticamente humano, fiel a sí mismo y feliz en su realidad de criatura débil y en camino.

**Las Florecillas**, en su conjunto, resultaban en mi lectura, noche tras noche, como un comentario fluido de aquellas palabras de Jesús: "Gracias te doy, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a sabios y entendidos, y se las has manifestado a la gente sencilla". La Sencillez se me reveló como el mejor campo de labranza de la Sabiduría. Francisco de Asís me condujo a amar la Sencillez por encima de toda otra virtud, como fundamento de todas las virtudes. Y vi que lo sencillo es sinónimo de lo verdadero; y que la mentira se alía muy bien con todo tipo de enredo y complejidad. No se puede ser pobre según el Evangelio, ni amar al prójimo como a sí mismo, si la Pobreza y la Caridad no van desnudas de todo ropaje de oropel, ambición, agendas ocultas.

Si a Juan de la Cruz, el amor ardiente; a Francisco de Asís será el amor humilde y confiado lo que le deberé (aunque él también fue serafín abrasado en fuego divino), como camino inequívoco para llegar al amor de identificación y de fusión con el Amado.

---

## XX

### Gandhi o, el Espíritu de la Verdad

Tras los tiempos de Seminario, vinieron otros muchos libros a ocupar el cajón de mi mesita de noche, pero no todos tuvieron el mismo peso para permanecer durante años, añadiendo a la oración de Completas su aliento espiritual, como los dos anteriormente comentados y estos otros dos, que ahora me propongo comentar.

Uno de ellos fue la Autobiografía de Gandhi, intitulada La Historia de mis Experimentos con la Verdad. Lo encontré el catorce de agosto de mil novecientos setenta y cinco en la librería L'Arc de Santa María, de Barcelona. ¡Feliz hallazgo! De inmediato, ya en la misma estación de ferrocarril, donde tuve que hacer larga espera hasta la hora de salida del tren que me devolvería a mi tierra, comencé su lectura con la pasión de un aventurero que se encuentra ante un inesperado y magnífico desafío, o de un amante de la naturaleza que tiene ante sí un paraje inexplorado de abrupta belleza.

Pronto me di cuenta, a medida que me adentraba en las páginas de la autobiografía de tan célebre personaje (para mí el más célebre del siglo XX), que su lectura había de responder, no sólo al tema, que por entonces me ocupaba mucho, de la No-Violencia, sino también a cuestiones que eran por el momento heridas abiertas en mi espíritu, tales como el diálogo interreligioso, la relación Acción/Contemplación, el Naturismo y otras propias de mi generación.

Gandhi me sedujo con su amor absoluto a la verdad (*Satyagraha*), su sentido práctico de la verdad, que hace de él un profeta insigne en el campo de la fidelidad del hombre a sí mismo. La verdad para Gandhi es mucho más que una cuestión intelectual o académica, mucho más que las conclusiones convincentes de un argumentado discurso, y mucho más que la conclusión apodíctica de un silogismo rigurosamente planteado, para convertirse en el ámbito de toda vida espiritual auténtica, y única arma de combate válida contra los fanatismos religiosos, así como contra los tronos de los poderes injustos y violentos.

*Creo que es un error esperar seguridad en esta vida, cuando todo es inseguridad e incertidumbre, con excepción de Dios y de la Verdad. Todo lo que hay, todo lo que ocurre es incierto y transitorio. Sin embargo hay un Ser Supremo oculto en alguna parte que es la Encarnación de la Certidumbre; y sólo puede considerarse dichoso aquel que alcanza a entreverlo aunque sólo sea un instante. La persecución de esta Verdad es el **summum bonum** de esta vida.*

Gandhi sabía que si el hombre no encontraba dentro de sí mismo la verdad como certidumbre del valor de su propia existencia, terminaría tomando por verdades muchas mentiras que le saldrían al paso, urdidas por toda clase de ambición dominadora y de poderes ocultos. Y aquella Verdad con mayúscula, que Gandhi persigue y defiende como inalienable afirmación de la vida humana, es la del máximo respeto a las mínimas expresiones de la vida sobre la tierra y en el universo.

La vida verdadera siempre defiende a aquellos que la desenmascaran de sus mentiras existenciales (dogmáticas o moralistas, interesadas y evasivas). Los defiende abriendo dentro de ellos el espacio sagrado de la veracidad, como consciencia clarividente de todo cuanto favorece o dificulta el sentido de la vida y la simple alegría de vivir. Una vida falsa es sinónimo de una vida sin sentido. Y la alegría de vivir resulta de todo punto imposible donde el humano se deja esclavizar por intereses mezquinos de ideologías de poder o de los espejismos de felicidad en boga.

*Lo que quiero lograr -lo que me he esforzado en lograr y lo que he anhelado durante estos últimos treinta años- es el autoconocimiento, el ver a Dios cara a cara y alcanzar así la verdadera salvación. Vivo, me muevo y he puesto mi ser en la prosecución de esa meta. Todo lo que hago por medio de la palabra o el escrito -amén de mis aventuras en el campo político- está dirigido a este mismo fin.*

Es, ya se ve, una verdad de honda raigambre religiosa: *la verdad que nos hace libres*, porque nos conduce a vivir para el Absoluto de Dios, y desde Él, para una misión en la tierra que propague la fuerza humanizadora de la entrega a dicho Absoluto. Sólo Dios. Sí; sólo Dios defiende al Hombre de sus falacias de orgullo autosuficiente o de sus desconfianzas miedosas, porque lo vuelve (lo convierte) hacia su inalienable grandeza de Criatura destinada a la Comunión con el Creador (*ver a Dios cara a cara*). La Verdad de Gandhi no es otra cosa que su propia experiencia de Dios, ella es la que lo hace verdadero en las raíces de su ser..

Desde tal verdad, suprema y última, se ilumina el conjunto del pensamiento gandhiano: todo cuanto estorba o no conduce al hombre hacia su conciencia divina, es mentira que hay que combatir. La lucha contra la mentira que asfixia al hombre es la verdadera lucha a favor de Dios. No en vano se puede afirmar, a partir de la Creación, que Dios no quiere ser ya Dios sin el Hombre, lo mismo que el Hombre no puede serlo sin Dios.

En la “verdad” de Gandhi estaba logrado maravillosamente el difícil equilibrio entre acción/contemplación. Gandhi sabe que el Dios de la Creación está al servicio del Hombre, su criatura; y que, por ello mismo, nada hay más religioso (*re-ligante*) que el compromiso a favor de la dignidad y de los derechos humanos. El ser humano resulta para Gandhi camino hacia Dios y lugar, al mismo tiempo, de encuentro con Dios. Sólo buscando a Dios en el Hombre se encuentra el Hombre consigo mismo y con Dios.

Pese a su altísima fidelidad al Hinduismo (su fe de nacimiento y tradición), este hombre que supo beber con provecho en las fuentes sagradas de todas las grandes religiones (*a pesar de ser un fiel hinduista –dice de sí mismo-, encuentro en mi fe lugar para las enseñanzas Cristianas, Islámicas, Zoroastrianas..., y no como un ecléctico que no posee una fe propia, siendo así que la mía es una fe amplia que no se opone a otras. Es una fe basada en la más amplia tolerancia posible. Esa amplia fe es lo que me mantiene*), supo por ello mismo descubrir, hasta quedar arrobado, la gigantéz de la imagen de Cristo Crucificado, que le ayudó a comprender que *“tanto los individuos como las naciones sólo pueden construirse por la agonía de la Cruz, y no hay otro camino posible”*.

Gandhi resulta ser uno de esos *profetas del exterior* que le recuerdan a las iglesias cristianas la urgencia de volver al Evangelio. Toda fe verdadera, toda fe religiosa que se resuelve en experiencia de Dios, lleva consigo la llamada al respeto y diálogo con todas las religiones de la tierra. Y así, Gandhi, desde la más estricta fidelidad al Hinduismo, no cesa de reconocer la hermosura del Evangelio de Cristo y su poder para hacer realidad en la historia un Hombre Nuevo y una Nueva Sociedad. La fe, que nunca fue para Gandhi un dogma frío al que asentir racionalmente, abrió su corazón totalmente a la vivencia íntima e inalienable de la necesidad de consagrar por entero sus fuerzas a la más noble y fértil de las verdades: Dios y el Hombre al encuentro.

Cristo-Jesús, el que se anonadó y tomó la forma de esclavo, para así comunicarnos la Verdad del Amor de Dios, es uno de los más potentes focos que iluminan el **alma grande** de Gandhi, al afirmar que no hay salvación posible para el hombre fuera de la humildad; y que el *Ahimsa (No-violencia)*, en cuanto que consagración radical de la propia vida a *la Verdad que nos hace libres*, es la expresión consumada de esa humildad, virtud de los fuertes en el Espíritu, ruta de la Nueva Humanidad en marcha.

*Para ver cara a cara al Espíritu de la Verdad -que es universal y omnipenetrante- debemos ser capaces de amar la cosa más vil de la creación como a nosotros mismos.*

*La identificación con todo lo que vive es imposible sin la purificación, y sin la autopurificación la observancia de la ley del Ahimsa no será más que un sueño vacío. El que no sea puro de corazón jamás podrá comprender a Dios. El camino de la autopurificación es duro y escarpado. Para alcanzar la pureza perfecta debemos liberarnos por completo de toda pasión en el pensamiento, la palabra y la acción; tenemos que elevarnos por encima de las corrientes opuestas del amor/odio, apego/repulsión.*

*No hay salvación para un hombre hasta que no considere, por libre voluntad, que ocupa el último lugar entre sus semejantes. El Ahimsa es el límite más remoto de la Humildad.*

A la lúcida y formidable pregunta de Nietzsche “¿Qué dosis de verdad puede soportar el hombre?”, Gandhi responde con la síntesis de su vida: El hombre puede soportar tanta verdad cuanto sea el amor que la sostiene. La *verdad pura* es un producto de la mente humana cuando ésta se hace orgullosa y autosuficiente. En cambio, una mente humilde, la mente del hombre que se sabe necesitado de salvación, una salvación que no se puede dar a sí mismo, reconoce que sólo el amor salva, y, por consiguiente, que la única *verdad verdadera* (digna de crédito) es el Amor. El Amor es la única razón suficiente, la única razón pura y la única razón práctica en orden a la realización de la persona y del bien común. Pero sólo la fe como experiencia de un Dios/Amor nos puede hacer humildes, y en consecuencia, abiertos a la Verdad única que nos salva. ¿No es éste el sentido de las palabras de Jesús en el Evangelio de Mateo: “*Gracias te doy, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido esta Verdad a sabios y arrogantes y se la has revelado a la mente sencilla*”? La Verdad del Amor es doble: dejarse salvar por el Otro, y dar la propia vida por amor a los otros.

## XXI

**Vincent van Gogh o, la belleza que nos salva**

**Cartas a Theo**, el último libro de cabecera que me acompaña desde diciembre de mil novecientos ochenta, y que no ha podido ser, hasta el momento, sustituido por los méritos de ningún otro (escribo esta página en marzo de dos mil cinco), representa, en mis breves minutos últimos del día, cuando pesa la densidad de todo lo vivido, y el reposo se impone imperiosamente, un oasis de paz que me predispone al mejor de los descansos. Si no resultara presuntuoso diría que, en la escritura de van Gogh, sale a mi encuentro un alma gemela para estimularme en la fidelidad a mi propio e irrenunciable camino, este *camino en lo imposible* (¿como el suyo?).

Efectivamente, me pregunto, ¿por qué me sedujo tanto, desde las primeras páginas, la lectura de este libro? ¿Cuál era el mensaje subliminal que su escritura me lanzaba? Hoy creo que fue -y no tengo duda de ello- su afán de llegar a ser lo más plenamente posible *Hombre Interior*, es decir, un ser de vida espiritual como soporte de todos los valores de su existencia. El único plan de vida que enmarca toda la búsqueda, toda la aventura humana, artística y religiosa de Vincent van Gogh, fue, siendo él consciente de ello, el cultivo de su yo profundo, de su yo más personal e inalienable.

*Es bueno ser “hombre honrado” y tratar de serlo más y más, y se obra bien cuando se cree que es preciso, para ello, ser “hombre interior y espiritual”.*

Al elegir como tema de uno de sus primeros sermones, cuando se preparaba para ser pastor, el de *la higuera estéril* (Lucas XIII, 6-9), van Gogh preconiza que, el verdadero hombre espiritual, es el que se dispone a dar fruto en todos los tiempos de su vida, porque en cualquiera de ellos puede venir a pedírselos el único Señor. No sólo en los tiempos favorables a la cosecha, sino también en los adversos, y tal vez con más razón en estos últimos, porque el fruto no lo da *el que planta ni el que riega*, sino el Dueño de lo plantado. Las adversidades y contratiempos de la vida vienen para desafiar lo mejor que hay en nosotros, hasta obligarnos a dar fruto en la paciencia y en la perseverancia. Aquí, pues, creo que radica para mí lo más iluminador del testimonio del pintor holandés afincado en el sur de Francia. Hay que sentirse dispuesto a dar el fruto que los demás necesitan de nosotros; fruto que no siempre coincidirá con el que yo había imaginado o deseado; fruto que tampoco coincidirá con la demanda de mi entorno; pero fruto que, por haber nacido de mi yo profundo, de la bien probada fidelidad a sí mismo, coincidirá plenamente con el que muchos necesitan y aguardan, aunque lo hagan sin plena conciencia de ello, de mi paso por este mundo.

*Desde el momento en que nos esforzamos en vivir sinceramente, todo será para buen fin, hasta si debemos inevitablemente tener penas sinceras y verdaderas desilusiones; cometeremos probablemente también gruesas faltas y haremos malas acciones, pero es verdad que es preferible tener el espíritu ardiente, aunque nos lleve a cometer más faltas, que ser mezquino y demasiado prudente.*

*Es bueno amar tanto como se pueda, porque ahí radica la verdadera fuerza, y el que mucho ama realiza grandes cosas y se siente audaz, y lo que se hace por amor sale bien hecho.*

Van Gogh, al no dejarse jamás vencer por lo áspero y duro de su experiencia existencial, transforma el fruto real de su desgracia en obra y testimonio de belleza y de amor a la humanidad histórica. ¿No resulta esta parábola de *la higuera estéril* un magnífico paradigma para estudiar la vida y obra de van Gogh? Con su enorme

sensibilidad para detectar lo que engrandece o empequeñece a una existencia humana, van Gogh cultiva incesantemente su espíritu, y se hace instrumento para arrojar ascuas incandescentes de belleza sobre las miserias y fealdades que enturbian la marcha humana.

Vincent nunca quiso quedar bien ante los demás, sino ser auténtico ante sí mismo. Tampoco pretendió hacer una obra ajustada a los cánones estéticos en vigor, sino ser transmisor de la belleza interior de las situaciones, personas y paisajes que abordaba con su pluma o pincel. Vincent no aparece ni quiere aparecer nunca como el superhombre que, llevado de su euforia, *canta una nueva canción y anuncia un mundo transfigurado y un cielo estremecido de alegría* (como dijera de sí mismo Nietzsche). En el polo opuesto del superhombre nietzschiano, van Gogh asume la condición humana como llamada a la humildad y a la solidaridad con todo dolor, digno de ser amado por el mero hecho de ser un dolor humano. La Piedad de Saint-Rémy, pintada durante su estancia en el hospital psiquiátrico, resume, desbordante de patetismo no exento de belleza, el dolor de una humanidad que se sabe impotente para atajar tanto sufrimiento entre sus hijos, pero no para amarlos más allá y en el corazón mismo de tales sufrimientos e incluso de la muerte. Los azules y dorados con que Vincent ha enmarcado esta página sublime del dolor de Dios, representan toda la luz y toda la gloria que envuelve y transfigura el sufrimiento humano redimido por el dolor divino.

*En un cuadro quisiera decir algo consolador, como una música. Quisiera pintar a los hombres o a las mujeres con no sé qué de eterno, de lo que en otro tiempo el nimbo era el símbolo, y que nosotros buscamos por el centelleo mismo, por la vibración de nuestros coloridos.*

¿Es van Gogh un representante nato de lo que solemos llamar *el arte como forma de vida*? Sin duda que, tanto en su existencia temporal como en su creación plástica, van Gogh resulta un artista de sí mismo, definidor de una personalidad -la suya- imposible de encerrar en distinciones psicológicas, estéticas o religiosas al uso. Ni la vida y muerte de van Gogh se pueden entender al margen de su creación artística, ni ésta puede ser gustada sin tener en cuenta el genio peculiar y las condiciones de vida que le fueron impuestas por la realidad.

El suyo resulta ser el arte de confesar que la vida humana, en su compleja realidad, es hermosa, digna de ser vivida y amable, aunque no se muestre siempre así para el viviente. *Y la vida, ¿no nos ha sido dada para enriquecer nuestro corazón, hasta con el mismo sufrimiento físico?*, pregunta en una de sus cartas. Y un poco más adelante, llega a afirmar valientemente: *Me sentiría y me entendería mejor con una mujer o una joven que fuese fea, o vieja, o pobre, o desgraciada por una u otra razón, pero que hubiese adquirido inteligencia y un alma por la experiencia de la vida, por las desdichas y penas.* Su fe en el poder del amor llega a no tener medidas.

*Sufrir sin quejarse es la única lección que hay que aprender en esta vida. Mi querido hermano, lo mejor es quizá ridiculizar nuestras pequeñas miserias y también un poco las grandes de la vida humana. Toma tu resolución como hombre y no pierdas de vista tu objetivo. Nosotros, artistas en la sociedad actual, no somos más que cántaros quebrados.*

Su corazón, siempre abierto a la comunicación, en medio, incluso, de la soledad más lacerante, hace de este hombre un creador de la vida, de su propia vida (porque la vida es imposible sin comunicación), utilizando los materiales de derrumbe que le ofrece el destino, destino de incompreensión y de fracaso, destino que bien podemos llamar trágico. Su sentido místico del sufrimiento (gemelo al de Teresa de Lisieux, que decía en el culmen de su experiencia: *“En adelante ya no creo más que en el sufrimiento”*), cuando en el lecho de muerte confesaba a su hermano Theo: *“La tristeza nunca tendrá fin”*, nos ayuda a comprender que sólo asumiendo esa verdad del ser

humano incompleto, incapaz de alcanzar plenamente en este mundo la vocación de felicidad que lo impulsa desde dentro, podemos llevar a cabo, no sin riesgo en el camino, una obra capaz de consolar al hombre, nuestro hermano, en sus inevitables tristezas. Y van Gogh nunca renunció a la obra de misericordia de ser un consolador de los tristes.

*¡Ah, me parece cada vez más que los hombres son la raíz de todo -la medida de todas las cosas-, y de esto me viene constantemente un sentimiento de melancolía por no estar en la verdadera vida, en el sentido de que querría trabajar más en la carne y menos en el color!*

¡Ningún trabajo vale la pena si no es para servir al hombre en su propia carne, es decir, en su existencia concreta y real, a menudo ardua y penosa!

Una vida propia no es una vida en propiedad, sino la propiedad de una vida que sólo alcanza a serlo entregándose y recibiendo de su propia entrega. Van Gogh supo situar su existencia en el límite exacto en que vida y muerte se abrazan y mutuamente se fecundan. La vida no le podía ya dar más, y todo había de esperarlo de la muerte. Su muerte representaba ya toda su libertad, y por tanto también todo su amor a la belleza, a la entera creación, con la que se fundía al morir. La realidad para van Gogh es que el hombre sufre de mil maneras en tanto es ciudadano de este mundo, y que no existe otra respuesta al sufrimiento del hombre y del cosmos que la de la propia entrega de amor del que se hace consciente de dicho sufrimiento. Por eso él cayó como semilla de belleza eterna en el mismo surco abierto del paisaje que tanto amaba y tan bien había presentado en buen número de sus cuadros. Para van Gogh lo real no es lo primero que se nos ofrece o vemos de las cosas; hay que permitir al amor que guíe nuestra mirada hasta llegar a descansar en el misterio que las traspasa e ilumina desde dentro. Sólo la luz interior que todas las criaturas llevan consigo nos ilumina para poder verlas en su realidad, siempre digna y necesitada de amor.

¿Intuía van Gogh, como muchos de los pensadores y artistas de su época, la necesidad de una nueva concepción del hombre y del mundo? Sin duda que a través de las raíces impresionistas que dan fruto en su obra, así debió ser. Pero para Vincent ese mundo nuevo había de serlo de ternura desatada, de afecto desinhibido, de abrazos que acabaran de una vez para siempre con todos los individualismos demolidores de la auténtica concordia y fraternidad entre los humanos, transformando toda diferencia (racial, religiosa, cultural, etc.) en motivo de amorosa comunión.

*Los hombres se hallan a menudo en la imposibilidad de hacer algo, prisioneros de no sé qué jaula horrible, horrible, muy horrible. No sabemos decir siquiera lo que nos hace esclavos. ¿Sabes tú cómo desaparece tal prisión? A base de afecto profundo, serio. A base de ser amigos, de ser hermanos, de amar: así se abre la prisión bajo una fuerza soberana, como un encanto poderoso. Pero el que no tiene este amor permanece en la muerte. Allí donde la simpatía renace, renace la vida.*

Sí, Vincent, hermano, amigo, compañero de muchos días vividos en la tiniebla del absurdo, del sinsentido, del cansancio existencial, del camino cortado (o, *imposible*)...; y de muchas noches iluminadas, sostenidas en su fervor amante, por tu palabra escrita, unida de ternura y de esperanza. ¡Qué bien me has acompañado con la justa palabra, con la frase puntual que me retornaba la fe en mí mismo y la conciencia de misión, cuando una u otra -y a veces ambas a la vez-, dejaban de iluminar mis pasos en busca de mi verdadera humanidad! Bienaventurada la hora en que te viniste a vivir conmigo, pues fuiste tú, alma gemela, quien me buscaste para compartir con mi oscura experiencia tu singular experiencia, la de que, ser hombre, artista y cristiano, lleva consigo tres razones -tres urgencias- para servir a nuestros hermanos, abrazado, muy abrazado, a la Cruz del Amor.



**XXII****Dos ángeles en la noche**

Con la lectura, primero de Gandhi y más tarde de van Gogh, ¿no experimenté un auténtico rejuvenecer de las ilusiones fundamentales de mi vida? ¿No me ayudaron a encontrar claves para la fidelidad a aquellas intuiciones que en mi adolescencia comenzaron a brillar en el cielo de mis más ardientes noches? ¿No me abrieron horizontes de claridad para asimilar -y no renunciar- a las grandes intuiciones del Vaticano II, y a la urgencia de seguir luchando por una Iglesia Pueblo de Dios, más laical, más dialogante con el mundo de hoy, más encarnada en las situaciones de sufrimiento humano y, sobre todo, más comprometida con el Ministerio de la Contemplación, clave que se me reveló por aquellos años como la condición número uno para la auténtica renovación de la vida cristiana? Con una evidencia pasmosa se me imponía en aquellos tiempos esta no traicionada verdad: Sólo un cristianismo alimentado en la contemplación de amor puede ayudar a la persona humana a vivir la experiencia de Dios en el mundo, haciéndose por ello mismo más humana, más comprometida con todas las realidades de la Tierra, una Tierra que el hombre debe *dominar* en la colaboración y alabanza al Creador.

Gandhi, por ejemplo, me ayudó a entender el valor del celibato ministerial como una opción de amor más grande (yo ya había leído en René Voillaume aquello de “El Amor de Castidad”, que mucho me animó en mis años juveniles), en momentos en que dicho celibato había caído en crisis, y no parecía detenerse su ola devastadora dentro de la Iglesia Católica (¿cuántos compañeros míos se secularizaron, principalmente por la cuestión del celibato?) Y no es que yo admitiese la obligatoriedad del celibato ministerial que, a todas luces, no me parece necesariamente vinculado al ministerio ordenado, y al que sólo le asisten razones históricas, pero no de fe ni sinceramente prácticas (¿es más libre un célibe, en su soledad de soltero, tantas veces opresora y llena de trampas, que un casado, en su estructura familiar tejida de relaciones interpersonales íntimas y de responsabilidades mutuas? Para mí, que no). Pues bien, Gandhi, que estaba casado y luego hizo, de acuerdo con su esposa, voto de castidad, me ayudó a comprender que es el amor la estructura articuladora de la personalidad humana, y que cuanto más grande (en intensidad y en extensión) es dicho amor, más feliz es la realización del individuo que lo adopta.

El elegir *ser eunuco por el Reino de los cielos*, no es una castración en ningún sentido, ya que lo más esencial, genuino y constitutivo humano del amor, no es renunciado con la opción célibe. Y una fuerte vivencia de amor a Dios y a los hermanos (que, al fin y al cabo son el mismo y único amor), llena muchos -si no todos- de los vacíos que deja necesariamente el celibato. Con todo, en aquellos años se me hizo mucho más claro que el celibato no puede ser una ley impuesta a nadie ni por nadie, sino sólo una gracia que Dios concede a quien la concede. No en vano “*sacrum facere*”, de donde viene el término *sacrificio*, no indica mutilación ni destrucción de nada humano, sino culminación y plenitud de ello, mediante su total apertura a lo divino. Y así, el sacrificio del matrimonio es una forma de plenitud en el amor, y el del celibato, otra; sin que entre sí se nieguen, ya que ambas se necesitan. La plenitud del Amor sólo es de Dios.

En una de aquellas noches -nos situamos en los primeros ochenta- tuve un sueño que se repitió al menos dos veces más, y que me parece tiene que ver con lo que venimos diciendo. Camino en solitario bajo la urgencia de encontrar un hogar, que he perdido, pero que debe existir en algún lugar. Me encuentro dentro de una enorme gruta, no se si natural o hecha por manos de hombre, en la que abundan restos de edificios nobles derruidos. No es fácil caminar en la penumbra de la cueva y entre montones de escombros, pilastras, capiteles y otros fragmentos de edificios que ocuparon el espacio de lo que ahora es gruta cerrada y tenebrosa.

En un momento de mi caminar casi a tientas, dos personajes se me acercan y me dirigen cordialmente la palabra. Con gran sorpresa mía veo que me conocen por mi nombre y apellidos. Me dicen que están al tanto de mi aventura peregrinante porque ellos la recorrieron antes de forma parecida, y me han sido enviados para que no me desvíe de mis metas. Todo ello me produce estupor y gozo al mismo tiempo. Me animan a seguir caminando, sin que permita que el desánimo me venza en ningún momento ni ante ninguna dificultad de las muchas que todavía tengo que afrontar. Y desaparecen.

El resto de mi caminar se me hace breve en el sueño. Todavía sobre ruinas de un glorioso pasado, prosigo un tiempo; pero en medio de la oscuridad más que nocturna de la gruta, resplandores vivos me van llegando, indicadores de una luz cierta y no muy lejana. Se van intensificando tales resplandores poco a poco más, hasta que en una vuelta de la gruta, aparece el edificio, el hogar (¿tal vez un templo?), de paredes transparentes y translúcidas, como generadoras de su propia luminosidad. No percibo si es muy grande o más bien reducido. Sólo que es de luz, luz blanquísima, luz no cegadora, luz que convierte en luz todo lo que toca. Yo mismo me doy cuenta de que me he hecho totalmente luminoso, como un astro. Y una música coral e instrumental a un tiempo, en acordes de gloria infinita, me llama por mi nombre, me invita a entrar. Todavía no he visto a ningún ser viviente. Sólo la luz y la música. Sólo el asombro de haber encontrado lo que tanto había buscado, y mucho más. Pero es el momento de despertar del sueño, con la miel en los labios.

¿Le parecerá a nadie extraño que, días o semanas después de haber tenido este sueño, cayera en la cuenta de que aquellos dos personajes misteriosos de la gruta, que me animaron a seguir buscando mi verdadera meta, mi irrenunciable patria, eran Mahatma Gandhi y Vincent van Gogh? Yo no lo dudo, pues han llegado a ser, con el testimonio de sus propias existencias, verdaderos faros en medio de mis noches.

A van Gong y a Gandhi no los leí jamás como se lee a un maestro, buscando en ellos nuevos esquemas explicativos que me aportaran seguridad en mi pensamiento en ciernes; los leía como quien se sienta a dialogar con un amigo -nunca con los dos a la vez-, sediento del placer de escuchar a alguien con quien me sé en profunda comunión, y que a su vez me comprende y me acepta en mi entera realidad. Ante cada uno de ellos podía ser como soy sin necesidad de disimular ni cambiar nada. Pero también he de confesar que, esta vivencia de comunicación repetida y gozosa con el místico hindú, promotor de la lucha No-Violencia, y el alucinado pintor de la Provenza francesa, si bien me proporcionaba descanso y estímulo en mi camino, también me iba haciendo, poco a poco, más difícil la comunicación con los amigos o compañeros de carne y hueso que la vida me ponía por delante. Sufría, sí, he sufrido mucho, y no me avergüenzo de confesarlo, al no poder experimentar la misma profundidad, espontaneidad y gracia de comunicación con las personas de mi entorno y trabajo, como la experimentaba, noche tras noche, con estos dos venerados compañeros, mucho más que autores de mis libros de cabecera.

### XXIII

#### Los cimientos que sostienen el edificio

Cada vez que el Fracaso ha hecho su aparición en mi camino, he vivido momentos de confusión interior e inestabilidad emocional, que me obligaban a buscar asideros, terreno firme, para no ser víctima del sinsentido que parecía dominar mi horizonte. Y así, cuando hace unos quince años, comenzando a sentirme cansado de ese ir y venir de predicador ambulante, como animador de retiros espirituales y cursos de oración por casi toda la geografía española, pedí a mi obispo un puesto de trabajo en la diócesis -la mía, a cuyo servicio yo había sido ordenado presbítero-, y pese a mi insistencia con lágrimas en los ojos, sólo conseguí, literalmente, esta respuesta: *“Yo, como obispo, te digo que te sientas enviado a ese trabajo de animación espiritual, aunque no te pueda dar para ello ningún nombramiento en concreto”*; llegué a sentirme como marginado por mi propia familia, en mi propio y más amado ambiente.

Era ésta una época en que sentía el dolor tan lacerante de la pérdida, reciente e intempestiva, de mi hermana Lola, que me había acompañado en todos mis destinos pastorales. Buscaba el amparo que había perdido en el ambiente de una parroquia, donde siempre se puede encontrar personas que te brindan calor de hogar en clima de amistad sincera. Para mí ser cura siempre ha sido una forma de cultivar la amistad. Creo que esta afirmación la certificarían muchas personas de los distintos lugares por los que he pasado. Y no pienso que se pueda ser pastor de otra manera, como no creo que pueda madurar la persona sin el cultivo de la amistad. Es en el clima de la amistad, es decir, del amor gratuito, donde mejor se transmite la fe y se comparte el Amor del Padre. Por algo Jesús manifestó a sus discípulos: *Ya no os llamo siervos, sino amigos; porque el siervo no sabe lo que hace su señor, pero a vosotros os he dado a conocer cuanto yo he recibido del Padre.*

Desde hacía unos diez años, me venían muchas peticiones de animar Ejercicios Espirituales -no del estilo Ignaciano, sino al calor de la espiritualidad de Ch. de Foucauld-, tanto a religiosos y religiosas como a curas, seminaristas y laicos de diversas organizaciones eclesiales; así como cursillos sobre la oración de los Salmos y en general sobre la oración cristiana. Con esta tarea recorrí en varias direcciones la península y las islas, siendo yo, sin duda, quien más quedaba enriquecido, tanto por la minuciosa preparación con que trabajaba cada servicio que se me pedía, como por el conocimiento interno de personas, grupos y diócesis del Estado Español.

En uno de estos Retiros para sacerdotes tuve un contratiempo que, sin duda, ha tenido repercusiones en mi vida posterior. Animaba los Ejercicios anuales para un grupito -no pasaban de veinte- sacerdotes de una diócesis cercana a la mía, entre los que se encontraba un profesor de teología de la Facultad de la capital de dicha diócesis. Antes de comenzar la tanda, un sacerdote amigo me había advertido que llevase cuidado con este profesor, pues se trataba de un fundamentalista que esgrimía su ortodoxia de forma altamente beligerante. Los Ejercicios discurrieron, al parecer, con normalidad y provecho de los participantes. Pero el último día, en clima de revisión de la experiencia, el profesor manifestó su disconformidad con mi modo de presentar la espiritualidad del presbítero diocesano.

Mi exposición se basaba fundamentalmente en la doctrina del Vaticano II, razón por la que me sentí muy seguro ante la crítica (más bien, ataques) del profesor. El resto de participantes, entre ellos sacerdotes muy venerables por su edad y experiencia, manifestaron su total acuerdo, aunque temerosos de enfrentarse con el docto oponente. Mi esquema trataba de exponer la íntima relación que existe entre la Caridad Pastoral, la Comunión Eclesial y la *Imitatio Christi*, haciendo depender de esta última las dos anteriores. Por lo que el ministerio pastoral, afirmaba yo, antes que un

*poder* es un *servicio* que ha de ejercerse desde la mansedumbre y humildad de Jesús, *quien se anonadó y tomó la forma de esclavo* para ser nuestro Salvador.

Argumentaba yo que, si el carisma de jerarquía, según san Pablo, es el primero en la construcción de la Iglesia, lo es, ciertamente, como los cimientos que sostienen al edificio desde la oscuridad y el silencio, sin exigir honores ni privilegios de ningún tipo a pesar de ser tan “fundamentales”. De ahí -decía yo también- que el servicio ministerial se ejerce con eficacia evangélica cuando se hace desde la Cruz de Cristo, y no desde el trono de los poderosos de este mundo. Y, por echar mano de las ideas que pudieron resultar más polémicas, añadía que, el sacerdocio ministerial debe estar al servicio del sacerdocio real, al estilo de la *Kenosis* de Cristo, es decir, desde el despojamiento de todo rango de superioridad.

El argumento con que se hacía fuerte nuestro profesor era, simplemente, que con este esquema quedaba gravemente herida la concepción del triple poder de los ministros ordenados, especialmente el poder de enseñar, y se perdía la tradicional concepción de la Iglesia como *Docente* y *Discente*.

Lo cierto es que, a partir de ese momento, no se me ha vuelto a llamar, ni una sola vez, a animar Ejercicios Espirituales para curas o seminaristas. ¿Tuvo algo que ver mi enfrentamiento con el profesor de Teología? Algo, sin duda. Como algo parecido debía estar influyendo también en mi obispo cuando tan firmemente me negaba un puesto de trabajo en la diócesis. Por aquellos tiempos, se me desgaja también de mis colaboraciones habituales con la Escuela Diocesana de Catequistas y con el Seminario Diocesano. En la primera venía yo impartiendo, desde doce años atrás, cursos de espiritualidad del catequista y pedagogía de la oración cristiana. En el segundo, aún desde más atrás, animaba retiros mensuales y de órdenes, amén de cursos de iniciación a los Salmos y a la Contemplación.

Diez años después de estos sucesos -lo que es mucho más triste-, ya con nuevo obispo en la diócesis, cuando me presenté a él para ofrecerle mis servicios, manifestándole mi deseo de colaborar en alguna parroquia, él me respondió, escuetamente: *Si tienes trabajo y donde vivir, sigue como hasta ahora*.

Nunca se me ha llamado para decirme qué es lo que he hecho mal, o en qué mi enseñanza no está de acuerdo con la de la Iglesia, cosa que hubiera agradecido al máximo. Tampoco se me ha llamado para preguntarme cómo me encuentro personalmente en esta situación de desgajado del tronco diocesano. En la actualidad y desde hace tres años, más o menos, mi actividad de animación espiritual ha quedado reducida a unos cuatro o cinco grupos que acompaño en la misma diócesis, en parte porque mis enfermedades me han forzado a limitar el trabajo, en parte porque ya no recibo demandas de salidas como antes.

En esta situación, constato una vez más que, *el auxilio me viene del Señor*, y que *mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los jefes*. Evitando caer en amarguras y resentimiento, he buscado en la oración la luz y la fuerza necesarias, que me han llegado como Gracia oportuna, ayudándome a comprender que *el último lugar*, no lo busca uno, ni lo debe buscar; pero que, cuando viene y se te ofrece a través de las circunstancias en las que uno ha querido ser fiel a sí mismo y a su propia misión, hay que aceptarlo y abrazarse a él, como el único lugar posible para servir a los hermanos y seguir creciendo en la fe. Es el lugar más seguro para el abrazo reconfortante con Jesús.

De todas formas, justo es decirlo, nunca uno es tan puro como para no necesitar ser purificado.

## XXIV

### La J.O.C. y yo

La década de los setenta resulta especialmente significativa en el conjunto de mis años. Es la década de mi salida de la JOC; de mi encuentro con la No-Violencia y el conocimiento personal de Lanza del Vasto; de la publicación de mi primer libro, LUZ EN EL TIEMPO (1974); de mi trabajo pastoral en los suburbios de Lo Campano y Villalba, en Cartagena; de mis estudios en el Instituto Superior de Pastoral, en Madrid; de mis primeras lecturas de la obra de Marcel Légaut; de mi profundización en el pensamiento de Thomas Merton; de mi descubrimiento de la Fraternidad Sacerdotal "Jesus Caritas", y la participación en el primer Mes de Nazaret celebrado en España (Julio de 1976); del comienzo de mi responsabilidad como director (desde Enero del 77 hasta Febrero del 83) del Boletín "Jesus Caritas", de publicación bimestral, de las familias Carlos de Foucauld; de la muerte de mi padre (Noviembre del 77), y de la de mi madre (Septiembre del 79); de mis problemas visuales, con ocho intervenciones quirúrgicas y la pérdida final del ojo izquierdo; y, por poner fin a este catálogo, que por sí solo es exponente de una de las etapas más ricas e interesantes de mi existencia, hablaré de mi descubrimiento de la Mística Oriental, donde, de manera especial el Tao Te King, me ayudó a abrirme a las profecías del exterior, es decir, a esa presencia o mediación que Cristo ejerce en todas las religiones y sabidurías ancestrales. ¡Verdadera *década prodigiosa!* Eje vertebrador de la mayoría de los valores que me definen y me sustentan. En ella me despidió también, definitivamente, de mi juventud, ya que a finales del 76 cumpliría los cuarenta años de edad.

Mirada de conjunto, lo que más destaca hoy en mi recuerdo de esta etapa de mi caminar en lo imposible, es, sin duda, la crisis de identidad que se inicia al comienzo de la década y me acompaña hasta bien entrada la mitad. Creo que tal crisis se hace sensible con mi salida de Yecla, donde dejo a muchas personas amigas y, muy especialmente, un movimiento de JOC con el que me sentía muy identificado, tras cuatro años de trabajo ilusionado.

En Cartagena, mi nuevo destino, encuentro serias dificultades para el entendimiento pastoral con otro cura –cura obrero- que estaba ya varios años en aquella parroquia antes de llegar yo, y cuyo estilo de trabajo pastoral y talante personal, nos resultaban incompatibles. Es en este mismo año cuando comienzo la Consiliaría de Zona Sureste de la JOC, que desempeñaré otros dos años más hasta la ruptura definitiva en Mayo del 73. Pero todo esto merece ser detallado en lo posible.

Yo venía trabajando en la JOC desde que salí de cura, proyectando ilusión y creatividad. La JOC me enseñó muchas cosas para mi vida de persona, creyente y pastor; entre otras me enseñó a no ser clerical. El Consiliario en la JOC no fue nunca el que mandaba, ni organizaba, ni dirigía, sino sencillamente el que acompañaba desde la fe en Cristo el proceso personal de los militantes y el sentido cristiano del compromiso en el Mundo Obrero Juvenil.

En tanto fui Consiliario de la Federación, primero, Cieza-Yecla, y después, Cartagena, no tuve problema alguno en mi relación con la organización. Yo estaba convencido de que la JOC, así como los demás Movimientos de estilo similar (HOAC, JEC, etc.), acabarían aportando a la Iglesia un rostro más evangélico, a través de una Pastoral básicamente de Encarnación en los ambientes populares, de Testimonio de Fe en medio de las estructuras seculares, y de Compromiso con todas las causas de la Justicia y de la Dignidad Humana. Era un convencimiento que ponía alas a nuestra acción de cada día. La Utopía del Hombre Nuevo y de la Nueva Sociedad era el motor que nos mantenía en la brecha. ¿Podía darse algo más de acuerdo con el Mensaje de Cristo? La lectura creyente de la realidad, a través de la Revisión de Vida, y los Retiros

Espirituales de cada mes, potenciaban en los jóvenes de clase obrera, la búsqueda esperanzada de un mundo más justo y fraterno, inspirado en las Bienaventuranzas Evangélicas y en el Mandamiento Nuevo de Jesús.

Pero los sueños todos tienen un despertar; y amargo fue el despertar de mi entusiasmo jocista. En el curso 72-73, me veo totalmente vetado por la Comisión Nacional de la JOC, cuando en mi defensa de la paternidad e identidad cristiana del Movimiento, vine a ser *persona non grata*, a la que había que eliminar de su responsabilidad. Sufrí mucho en aquella ocasión; se puede decir que era la primera vez que me sentía no querido por alguien a quien yo quería mucho, muchísimo; alguien a quien había soñado entregar mi vida entera (Cardinj estaba muy vivo en mi recuerdo por aquellos años). La JOC que había sido hasta entonces Movimiento Educativo y Evangelizador de Jóvenes Obreros y para los Jóvenes Obreros, pasaba a ser -y a esto es a lo que yo me oponía- Movimiento Obrero Juvenil de Inspiración Cristiana. ¿Sólo de "inspiración" cristiana? La dimensión evangelizadora no quedaba explícita en tal definición y orientaciones anexas y, por tanto, podía muy bien ser preterida. ¿No había sido el Evangelio la gran fuerza motriz de la JOC, desde su fundación, sesenta años atrás, hasta el preciso momento? ¿Mejoraba en algo el nuevo enfoque el trabajo realizado por la JOC? A estas y otras cuestiones no se me supo responder.

Un año después, en el Consejo Nacional de la JOC Española, celebrado en la ciudad de Málaga, salió al descubierto, no sin escándalo para muchos, documentación secreta, emanada de los dirigentes nacionales, con el fin de eliminar a las personas -consiliarios y dirigentes- que pudiéramos ser obstáculo al proceso de cambio. Y de hecho, cambió; no sólo la JOC española, sino a nivel internacional. ¿Perdió la paternidad cristiana, o simplemente se emancipó, como hijo que llega a la adultez, de la tutela paterna? Me gustaría pensar así; pero me temo que, con tal cambio, se precipitó la pérdida de muchos valores dentro del Movimiento y su misión en el mundo.

Salí de la JOC (*me salieron*). Pero su recuerdo y su estilo ha permanecido siempre conmigo, inspirándome muchos de los mejores momentos del conjunto de mi tarea pastoral. Si bien, con el paso del tiempo, ha decaído también para la actividad pastoral en general aquella manera de *hacer desde la base*, aquellos planteamientos de "nada sin el pueblo", aquella hermandad entre curas y laicos, que prometía otra Iglesia menos dependiente de la Jerarquía, pero no menos obediente al Evangelio y al Espíritu del Señor Jesús.

## XXV

### Amistad y amigos

La amistad, como estructura básica de mi corazón, como mi inalienable manera de ser en la vida, me ha acompañado siempre y en todas partes, fiel embajadora de mi deseo de no ser nada sin los demás y para los demás. No encuentro en mi necesidad de ser amigo mérito alguno de mi parte. Se me ha dado, para gozar y para sufrir, pues no pocas veces la actitud abierta y oferente con que me presento ante los demás, no es bien recibida ni comprendida en su dimensión de amor gratuito. Y los muchos años que llevo arrastrando esta manera de ser, invocando por doquier la relación amistosa, me ha enseñado ya de forma suficiente, que la amistad no es fácil en este mundo, y que, en sus vivencias más auténticas y positivas, tampoco deja de ser espacio de dolorosas experiencias. No obstante, los motivos de gozo que cultiva la amistad, son tan reconfortantes, tan benefactores para mi alma sedienta de intercambio profundo, que las secuelas de dolor que conlleva no hacen sino afianzar más su necesidad, su valor humanizador.

La amistad ha teñido, o, mejor, ungido, todas mis actividades, con su inconfundible luz de sinceridad en el darse y de admiración en el recibir al otro. No creo que sea otra cosa distinta a esta luz la que resplandece, por ejemplo, en la forma y en el fondo de mi predicación ministerial. La cantidad de veces que personas de variada edad y de ambos sexos, en distintos lugares y tiempos, me ha manifestado el mismo testimonio de haberse sentido *tocada* en sus fibras más sensibles, así como en el deseo de ser mejores, me autoriza para decir, no sin profundo agradecimiento de mi parte, que ha sido la actitud amistosa con que me dispongo a compartir la fe con la asamblea, la que ha hecho el milagro; porque milagro es siempre la comunicación que mueve corazones y los une en un sentir noble y elevado.

Del talante amistoso de mi tarea pastoral, da buena cuenta aquella anécdota de mis dos años de profesor de religión en el Politécnico de Cartagena. Un día, reunido con un puñado de alumnos fuera de clase, para tratar un tema propuesto por ellos mismos y no directamente relacionado con la asignatura, uno de ellos, que llegaría a ser un buen amigo mío, me preguntó, a boca jarro y sin venir a cuento: "Antonio, si tú tuvieras nuestra edad -ellos contaban entre dieciséis y diecisiete años- ¿volverías a elegir ser cura?". Yo contaba entonces treinta y seis años, y en mi corazón, todavía joven, anidaba una gran capacidad de valoración y entusiasmo por todo lo humano.

Me agradó la pregunta, que me daba ocasión de sincerarme con aquellos muchachos, con los que trataba de actuar con la máxima camaradería posible, y como respuesta inmediata dije: "Mira, Paco (pues así se llamaba), me parece tan interesante tu pregunta que no quiero responderla a la ligera; te contestaré más tarde". Y, al final de la reunión, antes de dispersarse el grupo de chavales, añadí: "Con respecto a la pregunta que me has hecho hace un rato, quiero decirte que, bien pensado, sí; sí volvería a elegir ser cura. Y te digo por qué: porque puedo ayudarte a ti y a otros muchos en aspectos valiosos para tu vida, y a los que tus padres y otros educadores, aún con la mejor voluntad, no pueden llegar o no están preparados para ello". Creo que el muchacho me comprendió. Y yo le hice en aquel momento esta otra pregunta: "Pero, ¿por qué me has preguntado eso, Paco? ¿Qué te ha movido por dentro a hacer semejante pregunta?". Y él me dijo: "Pues, mira, Antonio, te lo he dicho porque otros curas nos hablan siempre, o casi siempre, de que debemos ir a Misa, confesar, comulgar, ser muy obedientes..., y tú, ante todo, nos hablas de que tenemos que ser responsables y libres, ser buenos amigos unos de otros, preocuparnos por las necesidades de los demás...; vamos, que contigo la religión parece más una cosa de la vida, de nuestra vida de jóvenes". Yo di muchas gracias a Dios en aquel momento

por encontrarme allí, en medio de aquellos muchachos y ante aquella explicación recibida a mi pregunta.

Pero, aunque la amistad sea la estructura básica de mi corazón, mi más distintiva seña entre los humanos, *harina de otro costal* es la experiencia concreta de amistad en cuanto al número y calidad de personas que puedan ser llamados, con pleno derecho, "amigos". El honroso título de "amigo" no puede prodigarse sin quedar desvirtuado en su esencia. Amigos-amigos, ciertamente no he tenido muchos, ni creo que se puedan tener. El amor de amistad es muy exigente en cuanto a sus expresiones identificadoras, tales como la alegría compartida del ser, la admiración rendida ante el misterio de la persona del otro, la facilidad para ser tú mismo ante el amigo, sin tener que ocultar ni disimular nada. Alegría, admiración y confianza sin tapujos, son valores que te ayudan a discernir la verdadera de la falsa amistad. Por eso, mi recuerdo me dice, con señales inconfundibles de profundidad espiritual que, aunque los amigos-amigos con que he contado y cuento sean pocos en número, han representado siempre en mi vida el mejor descanso y el mayor estímulo humano.

Mis amistades femeninas, siempre las más espontáneas y disponibles que he encontrado en mi camino, me han enriquecido con la aportación a mi vida de esas virtudes pasivas, de las que tanto suelo carecer, y sin las cuales la existencia humana se convierte fácilmente en un infierno. Siempre que he acudido a una buena amiga - cosa que en los últimos veinte años he hecho con frecuencia, en las personas de dos religiosas, una Carmelita Descalza y la otra Hija de la Caridad-, para descargar mi corazón apesadumbrado, me he sentido reconfortado por la sencilla y cálida acogida, sin prejuicios ni acusaciones, que me conducía, a veces rápidamente, a superar estados de ansiedad, impaciencias, prisas; evitando precipitaciones que me podían llevar a lo irreparable, y adoptando una postura de mayor confianza ante el futuro y flexibilidad ante el presente. Puedo afirmar que en el intercambio con estas y otras mujeres amigas, es donde se ha afianzado mi mejor autoestima, aquella que consiste en saber que mi vida es un valor absoluto y que en este mundo yo estoy para algo que ha de ser, antes o después, útil para alguien. Ha sido con estas mujeres amigas -cuya lista es innecesaria pero que sería bastante extensa- con quienes mejor he sabido el valor de la amistad (sin que haya dejado de darse también rupturas y decepciones).

Una de mis amistades más significativas, imposible de dejar en el tintero, es la que, desde hace treinta y siete años, se produjo entre un alumno del Instituto de Enseñanza Media de Yecla y yo, profesor de Religión en el mismo. Él, dieciséis años, cuando nos conocimos; yo, veintiocho, próximo a los veintinueve. Pronto acepté en su confianza y cariño, que me prodigaba con sana espontaneidad, al hermano varón que siempre eché de menos en mi vida, sobre todo en mi infancia y adolescencia (¿cuántas veces no me volví triste a casa, donde sólo me esperaban mis dos hermanas, al despedir a un amigo en la puerta de la suya, sabiendo que dentro le aguardaba la compañía de otros chicos, hermanos o primos? ¡No era igual, ni mucho menos, en aquellas edades, jugar y tratar con chicas que hacerlo con amigos de tu mismo sexo!). También en mi familia, para mis padres y hermanas, llegó a ser este amigo una persona cercana y entrañable.

Hubo siempre una muy íntima comunicación, no siempre fácil, entre él y yo. Y yo proyecté en él mi sueño de tener en mi familia un hermano casado, con su mujer - también mi hermana-, y sus hijos que me llamarían, sin duda alguna, "tío". Pero la realidad fue muy diferente. José María, efectivamente, se casó, ya un poco maduro. Yo presidí la celebración del Sacramento con otros sacerdotes, también amigos suyos y participantes del Movimiento de la HOAC, donde él militaba por entonces. Pero su familia no llegó nunca a ser la mía, ni su casa la de un hermano, ni sus hijos -dos varones que apenas conozco, pues los he visto dos o tres veces en tantos años y cuando todavía eran muy niños- mis sobrinos. ¿Cuánto no hubiera gozado yo viéndolos crecer y participando de cerca en sus procesos de maduración personal?



¿Por qué no ha sido así? No es hora de buscar culpabilidades, que posiblemente no las haya. Ni sería yo capaz de hacerlo, pues sigo queriendo a José María como a un hermano. La comunicación no se ha roto nunca del todo, si bien ha fallado en momentos muy cruciales de nuestro itinerario individual. Tampoco tiene ya aquella fluidez y gozo que antaño la acompañara.

Yo saco de todo ello la lección de que no hay que proyectar en los demás los propios sueños, porque cada vida es deudora de su misterio infranqueable. Y si la realidad me privó de tener sobrinos, como tan profundamente acariciara en el futuro compartido de aquel queridísimo amigo, la realidad misma se ha encargado de aumentar mi capacidad de gozo con los hijos de los amigos cercanos que, a Dios gracias, nunca han faltado. (¡Cuánto no debo yo a los niños, cuya presencia o recuerdo, ha levantado muchas de mis horas aciagas, con la gracia de su sonrisa abierta a lo infinito!) La amistad verdadera, precisamente por ser divina, se envuelve en un manto de fácil vulnerabilidad y de misterio.

## XXVI

### La No-Violencia

El curso académico que estuve en Madrid (1974-75), haciendo estudios en el Instituto Superior de Pastoral, representa también una etapa de significativo relieve en la orientación posterior de mi vida. Pasaba entonces una crisis, la más fuerte que he tenido, sobre mi identidad profesional, pensando que, tal vez, me había equivocado con ser cura, cuando tan fuerte era en mí la vocación poética; y que aún podría, con un pequeño esfuerzo, hacer estudios para trabajar en el campo de la enseñanza literaria. Si bien, la crisis había comenzado a ceder -y por eso estaba matriculado en tal centro teológico-, a raíz del episodio que quiero narrar a continuación.

En el mes de Julio de 1974, me encontraba participando del Campamento de No-Violencia y Vida Naturista, organizado por la Comunidad del Arca, con el propio Lanza del Vasto, su fundador, a la cabeza, en una aldea de Vich (Barcelona), llamada, si mal no recuerdo, Maya. Era la segunda vez que acudía a este campamento, tras del que se realizara dos años antes en Güejar-Sierra, donde conocí a Lanza del Vasto y su teoría de la No-Violencia integral, que tan relacionada estaba con una concepción mística de la existencia. Me interesó la doctrina del venerable patriarca, vestido de azul y blanco, con capa hasta el suelo y en sus manos el cayado que le regalaran en la comunidad de Gandhi en la India.

Lo que me llevó por vez primera a tomar contacto con el mundo organizado de la No-Violencia, fue el hecho extraordinario de tener que acompañar a un joven jocista de mi zona de responsabilidad como Consiliario, que hizo objeción de conciencia al servicio militar. Se trata del alcoyano Jordi Agulló Guerra, con el que se forjó larga y fecunda amistad entre ambos. Era el segundo objetante católico -el primero fue Pepe Beunza-, y estuvo preso, en espera del Consejo de Guerra pertinente, en la Prisión Naval Preventiva de Santa Lucía (Cartagena), exactamente, y por pura casualidad, en mi demarcación parroquial.

Desde que ingresó en prisión yo iba a visitarlo, encontrándome las puertas abiertas, en el sentido de que no se me ponía obstáculo alguno para entrar dentro de la penitenciaría y hablar abiertamente con todos los presos, en general jóvenes que habían cometido alguna falta según las ordenanzas del servicio militar. Pero esta facilidad de entrada y movimientos dentro de la penitenciaría castrense no duró mucho. Se me restringió la visita a los días y hora reglamentados, primero, y sin tardar mucho, se me exigió que cada vez que fuese a ver a Jordi o a cualquier otro preso, pasara antes por Capitanía General a pedir un permiso escrito, sin el cual no se me permitiría pisar los portales de la cárcel. El hecho de que la idea de la Objeción Católica al uso de armas, se extendiera -como bien pronto sucedió-, les horrorizaba. Y yo aparecía ante ellos, jefes y responsables, como elemento peligroso por mi vinculación con la No-Violencia.

También Pepe Beunza estuvo preso en Cartagena, pero éste en el Castillo de Galeras, que domina la magnífica ensenada del puerto cartagenero, y con quien igualmente me cuidé de contactar, sirviéndole de enlace con familiares y amigos, e incluso visitándole allá en la altura de su reclusión. La estancia de Beunza en Galeras fue corta, pues pronto lo llevaron a cumplir condena a un Batallón Disciplinar en el norte de África.

Cuando le salió a Jordi el juicio militar -Consejo de Guerra-, lo condenaron igualmente a Batallón Disciplinar, pese a la magnífica defensa que hizo el abogado militar (asesorado por Juan Candela, abogado civil y profesor de Derecho), que llegó a decir -lo recuerdo, treinta años después, sin poder reprimir la emoción- en su argumentación ante el tribunal: "No estoy con mi defensa, Señorías, arguyendo a favor de la Objeción

de Conciencia al Servicio Militar, sino cantando las virtudes personales del objeto Jordi Agulló Guerra, cuyos valores éticos y sociales son ampliamente reconocidos por muchos". Pese a tanto esfuerzo de la defensa, no se pudo evitar la condena. Estábamos todavía bajo el régimen de la Dictadura, y el Ejército con su disciplina representaba un pilar intocable. Jordi se fugó a Francia, y vivió clandestinamente a su regreso a Barcelona, sin documentación ni derechos civiles, hasta el cambio de régimen.

Pues bien, en el Campamento de la No-Violencia que celebrábamos en Maya, donde yo quería pasar desapercibido como cura, precisamente por la crisis que arrostraba en aquellos momentos, y para mejor discernir mi próxima orientación, como era conocido de los organizadores del mismo, se me pidió que celebrara la Misa diaria para aquellos que quisieran participar en ella. Y así lo hice, con provecho muy especial para mí, no sé si también para alguno otro. Como asistía un grupito nutrido, de unas veinte a treinta personas -en el campamento éramos unos cien, repartidos, como alojamiento, por masías y pajares-, tuve que realizar durante una semana funciones ministeriales, además de la presidencia eucarística, tales como predicar la Palabra, confesar, escuchar y discernir.

En aquellas actividades me esperaba el Señor para decirme algo. Lo primero que capté fue el hambre de muchas personas de conocer más y mejor a Jesús de Nazaret, entre ellas personas de edad joven. Luego, me percaté de que entre los participantes del Campamento, no todos buscaban lo mismo, ya que la riqueza de matices de la Comunidad del Arca atraía con diversos motivos, tales como la vida en común, las terapias alternativas, la contemplación y místicas orientales, la agricultura ecológica, amén del denominador común que era el de la No-Violencia gandhiana. Una fortísima interrogante ocupó mi mente por aquellos días: ¿quién evangelizará, pondrá la semilla cristiana, en todas estas inquietudes que representan, muy bien, aspectos muy válidos, inquietudes muy vivas, de la cultura actual?

Pero el golpe de gracia me vino el viernes, día de desierto en el Campamento, donde se ayunaba y se dejaba todo el tiempo libre, hasta la hora de la cena, para que cada participante viviese su ocio de la manera más centrada posible en su realidad personal. Paseando esa mañana por el campo, rumiando mis preocupaciones a la luz de la experiencia que iba teniendo en aquellos días, con el Nuevo Testamento en la mano, se me impuso la verdad evangélica que dice: "*Una sola cosa es necesaria*". Acudí al pasaje de Lucas 10, 38-41, y meditándolo con fruición, comprendí que *una sola cosa*, fuese la que fuese, la pastoral o la literatura, pero una sola, vivida con entrega amorosa, con pasión de amante, era suficiente para llenar mi vida y conducirla a su plenitud, hasta Dios mismo. Pero, ¿cómo no escuchar el clamor de una sociedad que está emergiendo, con su nuevo enfoque cultural y sus nuevos valores éticos, sociales y artísticos? ¿Cómo no ser sensible a las nuevas hambres de vida, de libertad, de felicidad y de amor que recorren los corazones de muchas gentes?

*¿A quién enviaré? ¿Quién irá en mi nombre? ¡Heme aquí, Señor!:* No soy digno, pero cuento contigo, una vez más, para ser tu testigo entre mis hermanos.

Y así me vi tres meses después estudiando Teología, con un año sabático que pedí a mi Obispo, y que aproveché para hacer el Graduado en Teología. Mi deseo por entonces era continuar, no al año siguiente, sino tras unos pocos años de trabajo en parroquia, hacer la Licenciatura, y, ¿por qué no?, el Doctorado. Pensaba que la vida intelectual al servicio de la evangelización era todo un deber impreterible. En el Instituto de Pastoral encontré el mejor ambiente de estudios que yo podía desear; ambiente de renovación teológica a merced del Vaticano II y de una Pastoral fuertemente marcada por el diálogo con la Secularidad. Encontré también algunos profesores que a mí me parecieron de primerísima línea. ¿Cómo no mencionar, siquiera por gratitud, a Juan Martín Velasco y a Ángel González Núñez, que fueron,

junto a otros muy buenos, excelentes en su enfoque doctrinal? Ellos me abrieron horizontes insospechados en la Fenomenología de la Religión y en el estudio del Antiguo Testamento. Igualmente la sencillez de sus vidas y su franca disposición para la amistad, marcaron mi sentido de la existencia para lo sucesivo.

Si no continué estudiando, a niveles académicos superiores, fue sólo por los problemas de la vista que, durante cinco años sucesivos (desde el 77 al 82), me sumergieron en gran incertidumbre de posibilidades. Después, superado lo más duro del problema visual que fue la inseguridad de futuro, ya me consideraba demasiado mayor para dedicarme al estudio, máxime cuando yo no había dejado de leer teología en todos estos años, y una fuerte demanda me mantenía plenamente activo en el trabajo de animación espiritual. Muchas veces he pensado que fue también gracia de Dios el hecho de no haber pasado de ser un simple bachiller en Teología. ¿No hay ya demasiados doctores y “maestros” dispuestos a enseñarnos la sencillez y transparencia del Evangelio?

## XXVII

### Charles de Foucauld

La presencia tan significativa en mi vida de las líneas maestras de la espiritualidad de Charles de Foucauld, data de mi primer año de Teología, cuando, por lectura espiritual, saboreé, en largas horas de concentrado silencio, el libro de René Voillaume, *En el Corazón de las Masas*. Recuerdo cómo saltaba de gozo mi corazón ante aquellas intuiciones, para mí tan evangélicas, y al mismo tiempo tan cercanas a la sensibilidad de nuestro tiempo. No hube, apenas, acabado su lectura, cuando ya estaba manifestando al director espiritual y a mis formadores más inmediatos mi deseo de vivir el ministerio de acuerdo con los valores propuestos en dicho libro. No separar nunca la Contemplación de la Acción, a fin de que la primera no se convierta en cómodo y aristocrático aislamiento, ni la segunda en ajetreo febril y protagonista, vacío de una vida a compartir. El servicio a los pobres de Jesús desde la Contemplación, y el cultivo minucioso de la Fraternidad *al estilo de Nazaret*, junto con el silencio prolongado de la Adoración a los pies de Jesús-Eucaristía, amén de la práctica -que por entonces inicié- de días y tiempos de Desierto, se convirtió para mí en un programa que, con el tiempo, ha venido a ser raíz de intuiciones evangélicas y de gozo espiritual compartido.

No sería hasta Mayo de 1976 que, con gran asombro de mi parte, cayera en mis manos la convocatoria del Primer Mes de Nazaret en España, y con ella el borrador del Directorio de la Fraternidad Sacerdotal "*Jesus Caritas*". No tenía la menor idea de que pudiera existir una organización para curas seculares, como yo, inspirada en el Carisma de Foucauld. ¡Ha sido siempre tan discreta la familia foucauldiana a la hora de hablar de sí misma! Sin dudar me inscribí en el Mes de Nazaret, y sin dudar, acabado el mismo, pedí entrar en la Fraternidad Sacerdotal. Y así lo hice, junto a dos compañeros de mi diócesis, y muy amigos míos, Antonio Sicilia y Pepe Marco, que también participaban de aquel Mes.

Por supuesto que conocía la existencia de los Hermanos de Jesús y de los del Evangelio; pero yo siempre tuve claro que mi vocación era de cura, cura de parroquia, cura de pueblo, y no de monje ni religioso. Aquella frase de La Sabiduría, "*Mi delicia es estar entre los hijos de los hombres*", resonaba dentro de mí, desde siempre, como un deseo de *encarnación*, al máximo posible, en las condiciones de vida de las personas a que me habría de deber pastoralmente. La realidad y el deseo no siempre se adecuan, por supuesto; y sé que mi vida de pastor ha dejado mucho que desear en esta orientación, no obstante, siempre perseguida.

La Espiritualidad de Nazaret, núcleo y emblema del Carisma de Foucauld, no siempre ha sido bien comprendida ni aceptada en ambientes clericales, sobre todo entre quienes ejercen mayor responsabilidad. Se confunde Nazaret con "vida oculta", dándole a este adjetivo el sentido de "alejada" e "inactiva", cuando, en el testimonio del Hermano Carlos y de cuantos en él han aprendido a seguir a Jesús de Nazaret, Nazaret es, ante todo, sinónimo de Encarnación, y unido a ella, como su consecuencia más normal, de Fraternidad Universal. Trataré de explicarme.

Lo que el Monje Misionero, que es Charles de Foucauld, va intuyendo paso a paso, en sus largos años de búsqueda, desde su ingreso en la Trapa (o, más exactamente, desde su conversión en la Iglesia de S. Agustín, de París, Octubre de 1886) hasta su muerte en Tamanrasset, Diciembre de 1916, es que la Salvación que viene de Dios en Cristo y por el Espíritu, es la de un Dios hecho en todo Hermano de todos los hombres, para mejor comunicarles su Amor. Un Dios que nos salva haciendo de nuestra débil condición humana por Él asumida (desde la cuna al sepulcro, desde Belén al Gólgota) con todas sus consecuencias, el lenguaje de su amor más solidario

y comprometido. Un Dios que ha querido tener necesidad de nosotros, sus criaturas, para que entendamos que en esto consiste el amor: en tener necesidad unos de otros, sin considerarte superior a nadie ni despreciar a nadie, sino más bien dando preferencia a los más pequeños en todo. En suma, un Dios “vecino” de la gente de una aldea, que no llama jamás la atención sobre sí mismo, sino que se entrega, igual que los demás vecinos, al desarrollo de sus deberes profesionales, sociales y familiares; que no hace milagros, ni siquiera predica, enseñándonos con su ejemplo (treinta años de vida oculta) que la predicación del Reino de Dios ha de consistir en abrir cauces a quienes nos escuchan para que puedan encontrar a Dios en sus propias vidas, sin necesidad de hacer ni de experimentar nada extraordinario.

De modo que los tres años de vida pública de Jesús adquieren el significado de indicadores para ayudarnos a descubrir lo principal, que se encuentra en su vida oculta. Jesús fue el primero en comprender y poner en práctica aquello de que sólo se puede compartir con los demás lo que se ha vivido previamente y es ya vida de nuestra vida. El anuncio evangélico pone en contacto con la Verdad de Dios a quienes lo escuchan cuando, el que lo hace, transmite con sus palabras una experiencia profunda del Amor de Dios Encarnado en lo desprovisto de brillo y de relieve, pero firmemente anclado en el servicio humilde y en la comunicación sincera con los demás.

Nazaret es la gesta por excelencia de un Dios que nos llama a sentirnos salvados en la aceptación gozosa de lo pequeño y débil que pueda haber en cada uno de nosotros (¡que somos cada uno de nosotros!). Desde esta concepción, el Nazaret de Jesús está en toda su vida, y no sólo en su etapa oculta. Nazaret está como eje dinamizador en su predicación del Reino, pues ésta consiste principalmente en decirnos que Dios ha asumido nuestra pequeñez para hacerla su Gozo y su Gloria (¿se pueden entender de otra manera las Bienaventuranzas?). Nazaret fecunda los signos del Reino (milagros) de su vida pública, pues todos ellos significan que sólo hay salvación en el Amor; y que, por tanto el enfermo, el maltratado, el pecador, puede encontrar su sanación más radical recuperando de conjunto la fe en Dios y la fe en sí mismo, como criatura amada de Dios, un Dios que jamás deja de ayudar a quien se ayuda. Nazaret preside la Pasión y Muerte de Jesús y les da su sentido más teológico, pues es en ellas donde más se *esconde* la imagen de un Dios-Poder para manifestarse la de un Dios-Amor sin límites, único que nos salva.

Para mí que Nazaret es la revelación más elocuente del lenguaje más divino en el contexto más humano. No nos llama Nazaret al silencio despreocupado y cobarde, sino al profetismo encarnado y comprometido. Por eso más que nunca necesitamos hoy en las Iglesias el lenguaje de Nazaret. Las Iglesias Cristianas tienen que comprender que su presencia en el Mundo ha de ser, al estilo de Jesús de Nazaret, presencia fraternal más que paternal; presencia amistosa antes que de maestra y legisladora; presencia de acompañamiento y de búsqueda en las legítimas aspiraciones de los seres humanos, porque *el Reino de Dios está en medio de nosotros*, en el corazón del mundo, en los movimientos sociológicos y culturales, en todo lo que signifique defensa de la dignidad y de los derechos humanos. Nazaret no es una etapa, la de la vida oculta de Jesús, sino el estilo que evidencia la evangélica verdad de que Dios salva por Encarnación. ¿No es la misión de la Iglesia colaborar con esta Salvación que Dios, en su Verbo Encarnado, no cesa de realizar *en el corazón de las masas*, y celebrarla con su Palabra y sus Sacramentos en medio del Mundo?

Recuerdo el día en que tuve que explicar estas cosas a un señor Obispo, en cuya capital de diócesis celebrábamos un retiro de la Fraternidad Sacerdotal, y él inquirió un tanto suspicaz la posibilidad de relacionar Nazaret con la tarea pastoral del cura. Creo que yo no supe hacerlo muy bien, porque él no quedó muy convencido. Tenía miedo, desde su posición de máximo responsable de una Iglesia Local, a que los curas

abandonáramos en algún grado y medida la responsabilidad pastoral, la colaboración en los proyectos diocesanos, si nos inclinábamos por la espiritualidad de Nazaret, que él creía más bien propia de la vida religiosa/contemplativa. Pero en el fondo, fondo, yo intuí que su temor era (y sigue siendo para muchos) muy otro: que los curas nos despojáramos del estilo "patriarcal", directivo y eminentemente pragmático, para adoptar en su lugar esa otra actitud cercana, fraterna, de escucha y de diálogo, de acompañamiento no directivo y de sincera necesidad de todos los bautizados así como de todos los hombres y mujeres de buena voluntad; en una palabra: tenía miedo a que el estilo pastoral de encarnación, que propugna Nazaret, fuese una amenaza a las formas tradicionales de presencia de la Iglesia en el mundo, pudiendo disminuir por ello su influencia y su prestigio.

## XXVIII

### El ministerio de la Contemplación

La Contemplación ha sido el hallazgo y la búsqueda permanente de toda mi vida, aun sin darme yo mucha cuenta de ello. Creo que en este campo he sido un privilegiado (sí; un privilegiado, no me avergüenzo de confesarlo). Y no quiero decir con ello que haya sido un camino fácil, sino más bien que reconozco que, de la práctica, pero sobre todo de la actitud contemplativa, se han derivado los mejores bienes para mi existencia. ¡¿Cómo le pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?!

Porque la Contemplación es, ante todo, una actitud, una manera de ser en la vida, una forma de mirar el mundo y a los hombres que difiere mucho de las miradas posesivas, competitivas, comparativas, con las que la existencia humana y las relaciones entre personas suelen envenenarse muy fácilmente. Contemplar es abarcar el mundo entero en una mirada de amor. Contemplar es servir la Gratuidad a todas las maneras de comunicación y de intercambio entre mortales. Siempre he pensado, y me ha gustado mucho resaltarlo en mi trabajo de animación espiritual que, la Gratuidad, es el distintivo de una vida contemplativa; y que, aquello que puede aportar de mejor el contemplativo al mundo, es precisamente la Gratuidad de su propia vida y de todos sus actos.

La Contemplación me ha enseñado que, todo lo más valioso de nuestra vida se nos ha dado gratis, para que lo demos también gratuitamente. Yo vine a la vida sin pedirlo ni merecerlo. Y con la vida, o mejor, *en* la vida, que es el gran receptáculo de todos los valores, he recibido una herencia biológica, con sus aspectos positivos y negativos, pero rica en posibilidades múltiples de libertad, de creatividad, de felicidad humana; he recibido la lengua castellana, que tan importante llegará a ser en el conjunto de mi vida, y a la que tanto amo como expresión de belleza, de cultura, de amistad...; he recibido una fe religiosa, la fe en el Dios de Jesús, verdadero vehículo de experiencias fundantes de un sentido gozoso y responsable de mi existencia temporal así como de mi destino eterno.

Gracias a la contemplación, se me ha hecho más que evidente que, el vivir humano, está lleno de mensajes de paz y de ternura, de energías en orden al intercambio y el abrazo, de luces interiores cegadoras que ~~h~~ hacen entrever el Misterio como el trasfondo luminoso de todas las cosas. *Gratis lo habéis recibido, ¡dadlo gratis!*

¿Hemos pensado alguna vez, siquiera soñando, lo que sería una Iglesia que vive en la más pura Gratuidad, Hermana Menor del Mundo, servidora humilde y discreta de las legítimas aspiraciones que laten en el corazón humano; sin buscar para ella misma honores ni primeros puestos, ajena completamente a las formas y actitudes del poder temporal? Pero, ¿no es esta Gratuidad en el servicio a la humanidad histórica lo que la hace testigo de su único Modelo y Maestro, que entregó su vida por nosotros sin pedir nada a cambio, que nos enseñó a dejar en la ignorancia la mano izquierda del bien que realiza la derecha? ¿No es la Gratuidad el componente principal de la Caridad Teologal? Y, ¿no nos será lícito soñar en una Iglesia así?

Yo soy de los que piensan que la contemplación mística salvará a la Iglesia de todos sus contrasentidos y callejones sin salida, en que pudiera encontrarse por su condición de peregrina en este mundo, vehiculada por manos pecadoras. La Iglesia de Cristo, Esposa del Verbo Encarnado, se me representa frecuentemente como una multiseccular tradición contemplativa ofrecida a todos los hombres, desde una pastoral básicamente de la oración y del cultivo de la vida interior, en diálogo de respetuoso intercambio con todas las grandes intuiciones místicas que, el hecho religioso, innegablemente universal, ha facilitado en nuestra humanidad en marcha bajo



diversas expresiones históricas y culturales, todas ellas marcadas por un sentido trascendente.

A esta idea de Iglesia he dedicado principalmente mis ilusiones y mis fuerzas físicas y espirituales, recibiendo una de las mayores alegrías que he disfrutado en los últimos años, cuando el Papa, Juan Pablo II, en su Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, propone a la Iglesia del tercer milenio la dimensión contemplativa de la Fe Cristiana, como el medio más válido para transmitir a las nuevas generaciones un marco adecuado y un camino expedito que facilite el conocimiento amoroso del Dios Viviente. ¿Es posible escuchar las siguientes palabras del Papa, y no ponerse de inmediato con todo empeño y entusiasmo a organizar toda la tarea pastoral con base en la iniciación a la vida contemplativa?:

*[...] a la contemplación plena del Rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la Gracia. Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel Misterio que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan; “Y la Palabra se hizo Carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo Único, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14)”.*

¿No es cierto que no se ha tomado, todavía, demasiado en serio esta admonición (nº 20) de la *Novo Millennio*? ¿Para cuándo esperamos a poner en marcha, en cada Iglesia local, en cada parroquia y grupo cristiano, un verdadero servicio de Contemplación? ¿Por qué el Ministerio Contemplativo no ha de estar, siquiera, a la altura de otros Ministerios, tan propiciados por las orientaciones pastorales, tales como el Litúrgico, el de Catequesis, o el de *Cáritas*? ¿Pero es que es posible mantener vivos, con sentido evangélico, todos los servicios de las Iglesias, si su raíz sustentadora no es la Contemplación de Fe, la Contemplación de Amor, asumida como la primera necesidad de fieles y pastores? A estas y similares preguntas sigo esperando una respuesta. Pero la confirmación a mi trabajo de un cuarto de siglo que ha supuesto la mencionada Carta Apostólica, no deja de ser una señal inequívoca de lo alto y un estímulo en el camino hasta ahora seguido.

El mundo de hoy, y muy en concreto los fieles de las Iglesias Cristianas, necesitan de la experiencia mística, porque ésta conduce, básicamente, a saberse íntimamente amado de Dios. No sólo que Dios me ama, sino que yo puedo amarlo a Él, hasta encontrar en dicho intercambio de amor mi gran riqueza, mi gozo más inalienable y la energía que mejor construye mi existencia en fidelidad a todo lo humano. Y, pues que, el Amor de Dios no puede ser nada distinto de Dios mismo, el contemplativo sabe que en su experiencia de amar y sentirse amado, ama al mismo Dios en todos los seres que ama, y todos los seres le comunican el Amor mismo con que los ama Dios.

Pero, como Dios siempre es más y está más allá de toda experiencia de amor -su Amor-, por grande y hermoso que nos pareciere, todo el que entra por este camino místico experimentará siempre una sed insaciable en su corazón, que le empujará a vivir en la búsqueda constante y en el atento silencio de la escucha amorosa. ¿No es éste el mensaje de los tan repetidos versos del doctor de la Noche Oscura?:

*Y todos cuantos vagan  
me van de ti mil gracias refiriendo,  
y todos más me llagan,  
y déjame muriendo  
un no sé qué que quedan balbuciendo.*

Místico es aquel que no puede saciar su sed de vida, de libertad, de felicidad, de amor..., en nada ni en nadie, fuera de Dios mismo, de Dios en Persona. Esta sed resulta no pocas veces dolorosa, sentida muy lacerantemente como vacío, desierto, desolación, noche, pérdida incluso del propio ser... Porque la experiencia mística, aquí en la tierra, lleva aparejada la necesidad de una plenitud, sólo alcanzable en el más allá de la vida eterna.

*Descubre tu presencia  
y máteme tu vista y hermosura,  
mira que la dolencia  
de amor, que no se cura  
sino con la presencia y la figura (Ib)*

El místico en general, y muy en concreto el místico cristiano, no desprecia el mundo en que vive con sus incontables bondades que reflejan a su Creador, sino que aprende a valorarlo siempre en su relación con la experiencia de Dios, cuya Verdad, Bondad, Belleza y Unidad, son el principio y fin, también el trasfondo, de todo bien apetecible. De nuevo la palabra encendida del alma enamorada que fue san Juan de la Cruz:

*Por toda la hermosura  
nunca yo me perderé,  
sino por un no sé qué  
que se alcanza por ventura.  
[...] Que estando la voluntad  
de Divinidad tocada,  
no puede quedar pagada  
sino con Divinidad;  
mas, por ser tal su hermosura  
que sólo se ve por fe,  
gústala en un no sé qué  
que se halla por ventura.*

Los versos del poeta místico por excelencia que ha escrito en lengua castellana, leídos y releídos, hasta aprenderlos de memoria, alimentaron mi espíritu juvenil, como quien intuye en ellos los más altos vuelos y los fundamentos más firmes para una vida con sentido. Es ésta la intuición básica de mi juventud que, ciertamente, no ha sufrido decepción con el transcurrir de los años y sus inevitables desilusiones. La oración nunca me ha decepcionado. La búsqueda de Dios nunca ha sido en vano. Y, sin pretender resultados extraordinarios (de los que el místico de Fontiveros era altamente suspicaz, considerándolos superfluos, cuando no peligrosos, para una auténtica *subida en fe pura y desnuda*), sí puedo decir que el camino contemplativo ha venido a ser como la estructura básica de mi personalidad, el esqueleto que sostiene todo mi pensar y mi sentir más despierto y vivo, según creo. En dicha experiencia alternan, ciertamente, aciertos y errores, que jalonan mi existencia con llamadas, unas veces a la acción de gracias, otras al reconocimiento de mis propios límites; pero siempre, siempre, a la humildad de quien sabe que es conducido, y frecuentemente, *conducido en la Noche, dejándote llevar a donde no sabes y por donde no sabes*.

*¡Oh noche amable más que la alborada!  
¡Oh noche que juntaste Amado con amada,  
amada en el Amado transformada!*

La Contemplación, como actitud básica, sostenedora y orientadora de mi vida, me condujo, primero, a la adoración del Eterno en el misterio de mi propio ser. Mi vida se me reveló como participación en el Misterio por antonomasia que es Dios. Y fui descubriendo, con luces que no procedían de mi esfuerzo mental, sino más bien de

una mente sujeta a Dios, lo que significaba el ser una criatura *a imagen y semejanza divinas*.

Sí, yo era, en mi propia humanidad, por participación en la misma Divinidad Creadora, Felicidad, Energía y Amor. ¡*Lo soy*; no simplemente que *lo tengo!*. Se trataba de mi ser más auténtico; lo que me ponía al descubierto que habría de ser, profundizando en mi propia conciencia, con las armas del silencio, la confianza y el abandono, esa fuente, pura e inagotable, que me daría el agua de ser conscientemente feliz, creativo, amante, sin necesidad de buscar fuera de mí lo que ya era yo mismo por participación en el Ser Divino. Se trataba de hacer resplandecer, en toda su hermosura posible, la Imagen y Semejanza de Dios que cada uno llevamos dentro, frecuentemente oculta o empañada bajo cenizas de rutinas y heridas de desencantos.

De ahí, un paso a descubrir la fecundidad máxima de la propia existencia. Esa fecundidad que nos da la virginidad del corazón, que consiste en no querer engendrar ni concebir nada para esta vida, que no sea en Dios, con Dios, por medio de Él. Estamos llamados a ser fecundos a nuestro paso por este mundo porque somos imágenes del Dios Creador, y no debemos renunciar a tales poderes. Pero la Contemplación nos hace ver, con sentido eminentemente práctico que, cualquier proyección de nuestro ser en el tiempo, sea de procreación biológica, sea de creación espiritual, cultural, artística, social..., estamos llamados a hacerlas siempre desde Dios y con Dios, no queriendo ser ni producir nada sin Él, Esposo único de nuestras entrañas eternas. La virginidad, así entendida, no es renunciar a ser padre o madre, sino renunciar a serlo si no es con Dios como el *otro polo* imprescindible de mi fecundidad, a fin de que yo llegue a ser padre de muchos hijos. Los Desposorios Místicos son, pues, no sólo de gozo por la íntima y estrecha unión que el Espíritu realiza entre Dios y el hombre, sino también de fecundidad, pues toda unión de amor engendra vida; y la unión de Fe con el Dios Vivo, no podía escapar a esta constante por Él mismo puesta en marcha.

Así entendida, la experiencia contemplativa, me condujo a comprender a la Iglesia y su Vida Sacramental, bajo una nueva luz altamente esclarecedora. Posiblemente yo sería uno más de aquellos de mi generación que abjuraron de las estructuras eclesiales (canónicas, coyunturales), si la Contemplación no me hubiera hecho vivir el Misterio de la Iglesia desde la dimensión de Esposa del Verbo Encarnado. De ahí también que yo no haya cesado, por todos los medios a mi alcance, de insistir en la necesidad de que la tarea principal de las comunidades creyentes deba consistir en crear el clima más adecuado para que todos los llamados puedan tener, dentro de ellas, la Experiencia de Dios, de este Dios que nos convoca al tálamo de su Ternura más reconfortante.

Considero que la Vida Sacramental de la Iglesia, tiene como función última, señalada por el Espíritu, *dulce huésped del alma*, que *sondea y pone en íntima relación las profundidades de Dios y las del hombre*, unir -identificar- al creyente con Cristo, hasta su plena transformación en Dios por Comunión en el Amor Trinitario. Los Sacramentos, lo que los hace precisamente *misterios de comunión con el Dios Santo*, y muy especialmente la Eucaristía, donde comemos la Carne y bebemos la Sangre del Esposo, consisten en facilitar la unión y la transformación en el Amado, a todo el que se acerca a ellos con espíritu de fe, con hambre y sed de aquella salvación que sólo puede venir de Dios/Amor.

La clara vivencia de la dimensión mística de la Vida Sacramental de la Iglesia, es uno de los desafíos más poderosos con que ha de enfrentarse la pastoral hoy, si quiere afrontar con armas adecuadas los retos de la postmodernidad, con su pérdida de valores, su relativización de todo lo demasiado estructurado, su demanda de experiencia..., y abrir así cauces nuevos para el diálogo y el acercamiento de muchos hombres y mujeres de buena voluntad, en búsqueda.

## XXIX

### La Poesía y yo

¿Se puede hablar de fracaso en relación con mi actividad poética? El hecho de que el grueso de mis versos permanezca inédito, y no porque yo no haya realizado tentativas para su publicación, sino porque no he encontrado cauces abiertos para ello, me inclina a aceptar el fracaso, y no como frustración de mi interés por la poesía, ni como valoración negativa de mi propia producción, sino como invitación a la fe en ella, más allá de facilidades publicitarias y de los reconocimientos públicos.

Tengo fe en la poesía en general, y en la mía en particular. Decir *fe en la poesía*, equivale para mí a afirmar que, sin ella, difícilmente se podrán construir o mantener los valores más sagrados de la existencia, incluido el sentido mismo de la vida. Pienso, y más aún siento, que sin poesía no hay futuro de Verdad y de Bondad para la especie humana. Quien no ama la poesía termina, antes o después, no amando al hombre.

Yo que leo y escribo poesía desde que tengo uso de razón, desde que aprendí a juntar las letras sobre el papel, doy fe de que ella me ha salvado en multitud de ocasiones de caer víctima de las garras del absurdo y sinsentido existenciales. Y no es que yo dé a la poesía el mismo *poder salvífico* -es un decir- que tiene la fe religiosa; pero sí he constatado que, frecuentemente, ésta se apoya en aquélla, e incluso la poesía resulta precursora de algunas de las mejores experiencias en el campo religioso. La Poesía cultiva una especial sensibilidad para conectar con los valores de fe. Con la poesía se transforma y transfigura en luminoso y sublime lo que sin ella resulta, no pocas veces, monótono, rutinario, vulgar, empobrecedor.

Jesús de Nazaret es para mí el Poeta por excelencia en la historia de la humanidad. Él nos enseña a leer los acontecimientos, pequeños y grandes, como palabras portadoras de un nuevo sentido, habitadas por un trasfondo de misterio esclarecedor. Sin la Poesía de Cristo, animada por el fuego del amor más acrisolado por divino, toda otra poesía deviene virtuosismo de las formas y narcisismo exhibicionista, muy alejado de la *estética del fuego*. ¿No son aquellas palabras de Jesús; “*Fuego vine a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?*”, la declaración o programa poético más radical y ambicioso que se haya producido jamás en espíritu humano? La Poesía de Jesús no se dirige a la mente, sino principalmente al corazón. No pretende enseñarnos nada, ni una doctrina, ni una moral, ni un culto, sino sólo contagiarnos el entusiasmo divino por todo lo humano. No es optimista ni pesimista, no es críptica ni transparente, porque es sobre todo y siempre lugar de encuentro de cada uno consigo mismo, y en sí mismo con el universo en expansión.

Cuando Jesús afirma: “*Yo soy la Resurrección y la Vida; el que viene a mí, aunque haya muerto, vivirá*”, no está hablando sólo de sí mismo, de su persona, de su misión, de su misterio, sino de la profundidad insondable de toda vida humana, la tuya y la mía, llamadas a ser vida más allá de todas las experiencias de muerte. La Poesía de Jesús -encerrada básicamente en los Evangelios- nos dice a cada paso: Tú eres más grande que tú mismo, y te alcanzarás en toda tu grandeza cuando te dejes encontrar por Dios. Y también: Tú puedes más de lo que crees poder, y lo realizarás en la medida en que no separes la fe en Dios de la fe en ti mismo. El que dijo “*¡He aquí que todo lo hago nuevo!*”, es el Poeta que sabe darle en cada ocasión a las palabras desgastadas por el uso cotidiano, trivial, un sentido cada vez distinto, aquel que cada uno necesitamos, y necesita la entera humanidad, para no perecer víctimas de nuestras propias mediocridades.

Yo nunca he creído que mi poesía fuese de primera línea. Sé también que nadie es poeta por decisión propia. Y que toda poesía auténtica es religiosa, aunque no lo sea formalmente por su temática. La poesía es creación de sentido -como tantas veces se

ha dicho- a fuerza de ser apertura al misterio. Por eso, donde no hay misterio, no hay poesía. Y el misterio, que se distingue ampliamente del enigma por descifrar y del problema por resolver, no precisa de explicación alguna, ya que pretender explicarlo es en sí negarlo y destruirlo. Quien no sabe respetar la presencia del misterio no tiene acceso a la palabra poética. Es por eso que, nada como la Poesía (y en ella encierro la música, la pintura y demás creaciones de las Bellas Artes) resulta tan adecuado para hablar de Dios y para afirmar que, el ser humano, es mucho más que neuronas y biología, azar y necesidad.

Mi verdadera efigie, mi estatura de hombre y mi biografía espiritual (siempre inconclusa y siempre abierta) están irremediabilmente vinculadas a mi sentir y a mi hacer poéticos. Y no es que yo sea el que mi poesía dice, sino que al recibirla y transcribirla, me va revelando quién soy yo en mí y para los demás. Que yo soy un latido del corazón de Dios, y que estoy llamado a amarlo todo con el mismo Amor con que soy amado, es evidencia que me autentifica por la creación poética. La fidelidad del poeta a sí mismo, y su arriesgada actitud de búsqueda, dan a la palabra poética resplandores de sinceridad virginal, al par que la hacen cauce de hallazgos sorprendentes. No creo que sea petulancia atreverme a decir que confío en que, de entre los montones de páginas emborronadas con mis versos, algunas pocas serán merecedoras del silencio contemplativo de algún lector atento, como boquetes abiertos al más allá, por los que se asoma, hasta darnos en el rostro, el Aliento Divino.

Y ¿qué decir de mis poetas? Amo a J.R.J. por encima de todos los poetas en lengua castellana. Su poesía nos desvela un alma plantada en el bosque de la más exquisita sensibilidad. Conciso unas veces hasta el hermetismo, prolijo otras como atravesado por corrientes infinitas, pero siempre, siempre, temblando de visiones de lo numínico. En sus versos se entremezclan, hasta confundirse, el cielo y la tierra, lo divino con lo humano, lo sagrado como profano y lo profano como sagrado. Es un místico en puro éxtasis y a la vez un desgarrado sensualista. Ama la vida hasta la locura de hacer de la muerte su más firme aliada. Todos los paisajes que dibujan sus poemas nacen de su alma, mucho antes que de la naturaleza observada. Pero a la vez, todos los rincones que toca con su lirismo trémulo se nos abren como revelación de su yo profundo. ¡Admirable e inimitable Juan Ramón! ¡Dichosa la lengua -Cervantes te agasaja- que ha dado a luz un poeta de tu talla y catadura!

Y casi a la zaga de J.R.J., aun siendo tan distintos, admiro al sevillano Luis Cernuda. Nunca cupo tanta sinceridad en el ritmo poético castellano, cual la que enciende de incandescente hermosura los versos (y poesía en prosa) del mejor definidor de *La Realidad y el Deseo* humanos. Nunca la búsqueda de Dios en el corazón del dolor de estar vivo se expresó con tan telúrico estremecimiento verbal, hasta recibir *la Visita de Dios* como confirmación divina de sus experiencias más humanas. La Belleza, que lo hizo temblar de dentro a fuera, lo mismo ante el cuerpo amado que ante las ruinas mensajeras de insufrible trascendencia, haciendo arder la médula de su ser último, no fue otra Belleza que la de una esperanza que siempre lo reclamara desde las sombras más amenazantes. La Poesía en España se ensanchó con él a dimensiones de perfección clasicista, pocas veces lograda. Sin duda que Cernuda no puede ser entendido sin Homero ni Hölderlin; pero estos dos hubieran sido aún más grandes poetas de haber venido y escrito después de Luis Cernuda.

Para darnos una idea de lo que significaba en un Seminario de provincia como el mío ser amante de la poesía, y en concreto lector de J.R.J. -a Cernuda lo conocería treinta años después-, valga la anécdota que aquí cuento. Paseaba yo una tarde del mes de Abril por la amplia terraza de nuestro Seminario Mayor, con la fachada y torre de la Catedral como imponente telón de fondo; con la Sierra de la Fuensanta, coronada por la Cresta del Gallo, invitándonos desde la lejanía a hacer senderos de inmersión en lo indecible; con un cielo navegado por nubes irisadas, bajo suaves rachas de viento - casi brisa- cargado de aromas de la huerta y del monte que abrazan la ciudad; y con

un libro de J.R.J. en mis manos -la Segunda Antología Poética- cuando, un formador del equipo responsable del Seminario, se me acerca y me pregunta, no sin cierta amabilidad: “¿Qué lees?”; a lo que yo, como respuesta le alargo el libro, a la vez que le digo: “A J.R.J.”. Él lo ojea unos instantes, y no tarda en responder: “¿Sabes que J.R.J. es *monista*? No es muy conveniente leerlo, sin estar bien preparado” (yo estudiaba entonces primero de Filosofía, y era fácil de suponer que me faltara preparación).

El educador me devolvió el libro y continuó su paseo silencioso. Yo le agradecí su buena voluntad. La tarde siguió su curso sin inmutarse. Yo tampoco me inmuté. ¿Que J.R.J. es *monista*? Bueno, ¡y qué! Pero es, ante todo, poeta. Y el ser monista o dualista, existencialista o esencialista, metafísico o positivista..., son sólo accidentes en la poesía, que no tocan el fondo de su incontaminada verdad: contagiar la emoción de lo vivo, siempre anhelante del amor más puro y total, en relación con el misterio. La ideología de los poetas, siempre que no se convierta en el motor de su creación, es decir, que no sea el señor a cuyo servicio están los versos, será una apoyatura necesaria para la razón, esa racionalidad que fácilmente naufraga ante la fuerza apasionada de la imaginación y de la sensibilidad, las cuales no cesan de buscar formas nuevas de decir lo mismo de siempre. ¿No es toda arte, una forma nueva de comunicar los sentimientos particulares del artista, con referencia a las ideas *universales* de la humanidad? ¿No será precisamente por estas *novedad, particularidad y universalidad* (todas a una), que configuran el buen hacer poético, por lo que la poesía resulta el medio más idóneo para hablar acerca de Dios, del que nada se puede decir que sea adecuado a su absoluta trascendencia?

Como homenaje a J.R.J., y exponente de esa íntima e indestructible relación existente entre Poesía y Misterio, quiero cerrar este capítulo con un poema de su libro ***Unidad***, que expresa magistralmente la necesidad de la Poesía para este mundo nuestro, y su origen que trasciende la mera luz de la humana razón:

*¡Poesía: rocío  
de cada aurora, hijo  
de cada noche; fresca, pura  
verdad de las estrellas últimas,  
sobre la verdad tierna  
de las primeras flores!  
¡Rocío, poesía:  
caída matinal del cielo al mundo!*

## XXX

Teresa de Lisieux

Se dudó si la suya era una auténtica experiencia mística; e incluso, entre monjas de su convento, si su vida había resultado ejemplar hasta el grado de la santidad. Pero la historia y el Espíritu Santo se encargaron de hacer resplandecer ante el mundo la profundidad de su vida evangélica y la altura de su vivencia contemplativa. Sí, se trata de Teresa de Lisieux, una santa de las más universales que ha producido el cristianismo, posiblemente sólo comparable -y toda comparación es odiosa, pero ésta creo que honra a ambos- con Francisco de Asís, tanto en su pronta y extensa popularidad, cuanto en la pequeñez de sus personas que los enaltece sin medida.

Teresa de Lisieux es un exponente de resplandeciente ejemplaridad de ese *fracaso* de la propia existencia, que resulta ser el *éxito* más clamoroso ante Dios. Murió en plena juventud -veinticuatro años-, víctima de una tuberculosis galopante, sin gozar en su persona de la aceptación y confianza por buena parte de sus hermanas de monasterio: *una monjita más sin pena ni gloria*, según llegó a decirse tras de su muerte; *débil, enfermiza y caprichosa*, incapaz de llevar una suficiente disciplina monástica. ¿Qué hay de verdad en todo ello? ¿Por qué la verdadera santidad evangélica no resulta -casi nunca- evidente e incuestionable para los testigos convivenciales? ¿Qué velo cubre la verdad de una vida encerrada en los abismos del Amor de Dios? ¿No es, acaso, que así ha de ser la santidad para que sea cristiana, es decir, en el seguimiento de Jesús: una santidad que no consiste en llamar la atención sobre sí misma, sino en pasar desapercibida? Y ¿no fue Jesús de Nazaret quien elevó el Fracaso de la Cruz a expresión del Amor más grande?

Teresa de Lisieux entró tarde en mi vida. Y no porque no tuviese noticia de ella desde mi infancia. En casa había una edición encuadernada de la *Historia de un Alma*, que mi padre debió de leer más de una vez. A veces, cuando estábamos a la mesa todos reunidos, incluida la empleada de hogar, Ángeles, que era como un miembro más de la familia, mi padre nos hablaba de lo que estaba leyendo, mostrando gran admiración hacia la pequeña Teresa. Y más aún; cuando por las noches subía a mi dormitorio a darme el último beso, solía decirme con entonación solemne que a mí me impresionaba no sabía entonces por qué: “¿Has rezado ya a san Luis Gonzaga y a santa Teresita?” (Lo de san Luis Gonzaga era por que yo pertenecía, desde los ocho años, a la *Congregación de los Luises*, especie de rama masculina de las *Hijas de María*). Y de hecho, fue a san Luis Gonzaga a quien escribí mi primer poema, entre los ocho y nueve años, que, por supuesto, no he conservado.

Debió morir mi padre, para que yo me adentrara en el conocimiento y admiración de la santa carmelita de Lisieux. Efectivamente, a raíz de su separación temporal en noviembre del setenta y siete, y durante la década de los ochenta del recién pasado siglo, como si desde el cielo en compañía de Jesús, de María y de Teresita, mi padre me invitase a buscar lo que más necesitaba, las páginas de la obra escrita por esta hija de Teresa de Ávila y de Juan de la Cruz, han alimentado veneros de paz y de gozo constantes en mi alma, bajo las fuentes espirituales de la confianza y el abandono en Dios Padre/Madre, que la mística carmelitana sabe poner al alcance de los corazones sedientos. ¡¿Quién me lo había de decir?: Yo que creía imposible encontrar nuevas fuentes de inspiración mística, fuera de las tan abundantes y cristalinas de Teresa de Cepeda y Juan de Yepes, he podido saborear en *la mística del Caminito*, una nueva y reconfortante frescura, diríase, *fragancia*, del más genuino sabor evangélico! ¿No ha resultado ser, el conocimiento de Teresa de Lisieux, un regalo que mi padre/progenitor me ha hecho desde el cielo, como su mejor herencia? Así lo vengo considerando yo en los últimos años.

La originalidad -si es que hay algo original fuera del Evangelio- de Teresa de Lisieux, para mí, es su concepción del Sufrimiento como lugar de los Desposorios Místicos. No hay que esperar a que pasen los malos momentos, las noches oscuras del absurdo y del sinsentido, para entonces gozar de Dios. No. En el corazón mismo de los peores momentos de nuestra vida, en los mayores fracasos que nos pudieran visitar, Dios está amándonos para que aceptando su Amor en nuestro dolor podamos descubrir el Dolor de Dios como Amor que nos salva. El Dolor, como fuente de Gozo en el Espíritu, como tálamo de las delicias divinas comunicadas al ser humano, es la gran aportación de Teresa a nuestros tiempos difíciles, tiempos de gran noche y sufrimiento muy extendido.

Y no es que nuestra santa fuese una masoquista, tal como ahora se afirma tan ligeramente de aquellas personas que miran con respeto el sufrimiento humano, viendo en él una de las manifestaciones más puras y transparentes del misterio de la vida. Ella fue descubriendo, y no de golpe, sino a base de mucho silencio contemplativo, que el sufrimiento, propio y ajeno, resultaba el lugar más adecuado para vivir el Amor a Dios y expresar su amor a las criaturas. En sus escritos autobiográficos llega a decir cosas como las siguientes: [...] *no deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos a los dos, sino que es el Amor lo único que me atrae. Mucho tiempo los deseé; he poseído el sufrimiento, ahora sólo me queda el abandono. El sufrimiento se vuelve la mayor de las alegrías cuando se busca como el mayor de los tesoros. El sufrimiento se convirtió en mi sueño dorado. Tenía un hechizo que me fascinaba aun sin acabar de conocerlo. ¡Cuántos tesoros nos hace ganar el sufrimiento! Es nuestra riqueza, nuestro medio de ganarnos la vida. Ella hace suya también esta magistral aseveración del Kempis: Si existiera para el ser humano algo mejor y más útil que sufrir, Jesucristo nos lo habría enseñado con su palabra y su ejemplo. Cuando llegues a encontrar dulce el sufrimiento y a amarlo por Jesucristo, entonces créete dichoso, porque has encontrado el paraíso en la tierra.*

Cuando para el creyente su gozo sólo radica en la unión con Dios, al experimentar que el Dolor de Dios -Dolor por mí de mi Dios- es precisamente lo que más me une a Él, ya no puede querer otro gozo en la tierra que el de la participación en dicho Dolor. Soy amado en mi dolor humano por un Amor divino, un Amor infinitamente más grande que mi dolor, y que a su vez me enseña a amar con el mismo Amor Infinito, Gratuito y Eterno, todo el dolor del mundo de los hombres. Esta es la vivencia que le hace exclamar a la santa carmelita: *Señor, me llenáis de alegría por todo lo que hacéis. Porque ¿puede haber mayor alegría que sufrir por vuestro Amor?* Reconozcamos que las palabras no siempre son capaces de participarnos todo el Espíritu que las habita. No obstante, la lectura minuciosa de esta santa, nos hace temblar ante lo insondable de su experiencia mística: La *fruitio Dei* -contenido esencial y fruto maduro de todo auténtico camino místico-, leída a la luz del Evangelio de Jesús, especialmente de sus Bienaventuranzas, no se puede separar de la Cruz del Amor: Imposible gozar lo más íntimo y sabroso de Dios, si no es en el abrazo desnudo con Cristo Crucificado. Su desnudez nos llama a nuestra desnudez. Su sufrimiento, expresión del *tanto amó Dios al Mundo*, es la escuela más pedagógica de un aprender a sufrir sin derrumbarse, por la fuerza del amor que nos sostiene.

Teresa de Lisieux, médula del Cristianismo de los tiempos futuros, nos recuerda con su testimonio que Dios en Cristo, en su Verbo hecho Carne, besa nuestras llagas más purulentas, para que al besarlas nosotros también, nos encontremos con sus labios amantes que buscan nuestros labios para enseñarnos a amar, y amar al estilo divino, amar sanando. Desde su pequeñez asumida Teresa comprendió que era su dolor humano lo que más la unía al Amor Divino. Mediante el Dolor que nos une a Cristo Crucificado nos orientamos a liberar nuestros corazones de todo lo enfermo, mezquino, degradante, que pueda darse todavía en ellos, dejándolos abiertos a todo lo



noble, bello y sublime que Dios quiere otorgar a todo corazón que busca en el Amor el sentido único (y último) de su existencia.

El sufrimiento del místico es tremendamente realista; no es buscado ni rehusado cuando se presenta, pero sí comprendido y aceptado en su estrecha relación con nuestra condición de peregrinos. Es en tal dolor donde se siente más hermano de todos sus hermanos, porque lo vive en la estrecha relación de amor que son los Desposorios Místicos con Aquel que hizo suyo el lenguaje del dolor para mejor decirnos que nos ama. Al hacer suya nuestra naturaleza humana, asumió el dolor de nuestra débil carne como el más divino de los lenguajes posibles para decir Amor.

Mi entusiasta dedicación a los escritos de Teresa de Lisieux, coincide -por algo habrá sido- con lo más duro de mi crisis intraeclesial y de mis disminuciones físicas, con toda esa profunda sensación de soledad y pérdida de eficacia, impuestas, principalmente, por la edad, pero también por las circunstancias de relaciones y de trabajo. No deja de ser doloroso el dejar de ser importante para mucha gente, que antes te buscaba y ahora te ignora. Se tienen muchos amigos cuando uno se mueve mucho y da mucho de sí; pero cuando dejas de ser personaje en el ámbito de los intereses de los demás, dejas también de ser persona para los mismos. Constatación que, al repetirse en mi conciencia, pretendía tirar de mí hacia la amargura, tal vez el resentimiento. Pero Teresa de Lisieux, me salvó. Dios, que tanto me ama, a través de esta *pequeña* hija suya, me introdujo por *el caminito*, que ha resultado el más directo para conseguir la paz del corazón en estas dos últimas décadas de mi vida. Y, mira por donde, una niña de veintipocos años, ha venido a ser la mejor compañera de mis cincuenta y sesenta (tal vez por eso sigo admirando tanto a la juventud y esperando mucho de los jóvenes). *El Caminito* me ha enseñado que, siendo uno pequeño y no queriendo ser grande, siempre, siempre, tiene derecho al amor del mejor Padre/Madre; y que el Buen Dios tiene, en fidelidad a su Bondad infinita, la obligación de cuidarme, porque soy pequeño, uno de sus pequeñuelos.

## XXXI

### El TAO de la perfecta alegría

La alegría fluye del TAO como de una fuente profunda, serena, inagotable.

Es mucho lo que también tengo que agradecer a esta recia sabiduría, esculpida por la vida y enseñanzas de Lao Tse y Chuang Tzu, principalmente. Y -nadie se escandalice por lo que voy a decir- creo que estos dos sabios de la antigüedad china me enseñaron a comprender mejor el Evangelio de Jesús. Las líneas que siguen quieren dar testimonio de ello.

El Evangelio Cristiano sería para mí menos Evangelio, es decir, menos “Buena Noticia”, de no haber caído en mis manos, allá por los comienzos de los setenta del pasado siglo, un librito breve y sugestivo, profundo e inquietante, llamado Tao Te King. Y, no quiero decir que antes no fuese ya para mí el Evangelio -eje vertebrador de mi existencia- una Verdad de Salvación y una Fuerza Liberadora, que sí que lo era; sino que, la lectura del Tao Te King me ayudó poderosamente a profundizar en aspectos y valores del Cristianismo, menos valorados o tenidos en cuenta hasta entonces por mí, entre los que destaca la No-Violencia. Fue entonces cuando comprendí visceralmente que Dios es Amor y que quien cree en Dios cree en el poder y en el triunfo del Amor; y por eso, el que cree en Dios no puede utilizar para ningún objetivo, por elevado que se nos presente, armas (leyes, instituciones, ardides, fuerzas) distintas al Amor, a la debilidad del Amor.

Hoy sigo dando muchas gracias a Dios por esta doctrina milenaria que, arrancando del mítico Lao Tse, alcanza su máximo esplendor en la poesía del místico Chuang Tzu. Precisamente este segundo será el que me abra los ojos para comprender cómo toda tradición espiritual y religiosa precisa de una lectura siempre renovada. Él lo dijo así: *En el mundo todos saben inquirir lo que no conocen, pero nadie sabe buscar lo que ya conoce. Todos saben reprobar lo que ellos juzgan malo, pero nadie sabe reprobar lo que juzga bueno* (X,5). Buscar lo que ya conoces. Reprobar lo que juzgas bueno. ¡Felices fórmulas a meditar, saborear y desentrañar!

*Buscar lo que ya conoces*, no puede significar otra cosa que ahondar en la relación viva que toda antigua verdad posee con las circunstancias actuales de quien la escudriña. Es releer en la vieja sabiduría hasta encontrar su eterna novedad que nunca pasa. Es no andar esclavo de cualquier moda que se nos ofrece, olvidándonos de hacer justicia a las riquezas heredadas de nuestra cultura y creencias tradicionales. Nos previene contra la idolatría de *lo nuevo*, porque, ¡cómo envejecen de rápido las novedades que no hincan sus raíces en una experiencia multisecular, transmitida y asimilada en la búsqueda y en la perseverancia!

*Reprobar lo que juzgas bueno*, precisamente por eso, porque lo juzgas bueno, pero sabes que hay algo mejor. El Taoísmo no está, en absoluto, de acuerdo con aquello de que *lo mejor es enemigo de lo bueno* (si buscas lo mejor te puedes quedar sin lo bueno); a no ser que lo entendamos en el sentido de que, quien se queda prisionero de lo bueno se pierde lo mejor. Existe por tanto una esclavitud de lo bueno, lo bueno conocido, lo bueno como refugio en que nos aislamos de otras bondades posibles (*¿vale más malo conocido que bueno por conocer?* ¡Tremenda dependencia del miedo, de la seguridad, que nos aíslan del riesgo, único que nos puede conducir a lo mejor!). Quien nunca se interroga sobre lo bueno poseído termina siendo enemigo de lo mejor posible, con lo que el dicho queda de manera invertida: lo bueno sí que es enemigo de lo mejor. El riesgo del buscador es garantía de hallazgo de lo mejor.

Pero además, en castellano, este verbo, *reprobar*, si tomamos “probar” en el sentido (que lo tiene) de “evidenciar”, “demostrar”, y el prefijo “re” en el sentido de repetición

del acto que el verbo subsiguiente (probar = evidenciar) significa, nos encontramos con que *reprobar* nos indica un volver a gustar sabores, verdades, experiencias ya gustadas anteriormente. *Reprobar* lo bueno es lo propio del sabio: gustar mucho y muchas veces de las mismas experiencias positivas, de las verdades que sustentan, desde antiguo, tu ser. No dar nunca nada por suficientemente “probado=gustado=sabido”, y menos si se trata de vivencias profundas, espirituales.

Pienso que no es a nosotros a quienes pertenece una gran tradición espiritual, sino que más bien somos nosotros los que pertenecemos a ella. Y así, el Cristianismo, nos pide sin cesar el esfuerzo de adaptarnos a su grandeza que tanto nos supera, y a descubrir dentro de ella las líneas fuerza de nuestro ser y de nuestro actuar en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y de cada época en que nos toque vivir como seguidores de Cristo. Lo más auténtico de nuestra fe se nos escapa en la misma medida en que creemos poseerlo. Debemos, pues, en honor a la eterna novedad del Evangelio de Jesús, luchar contra la costumbre y la rutina que ensucian, afean y hacen despreciable (increíble) la hermosura del Evangelio para muchos contemporáneos nuestros. Así me lo hizo ver el TAO.

El mensaje de la fe cristiana ha de ser recibido siempre como una fuerza viva que exige ser asimilada de forma imaginativa, creativa, entusiástica, profética. El Cristianismo no puede identificarse, so pena de haber consentido en *echar el vino nuevo en odres viejos*, con una *religión de autoridad*, donde la sumisión a los responsables institucionales y a las fórmulas tradicionales daría la medida de la más alta fidelidad. Y no puede ser así porque la auténtica y tan necesaria obediencia de fe -como la de Jesús al Padre- , habrá de entenderse como un camino que conduce a una experiencia personal e intransferible y a una misión en el mundo. Sin la experiencia de fidelidad a sí mismo faltan las bases más importantes para alcanzar la experiencia viva del Dios Viviente (ese Dios que, mientras permanecemos en este mundo, quiere ser alcanzado en la vida ¡y nunca fuera de ella!).

Lejos parece habernos llevado el simple comentario del texto de Chuang Tzu sobre ese *saber buscar lo que ya conocemos*. Pero, dada la importancia que me parece tener, tampoco considero mal hacer ahora un breve resumen de lo expuesto. Saber apreciar y sacar el mayor provecho de todo lo bueno que tiene mi tradición religiosa, sin que por ello sea incapaz de señalar y aún criticar lo que me parece menos bueno, cuando no nocivo, en el uso o interpretación que se hace de ella, es señal de madura actitud creyente. E igualmente, saber recibir de otras tradiciones luces, mociones e inspiraciones que te permitan ahondar en lo mejor de tu propia religión, es actitud de franco diálogo que conduce al enriquecimiento mutuo.

Pero volvamos al Taoísmo. El eje dinamizador de la sabiduría laotsiana está en la contemplación de la armonía natural, es decir, en mirar confiadamente los fenómenos emergentes de la naturaleza que somos y que nos envuelve, hasta descubrir vivencialmente la estrecha e indisoluble unión de mi ser con el Ser Universal. Se consigue evitar, mediante esta mirada contemplativa, los miedos, la ambición y la violencia, que suelen ser la causa de no llegar a disfrutar del bien máximo de la comunión con el Todo. Identificándose personalmente con la magnificencia de la naturaleza el sabio alcanza la alegría de vivir, saboreando su propia existencia como comunión de destino eterno con todo lo creado. Sólo se nos pide que aceptemos, sin sombra de rechazo, las propias leyes de nuestro ser humano y del entorno en que nos movemos. En esta vida de liberación integral que propone y facilita el Tao, no interviene para nada la voluntad de poder del humano, pero sí una finísima sensibilidad hacia los fenómenos naturales, amén de una fe inquebrantable en la propia persona y en la actividad omnipresente del Tao. La ética que dimana del Tao - ética de la confianza en sí mismo y de la bondad básica que acompaña a todos los seres y fenómenos de la naturaleza- patentiza que aquellas personas que carecen de fe en sí mismas y en los demás, están abocadas a un caos sin solución.

El concepto (mejor, valor) clave para entender y practicar el retorno a lo natural y sencillo que preconiza el Taoísmo, es el del *vacío absoluto*, que consigue hacer desaparecer toda ruptura interior y conduce a la iluminación del corazón, tal como queda recogido en esta sentencia de Lao Tse:

*Conserva como meta el vacío absoluto;  
permanece en estado de perfecta paz.  
Todas las cosas entran en la existencia  
y desde allí las vemos regresar.  
Contempla las cosas que florecen:  
cada una vuelve a su origen.  
Regresar al origen se llama paz,  
es la conformidad con el destino.  
El regreso al destino se llama eternidad.  
El que conoce la eternidad se llama iluminado (T.T.K. XVI).*

La filosofía taoísta nos enseña que sólo el vacío no puede ser dividido en sí mismo, por carecer de partes y junturas. Y nos ayuda a descubrir que el vacío también está en nosotros mismos. Se trata, pues, de alcanzar *el vacío que soy yo*, y no pretender negarlo llenándolo de superficialidades y mentiras, ambiciones y ruidos. Hay que penetrar en el propio vacío para alcanzar la máxima realidad posible; porque fuera del vacío, en la irrealidad, sólo hay sufrimiento. Los seres fraccionados son precisamente los más incapacitados para disfrutar de la vida a partir de su ser en comunión. Pero los seres quedan divididos, rotos, dispersos, cuando pretenden llenar su vacío con modas, posesiones, acciones que los distraigan de *lo único necesario*. En esto coinciden todas las tradiciones místicas: sólo a través de la pureza y de la quietud del corazón, es posible regir el universo. Sólo los limpios de corazón verán a Dios. Sólo en el olvido de sí puede el humano poseerse y ser útil en el servicio a sus hermanos.

Lo mismo para la sabiduría taoísta que para la espiritualidad cristiana, sólo hay una manera de ser eficaz (fuerte, virtuoso); y consiste en aceptar los propios límites, las debilidades de la propia persona (su vacío), como invitación permanente a abrirnos, a dejar que actúe en nosotros el poder del Eterno. Dios (o, el Tao) me da toda su fuerza cuando yo acepto y le entrego toda mi debilidad.

Un nuevo poema del libro del Anciano Niño (Lao Tse), nos invita a hacer nuestra la recia sabiduría de ser *con* los demás:

*El sabio no posee un yo propio:  
hace del yo ajeno el suyo.  
Con el bueno, obra el bien;  
con el malo, también obra el bien.  
Con el justo es justo  
y también lo es con el injusto  
(y así alcanza para sí la justicia).  
El sabio vive en paz  
y ama la simplicidad;  
y, cuando todos lo miran y escuchan,  
él se complace en las bondades de los otros  
que él sabe descubrir en todos,  
cual una madre entusiasmada por sus hijos (T.T.K. XLIX)*

El Taoísmo pretende liberar a sus seguidores del fracaso existencial, mediante esa actitud interior de desambición, independencia y no-acción (*Wu wei*), con las que se hace práctico el vacío absoluto. Se trata de no ser descuartizado por la frustración que, inevitablemente, lleva consigo toda actitud de poder, de influencia, de dominio:

tentaciones tan al paso de la vida de toda persona. Una vez más el poema resume mucho mejor cuanto podría decir mi comentario:

*El sabio para ocupar su verdadero puesto  
debe situarse por debajo de los demás,  
y para comunicarles su sabiduría  
debe permanecer en lo escondido;  
y así, aunque esté arriba, los hombres no sentirán su peso;  
y, aunque los adelante en sabiduría y virtud,  
no lo considerarán un ser diferente ni superior.  
El mundo lo estima sin cansarse de él.  
A causa de su no-lucha nadie lucha contra él (T.T.K. LXVI).*

A nadie que me haya seguido hasta aquí en esta meditación sobre el Taoísmo, le podrá extrañar que yo encontrase en él tan buen guía para leer el Evangelio de Cristo. La semejanza formal entre el Ser Eterno del Tao y la revelación del Logos Trinitario, no es ni mucho menos accidental en ambos textos *sagrados*. Las Bienaventuranzas Evangélicas y todo el contenido del Sermón de la Montaña sobre la confianza en la Providencia, el deber de ser perfectos igual que nuestro Padre de los cielos lo es, la moral de devolver bien por el mal que nos hacen, así como más adelante en el mismo texto de Mateo la alabanza de Jesús al Padre que ha querido revelar su Sabiduría a los pequeños y sencillos de este mundo, son algunos de los muchos puntos en que se hermanan Evangelio y Tao. La distancia en espacio, tiempo y cultura que separan a estas dos revelaciones, no es suficiente para borrar la sangre común –léase, el Espíritu Santo- que las mantiene vivas siglos y milenios. Es certísimo que amo mucho más a Jesús, el Cristo, después de haber leído a Lao Tse. Y no menos cierto que espero y deseo encontrarme cara a cara con el Dios de Jesús, para poder agradecerle mejor, más directamente, la existencia mítica y mística del autor del Tao Te King.

Encontrándome, en Julio de 1983, formando parte del equipo de servicios de un Campamento Scout, en uno de esos parajes recónditos (estábamos en el nacimiento del río Tus, cuyo breve curso se inicia en la confluencia del Fuente del Tejo y del Arroyo Andrés) que conservan todo el encanto de una naturaleza salvaje, portadora de mensajes eternos, releí y medité, haciendo una versión cristiana del mismo, el librito laotsiano. ¡Qué de revelaciones, gozos y sacudidas interiores más tremendas, me proporcionó aquel ejercicio de leer, meditar y transcribir *en cristiano* las páginas tan luminosas del Libro del Tao!.

Entre la Naturaleza ambiental (Las Serrerías de Peña Halcón), los ochenta y un poemas en que suele dividirse la obra atribuida a Lao Tse y mi corazón, tradicionalmente cristiano, se produjo una corriente de mutuas influencias en donde la Naturaleza y la Gracia alternaban en su canto de alabanza al Eterno y Absoluto. No sólo la Naturaleza -que el Tao considera portadora de la única salvación posible-, sino también la Gracia -que el Evangelio anuncia como Amor inquebrantable del Creador hacia su creatura, el Universo-, se alzaban al unísono ante mí y dentro de mí como abrazo irrompible de Dios con el Hombre y del Hombre con Dios. El canto inalterable, pero nunca monótono, del agua que nos resonaba por todas partes, los animales en libertad que nos visitaban alguna que otra vez, los árboles de reforestación natural que subían en nuestro entorno, la sutileza de una atmósfera incontaminada..., no eran marco sino esencia misma, comunión con el Uno Indivisible que en todo se nos entregaba. El Tao se me concretó, sin dejar de ser inasible, como un triple elogio: de la Sencillez, de la No-Violencia y de la Contemplación de Amor. Yo sabía que en estos tres estaba encerrada mi vida entera, mi ser más auténtico.

## XXXII

### Dos símbolos de amor y de vida

Hay pequeñas realidades que pueden llegar a tener gran significado para nuestra vida, por sus enriquecedoras aportaciones, aunque parezcan no tener mucho que ver con la lógica relación de causa-efecto. Tal es el caso para mí de esas dos plantas domésticas, cultivadas en maceta de barro, y que han acabado por convertirse en dos valiosos símbolos del cariño entre personas y de los indestructibles lazos familiares.

Comenzaré hablando del *filodendro*. Se lo regalé a mi hermana Lola en un día de su santo, allá por la primavera de mil novecientos ochenta y tres. Ha cumplido en casa, pues, en esta primavera, sus veintiún años. Al no entender nada de botánica ignoro si es o no una larga vida. Pero el hecho de que este tipo de arbusto (¿se le puede encuadrar así?), frondoso de ramas y anchas hojas, no haya cesado, año tras año, de ofrecernos su lozanía lúdica desde el lugar presidencial de la vivienda que ocupa, manteniendo el recuerdo vivo de mi hermana que lo cuidaba y murió hace ya más de quince años, ha venido a resultar todo un poema de gozosos mensajes.

Le tengo aprecio, en primer lugar, por ser recuerdo vivo de mi hermana muerta. Pero también porque con el mínimo de cuidados que yo le presto, da mucho de presencia respetuosa y de agradable compañía. Suelo hablar con él para decirle que lo quiero mucho (¡como si él no lo supiera!), y parece responderme más de una vez con un risueño aleteo de sus ramas entrecruzadas. En cuanto entro de la calle, me saluda enviándome efluvios de acogedora simpatía. Yo sé que hoy, mi vivienda de Murcia sin el filodendro, plantado al pie de la ventana del comedor, hace mucho tiempo que habría dejado de ser mi casa, lugar de descanso, de trabajo y de convivencia.

No cabe duda de que, cuando recibo a personas, bien para el acompañamiento espiritual, bien para compartir plática y mesa, el *filodendro* es uno más entre los presentes, discreto en su compañía, pero solícito en el abrazo envolvente de su frescura manante. Cuando leo, trabajo o rezo, llego a olvidarme de que él está a mi lado; pero se trata de ese olvido con que dos seres acostumbrados a la mutua compañía, no necesitan estar diciéndose continuamente que se quieren. Y cuando reposo en la habitación contigua, o relajo músculos y emociones, dejándome acompasar por la música del disco que rueda, él vela mi descanso, ángel de pie en el centro de mi minúsculo paraíso, propiciando la armonía interior y la paz del corazón que hace posible siempre el volver a empezar.

¡Cómo no tener veneración por este arbusto, desarbolado y tentacular, que parece querer llegar con los besos de sus extensas ramas a todos los rincones de la casa! Es débil, al carecer de un tronco natural que lo articule, pero fuerte en su vivacidad trepadora, sorprendente siempre de hojas minúsculas y traslúcidas, como carruajes de invisibles gnomos que forcejean por aparecer de un momento a otro. Sé que lloraré -no me da vergüenza confesarlo- si un día me tengo que separar de esta planta, tan aleccionadora en la virtud de la gratitud. Entre esta planta y yo existe algo más y mayor que una simple relación de sensibilidad y aprecio mutuo. Existe -creo yo- la fuerza, la luz y la gracia del secreto compartido y celosamente guardado: el de que ambos hemos aceptado, sin desdén ni resistencia, el hecho de que tenemos que morir.

La otra planta -cuarteada maceta que por dos veces he tenido ya que reponer- se encuentra -¡y qué solitaria!- en el patio de la casa del pueblo, Archena, a la que sólo acudimos días sueltos o periodos de vacaciones. Es la única superviviente de aquel jardín botánico en que mis padres llegaron a convertir el patio y la terracita de la parte posterior de la vivienda. Docenas de macetas llenaban de luz y de calor, de fragancia y de alegría la casa entera. Era mi padre el que se encargaba de regarlas y limpiarlas

un poco. Mi madre las escogía para colocarlas convenientemente en el interior. Y así siempre, todo el año, ocupaban su ocio aquellos dos seres, cuya sensibilidad estaba muy cerca de considerar sagrada la naturaleza. Recuerdo que, salir a aquel patio, sobre todo en las estaciones cálidas, era recibir un efluvio de bendiciones naturales. Al caer el sol de los días estivales, el patio era uno de mis lugares favoritos para perderme con un libro entre manos; de teología o de poemas.

Pues bien, entre las pomposas hortensias, geranios de muy variados matices, ruidosas gitanillas, clavellinas de embriagador aroma, pensamientos de sutiles formas concéntricas, potos y otros nombres de plantas y flores que siempre fueron para mí una sinfonía de impenetrable ritmo, estaba también la planta que mi madre llamaba "brujas". Recuerdo que hubo dos de ellas, de las que sólo nos ha llegado la que ahora es objeto de nuestra meditación. Éstas florecían al venir el verano, y durante dos meses o dos meses y medio, ofrecían un espectáculo de acrobacia floral y de irresistible encanto. Más de una vez escuché a mi madre exclamar presa de irreprimible admiración: "¡Otra vez las brujicas! ¡Que Dios las bendiga por tanta generosidad!". Y Dios las bendijo, pues treinta y pico de años después, su milagro sigue encandilando nuestra mirada atónita.

Las "brujas", desde su cebolla laboriosa y oscuramente enterrada, florecen en oleadas de indeterminado número, y cada tongada resulta una afirmación única, irreplicable, de la multiforme gracia derramada. Duran sólo de veinticuatro a cuarenta y ocho horas, manifestando que un solo instante de belleza contiene una eternidad compartida. Son como cálices que se resuelven en estrellas, estrenando todas las combinaciones posibles de rosas y lilas, para brindar por el misterio de la luz que nos aboca a los orígenes y al destino del ser mismo.

Yo no puedo dejar de contemplar en esta maceta de *brujas*, florecida puntualmente cada verano, pese a su soledad y el poco cuidado de que la hacemos objeto, como un puente por el que viene puntualmente a nosotros la viva memoria de nuestros padres, Antonio y Josefa, y por el que seguimos avanzando en la certeza de que nos volveremos a encontrar en la eternidad de Dios, hecha nuestra. Si en algún verano futuro, antes de desaparecer yo de la faz de este mundo, dejaran las *brujas* de embellecer mis horas de ocio estival, sentiría que el puente hacia la eternidad se habría roto ante mis pasos, o tal vez, que yo estaría ya a punto de pisar la otra orilla.

### XXXIII

#### **Muertes con mucha vida**

La muerte de mis padres, acaecidas ambas en el intervalo de veintidós meses, constituye hasta el momento el hecho más doloroso de mi existencia humana, a la vez que el más aleccionador. Si a mis padres les debo (al unísono con Dios) la vida, a mis padres les debo exclusivamente, o, al menos principalísimamente, aprender a morir, sin cuya lección bien asimilada la vida humana se hace menos densa, menos dedicada a lo esencial irrenunciable.

Aunque ya antes de morir mis padres había vivido, más o menos de cerca, las muertes de seres cercanos e incluso queridos, no fue hasta que viví la de ellos cuando me sentí aplastado por su mano implacable. Con mi padre, a quien pude acompañar en largas y penosas noches de hospital y de cuidados intensivos, viví la lucha contra la muerte como quien se lo juega todo en dicha batalla, sin albergar otra idea en la mente que la de vencer o morir. Y con la muerte de mi padre comprobé sorprendentemente que ambas -muerte y victoria sobre la muerte- van inseparablemente unidas.

Supe que vencer a la muerte no es no morir, sino vivirla desde dentro, como experiencia de un amor que nos ata en un más allá de todo lo perecedero. Porque amábamos a nuestro padre, luchábamos denodadamente contra su muerte (y el sufrimiento en él, que la precedía), tanto mi madre como mis dos hermanas y yo; y en el corazón de tan desafortunada lucha constatábamos, una y otra vez, que no contábamos para luchar con otra arma que el amor (la ciencia, la medicina, se mostraban inoperantes). Un amor que nos iba haciendo aceptar lo inevitable como el lugar del nuevo encuentro. La muerte venía a abolir lo viejo, ya caduco, de unas formas de relación, para instaurar en su lugar algo nuevo, otras formas de comunicación antes desconocidas.

Jamás un verdadero amor se dará por vencido ante la muerte. Y, sin poder vencerla tampoco, nos situábamos con nuestra lucha en el corazón de la misma, para compartirla, para morir nosotros con él de alguna manera y en alguna medida, y así retenerlo en nuestras vidas, también en alguna manera y medida. Nosotros, padre muy amado, vivíamos en el amor tu muerte, llenándola con nuestras vidas; tú nos dabas a cambio, nos dabas en comunión, la certidumbre de que el amor mutuo nos mantenía unidos en el tiempo y para la eternidad. Era ya lo único que me permitía seguir viviendo, continuar buscando en el amor el único sentido válido para nuestro paso por este mundo.

Con tu muerte, mi buen padre, comenzó mi aprendizaje de la muerte, es decir, comencé a vivir muriendo, sin negar ninguno de los dos polos en su justa reciprocidad: amar es vivir muriendo, encontrar nuevas formas de vida en la muerte inevitable, vencer la muerte con la vida del amor. Desde entonces comencé yo a sentir mi vida -y no he dejado de sentirla hasta ahora igual- como la de un árbol que ha sido brutalmente hacheado en sus raíces; seguía vivo y en pie, pero ya nunca, nunca, con la misma abundancia de savia vivificadora ni riqueza de flores y frutos a compartir con los vivientes. Desde tu muerte -última lección de tu vida- he aprendido a convivir con mi propia muerte, padre/maestro hasta el fin, y ésta es una de las incontables lecciones de vida que te sigo debiendo.

Luego, mi madre, que moriría con setenta y dos años, cargada de esa madurez que sólo da el trabajo incesante, el sufrimiento llevado en la paciencia y el amor nunca negado a quien de ella lo necesitase. ¿Pasión de hijo? ¡Tal vez! Pero cuantos la conocieron de cerca seguro que comparten este retrato espiritual de mi madre que, por otro lado, era deudora en sus bondades de la Bondad Inmensa del Creador. Ella lo sabía con acción de gracias.



Si la sensación hasta física de ser un árbol herido en sus raíces, fue el producto de la muerte de mi padre, la de mi madre me condujo a sentirme como una barquichuela sin remos ni timón, en medio de un mar proceloso, a merced de todos los vientos y corrientes. Al morir mi madre sabía visceralmente que yo no tendría ya puerto ni hogar en este mundo. Navegar y navegar, con el cielo, unas veces risueño, otras ceñudo, como horizonte y llamada únicos.

Los últimos meses de vida de mi madre, coinciden con periodos de recuperación por las intervenciones en mi vista, lo que me permite -gracia de valor inestimable- compartir con ella momentos de comunicación que quedarán como un tesoro en mi recuerdo. En ellos pude saborear, como nunca antes y cómo ni siquiera había imaginado posible, el enorme bagaje de sabiduría vital que mi madre había acumulado. Mi madre, analfabeta total, pues sólo alcanzaba a saber escribir su nombre y leer deletreando, manifestaba tales opiniones sobre la marcha del mundo y acontecimientos políticos y sociales, que me dejaba más que admirado. Todo lo había aprendido de la vida misma, una vida que ella había sabido vivir centrada en lo elemental y sencillo, en la desambición y la generosidad (¡Cuántas veces, de niño, le oí decir, textualmente: “Yo, teniendo para dar de comer a mis *hijicos* no quiero más!”). Y un día me contó una vecina, muy allegada a la familia que, al comentarse delante de ella la actitud de unos curas interesados en demasía por el dinero, ella había manifestado, con orgullo: “gracias a Dios, mi hijo no es así”.

Un día de aquellos en que compartíamos las horas vacías de su lecho de enferma y de mi convalecencia visual, cuando yo intentaba darle ánimos para sobrellevar sus dolencias, ella me dijo, con voz suave y lenta pronunciación: “No; si a mi no me importa morirme ya. Lo que yo quiero y le pido al Señor es que tú te cures, porque tú sí que haces mucha falta a tu familia, al mundo y a la Iglesia”. Me quedé frío al escuchar tan solemnes palabras, como brotadas de lo más recóndito de su ser, de más allá de ella misma. ¡Ella que nunca había utilizado el elogio de los suyos, al menos en nuestra presencia! Aquellas palabras rumiadas de mi madre sostienen desde entonces mi mejor autoestima. Me volvió a dar el ser en aquel momento. Y aunque mis años no sean la suma de éxitos contundentes en el mundo (y menos en la Iglesia), aquellas palabras me mantienen fresco el sentido de que no hacen falta grandes hazañas ni reconocimientos públicos para que una vida -y creo que la mía lo es- resulte hermosa y útil. Tener en la propia vida valores a defender y objetivos a conquistar, y permanecer fiel a los mismos, pese a todas las contrariedades que los amenazan en ruta, ¿no es lo que da su mayor hermosura y utilidad a una existencia humana?

En el momento de expirar mi madre, en coma y fiebre altísima, rodeábamos su lecho sus tres hijos y dos de sus hermanas. De sus ojos semicerrados, brotó una lágrima de cada uno de ellos, que fue resbalando, dejando surcos brillantes, a lo largo de ambas mejillas. ¡Qué no hubiese dado yo por poder recoger aquellas dos últimas lágrimas de mi madre, y conservarlas como el mejor tesoro en estuche de pedrería! Así creo que Dios conserva para la eternidad, convertidas en estrellas de su gloria, todas las lágrimas de amor vertidas por los humanos en este mundo.

## XXXIV

### Los Salmos y yo

El Salterio Bíblico ocupa en mi experiencia, como hombre y como creyente, uno de los lugares más destacados y de mayor influencia sobre mi manera de situarme ante Dios y en la vida. En él me atrajo pronto la forma de la mejor poesía religiosa de todos los tiempos y tradiciones. En él descubrí la escuela más cercana de la oración de simplicidad. En él intuí primero, y aprendí después, a expresar vivencialmente el Misterio de Cristo y de la Iglesia, sin los cuales Dios no sería para mí tan cercano, al mismo tiempo que tan universal. En él, por atenerme a sus riquezas más incuestionables, se fue perfilando para mí la imagen del hombre religioso, aquel que no puede pensarse a sí mismo al margen de Dios, ni a Dios sin ir contemplándolo en los sucesivos pasos de su llegar a ser él mismo. Los salmos me dieron la certeza de que, si no encontraba a Dios en mi propia vida, no lo encontraría en ningún otro lugar. El Dios de los Salmos es ya un Dios tan humano -tan hermano- que hace presentir la pasión divina del Creador por sus criaturas.

Yo no tropecé en la piedra en que lo hicieron otros compañeros míos, para quienes el Salterio resultaba duro e inaccesible por su lenguaje y su teología, tan alejados –decían ellos- de la revelación del Dios de la Misericordia Infinita, el Dios y Padre de Jesús. Yo abordé los Salmos, desde el principio, incluso antes de estudiarlos en segundo de Teología, bajo la perspectiva poética, que indudablemente me facilitaba un acercamiento menos intelectualista, y por ello mismo, con mayor campo de apropiación. Dejándome llevar por el hechizo propio de las formas líricas y épicas que embellecen el Salterio, fui conducido, una y otra vez, a hallazgos sorprendentes de identificación de mi experiencia personal con la del salmista original, y en él, con los más depurados sentimientos de adoración y alabanza al Eterno.

El Salterio se me representaba como un río caudaloso, en el que nadábamos juntos creyentes de muchas generaciones y de los más variados matices teológicos. Lo que nos mantenía unidos a todos era la fuerza impetuosa de aquella corriente milenaria, a la que no podíamos resistir, y cuyo único horizonte era el Océano inabarcable de un Dios Personal, Trascendente y, a la vez, tan penetrable, en el que estábamos llamados a sumergirnos, vida al fin de su Vida.

Pensándolo ahora, me doy cuenta de que el Salterio es el libro de poesía que más he leído y meditado a lo largo de toda mi vida. Incluso más que a Garcilaso de la Vega, que a san Juan de la Cruz, que a Bécquer, que a Rosalía Castro, que a Gabriela Mistral, que a Antonio Machado, ¡y que al propio J.R.J.! Y no resulta nada extraño que mi concepción de la existencia humana pueda ser toda ella entendida e interpretada a la luz de los Salmos Bíblicos.

Así, el misterio de ser hombre, persona humana, incomprensible para sí misma, habitada por una vocación de eternidad que la crucifica en el tiempo, portadora de una luz inextinguible que apenas arroja claridad sobre sus propios pasos, se me hizo carne de mi carne en el saboreo de muchas páginas del Salterio, en las que el orante, enfrentado con Dios y con su propio destino, sin poder encontrar muy clara la relación entre ambos, gime desconcertado con versos como estos: *¿Qué es el hombre? ¿Qué es el ser humano? Pues lo hiciste casi como un dios, lo rodeaste de honor y dignidad, le diste autoridad sobre tus obras, lo pusiste por encima de todo* (Sal 8,4-6). O con aquellos otros, en que el sabio del Antiguo Testamento, se reconoce abocado al Misterio de Dios, único en que su propio misterio puede obtener alguna explicación plausible:

*¿A dónde puedo ir lejos de tu espíritu?  
 ¿a dónde huir fuera de tu presencia?  
 Si yo subiera a las alturas de los cielos, allí estás Tú;  
 y si bajara a las profundidades de la tierra, también estás allí.  
 [...] Si pensara esconderme en la oscuridad,  
 y que se convirtiera en noche la luz que me rodea,  
 la oscuridad no me ocultaría de ti,  
 y la noche sería tan brillante como el día:  
 ¡lo mismo te es la oscuridad que la luz! (139, 7-8. 11-12).*

El hombre del misterio, que habla, llora y reza en los Salmos, es un hombre que busca a Dios en esta vida (pues para él no está clara la idea de una vida después de la muerte); por tanto, si no encuentra a Dios para su ser individual, y en esta existencia concreta y real de la tierra, la habrá echado a perder para siempre. La única manera humana de ser fiel a sí mismo es, pues, buscar y buscar a Dios, sin cansarse, con sed en el corazón que nada fuera del Dios vivo puede saciar. El hombre que hace de su existencia temporal una búsqueda ininterrumpida de Dios -porque sin Dios él no llega a ser él mismo- se identifica como contemplativo. Vive entregado al Absoluto de Dios; vive del *principio Dios* -tal un *diosadicto*- cuya razón de ser palidece y hasta se esfuma cuando no la mantiene en jaque el anhelo, siempre insatisfecho, del Dios Escondido. ¡Qué bellamente lo expresaron aquellos creyentes -si alejados en el tiempo, tan cercanos en la experiencia-!: *Como ciervo sediento en busca de un río, así, Dios mío, te busco a ti. Tengo sed de Dios, del Dios de la vida (42,1-2). Dios mío, Tú eres mi Dios. Con ansias te busco, pues desfallezco de ti; mi ser entero te desea, cual tierra árida, sin riego ni fertilidad. Quiero verte y contemplar tu gloria, ¡pues tu Amor vale más que la vida! (63, 1-3).*

La conciencia de peregrino acompaña todos los pasos del orante bíblico. Camina, y debe hacerlo sin cansarse, hacia la consecución de todos los valores que mejor definen la realización humana: la verdad, la libertad, la justicia, el amor, y, como síntesis de todos ellos, la Paz. Ser criatura a imagen y semejanza de Dios lleva consigo la exigencia de caminar hacia la plenitud de dicha imagen (¿no resuena aquí, con todo su patetismo, el mandato del Evangelio: "*sed perfectos como vuestro Padre celestial es Perfecto*"?). La nostalgia de Dios hace del humano que se deja poseer por ella, un inquieto rastreador de lo divino por todos los senderos de la tierra. Dios es siempre *más*, y el que lo sabe, no puede conformarse con lo que es *menos*. Dios siempre está *más allá*, por lo que ninguna meta, por elevada que fuere, puede llenar el anhelo de infinito que enciende los pasos del peregrino del Absoluto.

Pero esta búsqueda, esta tremenda insatisfacción de todo lo que no es Dios, no aparta al creyente de los Salmos de la fidelidad debida al momento presente y a todos los valores que configuran su vivencia de hombre entre los hombres. Sabe que su ser está brotando, a cada instante, de las manos del Creador (*Señor, Tú me sondeas y me conoces, me conoces cuando me siento y cuando me levanto:139*); y, en consecuencia, reconoce que su presencia en este mundo es un don de Dios, que él tiene que cultivar en alabanza a su Señor. Por eso ora así: *Enséñanos a contar bien nuestros días, a fin de que nuestra mente alcance sabiduría (90, 12; 39,5)*; haciendo depender dicha sabiduría del empleo del tiempo (*contar bien nuestros días y conocer el fin y la medida de nuestros años*). Porque hay una manera de "calcular" o "emplear" nuestro tiempo que no es "sabia", es decir, que está muy alejada del mejor aprovechamiento del tiempo presente: sólo es sabia aquella en que el humano se busca a sí mismo en Dios, y a Dios en su ser de hombre. *No puede temer días aciagos, ni albergar en su corazón miedo al futuro*, aquel que sabe entregarse de corazón al momento presente, como el único que realmente le pertenece y le permite, en cuanto que creyente, ponerse en contacto directo con el Dios que le está dando el

ser en ese preciso instante, y al que siempre puede encontrar en la profundidad de su entrega inmediata (49,5. 16).

De esta manera, mediante el hacer bien lo que en cada momento corresponde hacer (o nos pide la vida), el peregrino del Absoluto, da testimonio de su amor a este mundo, a este tiempo humano y a las realidades vivas que lo integran. Si sólo le importase el final de su peregrinación, como encuentro con lo definitivo y eterno; si no amáramos el camino mismo con todas las vicisitudes y desafíos que lo acompañan, terminaríamos por ser extraños a la marcha de la sociedad, seres desarraigados, sin compromiso de amor ni solidaridad con las luchas y esperanzas, alegrías y sufrimientos de nuestro hermanos los hombres.

Porque Dios habla en la historia, la historia está llena de señales que nos ayudan a entender cual es la Voluntad de Dios en cada momento. El peregrino del Absoluto, aquel que no busca seguridades en su caminar, acepta el riesgo, la audacia, la valentía necesarias para situarse a la intemperie, centinela alerta de ese futuro de Dios que nunca cesa de venir a nuestro presente. La dimensión profética de la fe arranca de esta misma dimensión orante. Peregrino del Absoluto de Dios, el contemplativo que vive inmerso en el *aquí y ahora* de su caminar, se convierte en vigía de la Voluntad divina y de su Salvación Escatológica, que anuncia y grita con todo su ser. Dios no permanece mudo ni indiferente ante la marcha de los acontecimientos humanos:

*Dios ocupa su lugar en la asamblea divina,  
para dictar sentencia contra las fuerzas del mal:  
“¿Hasta cuando dictaréis sentencias injustas,  
poniéndoos de parte de los opresores?  
¡Ponéos, por el contrario, a favor del pobre y del necesitado;  
haced justicia al huérfano y a la viuda;  
liberad a todas las víctimas de la opresión!  
Ellos, seguros de su poder, caminan a oscuras,  
mientras tiemblan los cimientos de la tierra.  
Pero Yo, Dueño único de todas las naciones, declaro:  
aunque seáis dioses, moriréis;  
aunque seáis príncipes, seréis derrotados” .  
¡Oh Dios, no dejes ahora de juzgar la tierra,  
pues sólo de tu justicia esperamos un orden nuevo (82).*

Dios que oye, ve y sabe, actúa en franca oposición con toda iniquidad. Y el creyente, que contempla la acción de Dios, alcanza a ver los signos de liberación aquí y ahora, presentes y operativos en el corazón de los conflictos que nos aquejan, especialmente a los más desfavorecidos:

*Oh Señor, destrozan a tu pueblo, humillan a tus preferidos;  
matan a viudas y extranjeros, asesinan a huérfanos;  
Dicen que el Señor no ve, que el Dios de Jacob no se da cuenta.  
Escucha, gente torpe y necia, ¿podrás alguna vez comprender?:  
El que ha hecho los oídos, ¿acaso no podrá oír?  
El que ha formado los ojos, ¿no podrá él mismo ver?  
¿Dejará de hacer justicia entre los pueblos  
Aquel que es vengador de toda injusticia?  
El que instruye al ignorante, ¿tendrá que ser él aleccionado?  
El Señor sabe que los humanos  
perecen en su propia ignorancia.  
El Señor no abandona a su pueblo  
ni deja a los suyos solos ante el peligro.*

*La justicia volverá a ser justa  
y todo hombre honrado la seguirá (94, 8-11. 14-15).*

En consecuencia, el peregrino del Absoluto, posee agudeza espiritual para ver como Dios *construye hoy la casa y guarda la ciudad* (127), sin caer jamás víctima de una visión pesimista (más bien propia de los *profetas de calamidades*), sino muy al contrario, pletórica de esperanza contagiosa.

*Los que confían en el Señor son como el monte de Sión,  
inamovibles, permanecen para siempre.  
Como los montes rodean a Jerusalén,  
así el Señor abraza a su pueblo, ahora y por siempre.  
El mal gobierno no siempre durará  
en la tierra que Dios ha dado a su pueblo (125,1-3).  
Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,  
nos parecía que estábamos soñando.  
[...]Hasta los paganos decían:  
“¡El Señor ha hecho grandes cosas por ellos!”  
[...] Los que sembraban con lágrimas  
cosechan entre cantos de alegría.  
¡El Señor ha estado grande con nosotros  
y estamos alegres! (126).*

Bajo esta luz que tan hondamente me penetró -aunque poco a poco- desde mi juventud, di al primer volumen de poemas inspirados en el Salterio el título de **Poemas para la Utopía**. Era para mí más que evidente la dimensión utópica de la oración psálmica. Mis editores no veían aquel título conveniente, y pretendieron que lo cambiara; a lo que yo me negué con rotundidad. La Utopía era concebida por mí como la radicalización de la esperanza cristiana, sin la cual resulta especialmente difícil entender la promesa de *los cielos nuevos y la tierra nueva, habitados por la Justicia* (y, ¿no es cierto que vivimos de dicha promesa?). La Utopía ha dejado de ser para el creyente en Cristo un lugar fuera de la realidad, hasta convertirse en el lugar del encuentro más vivo y real con el Amor Encarnado de Dios, que nos salva desde dentro de nuestra condición humana y de nuestras circunstancias temporales ordinarias. Vivir en Utopía resulta ya uno de los frutos más maduros y sabrosos del árbol del Espíritu. Me parece que es imposible creer en el Dios de Jesús y no ser utópico (por supuesto que lo que no se puede ser en el seguimiento de Jesús es *pragmático*, en el sentido que ordinariamente se le da a este término: persona que busca por encima de todo la eficacia inmediata de su acción). La Utopía nos hace rebeldes e inconformistas ante todos los poderes opresivos de la vida.

La contemplación de fe conduce a leer, tanto la historia íntima como la de nuestro entorno, en clave de Utopía. Dios no crea un mundo sin soluciones. La Esperanza teológica, la que nos viene de Dios y es en sí misma comunión de Vida con el Eterno Viviente, es en todo presente vivido con amor la clave de ese futuro mejor para todos, con el que se identifica básicamente la Utopía Cristiana. Los Salmos reanimaron en mí esta Esperanza siempre que parecía oscurecerse bajo los envites de los problemas y de sus amargas consecuencias, así como cuando el sufrimiento de los pobres se elevaba ante mis ojos como un muro insalvable.

A los cuatro años de haber aparecido la primera entrega de **Poemas para la Utopía**, y con el título de **Canciones del Hombre Nuevo**, salió mi segunda colección de poemas recreando los Salmos. El título resultó calcado de un volumen de canciones psálmicas cuyo disco había aparecido por aquellos años. Pero yo era ignorante de esta coincidencia. Nunca he pensado en cambiar dicho título, ya que lo escogí muy deliberadamente, porque el Hombre Nuevo del Bautismo Cristiano puede orar muy

bien con la letra y el espíritu de estos poemas inspiradores de mi libro. La transcripción a la sabiduría que se desprende del Nuevo Testamento, especialmente de las Bienaventuranzas Evangélicas, inspiran el fondo y forma de esos cantos. Por lo demás, el cuidado que puse en el uso de un lenguaje lírico y ajustado, quiere hacer de esta segunda colección un libro tal vez menos popular que el primero, pero para mí no menos sugerente en orden a la lectura cristiana de los Salmos bíblicos.

He caminado con los Salmos en mis entrañas, inspiradores y sostenedores de mi manera de ser hombre y cristiano. Pero también, he de confesarlo, los Salmos me han ayudado a salir no pocas veces del atolladero, cuando el camino se hacía más imposible, más cerrada la noche ante mis pasos, más difícil responder a aquellas pertinaces preguntas que me mordían por dentro: ¿Pero, qué hago yo en este mundo? ¿Sirve para algo mi vida actual o hay, siquiera, una buena acción en ella que la justifique? ¿No afea la mentira con su insidiosa reaparición el conjunto de mis años terrenales? Porque estas preguntas, y otras no menos quemantes, llegan alguna vez (si no es que muchas) y en momentos muy especiales a la conciencia herida del hombre viandante.

Cuando así ocurría, y el sabor más amargo me subía por la garganta y rompía por todos los poros de mi ser; queriendo no engañarme a mí mismo y ser fiel a mi lema: "*La Verdad os hará libres*", encontré muchas veces en la Palabra de Dios, y muy en concreto en los Salmos Bíblicos, a cuyos brazos me arrojaba en medio de la noche, la paz del corazón, la alegría de vivir y la confianza en mí mismo, que tanto había llegado a perder. La respuesta de los Salmos me retornaba a mi verdad de criatura, débil y pequeña, pero fuertemente sostenida por el Amor del Padre. *La amargura se me volvió paz, cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía*. Y como el niño recién destetado que duerme sosegadamente en el regazo materno, sabiendo que el verdadero sentido de la vida *Dios lo da a sus amigos mientras duermen*, me sentía fuerte para desterrar de mí *el corazón orgulloso y los ojos altaneros*, que habían constituido la verdadera fuente de mi amargura.

Sabía yo entonces, más allá de todo razonamiento, como raíz de paz perpetua hincada en lo hondo de mi corazón que, *el auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra*.

## XXXV

**Entre el Taedium vitae y la Fruitio Dei**

A lo largo de mi ya larga andadura vital, he ido adquiriendo una costumbre de la que me resulta imposible desembarazarme ahora: la de ser humano. Ni me es posible ni lo deseo, ¡naturalmente! Me gusta ser humano, aunque no siempre resulte cómodo el serlo. Me gusta ser humano, aunque ello me deje muchas veces en desventaja ante mis congéneres. Porque, ¡qué difícil es ser humano en una humanidad como la nuestra! Os lo aseguro: ser humano le cuesta la vida al que lo intenta.

Pero, por otro lado, ¿qué puede ser un hombre o una mujer, si no es *humano*? Eso todos lo sabemos muy bien: la mujer o el hombre que no son humanos, son meramente un robot social: una máquina perfectamente programada para que otros piensen por él o ella; para que otros actúen en defensa de sus intereses, sin contar para nada con ellos; y decidan, sin él, sin ella, su estatuto actual y su futuro (¿mejor?). Contra ser robot me rebelé bien pronto. Y no es que me pusiera a gritar en plazas y calles “¡yo quiero ser yo mismo!”, no; sino que me propuse ahondar en mis raíces humanas, para mantenerlas lo más sanas posible. Y, éste ha sido el resultado: una costumbre irrenunciable de ser fiel a mí mismo.

Ahora, con sesenta y ocho años de humanidad a mis espaldas (que pesan, os b aseguro) no me arrepiento lo más mínimo de haber elegido en la vida ser, lo primero, humano. Porque ser o no ser humano, se elige; depende de las opciones fundamentales que uno va tomando a lo largo del camino, y de la práctica severa del discernimiento acompañado. Nuestra humanidad individual se nos regala, pero hay que saber recibirla y agradecerla.

En plena juventud, alguno de cuyos chispazos quedan ya reflejados en páginas anteriores, descubrí lo grande que es ser hombre, como base de todos los demás valores que puedan venir a enriquecer nuestra existencia. Yo me hice para mí una fórmula -lema de mi personalidad- que, hasta el momento, me ha dado resultado. La fórmula fue -es- esta: yo soy hombre, cristiano y sacerdote, pero en realidad ¡sólo soy persona! Todo lo demás está en función de mi ser persona. De modo que el ser cristiano tiene que resultar una buena ayuda para ser persona, y el ser cura, a su vez, mi manera (vocación específica) de ser un buen cristiano. De modo que, a través de todas las formas y maneras de nuestro estar en el mundo, siempre ha de prevalecer el objetivo humanizador. Lo atroz, lo verdaderamente monstruoso sería que, aquello que debe estar *en función de*, se convirtiera en un *fin en sí mismo*.

Todo enriquece nuestra personalidad cuando es utilizado en función de ser persona. Y así, por ejemplo, mi vinculación (me parece muy pobre decir “afición”) a la poesía, no puede ser lo primero y principal en mi conciencia humana, por mucho que me atraiga el hecho poético; sino que ha de quedar situada en el camino como un medio para el fin. Y si el ser poeta resultara un obstáculo (cosa que en mi experiencia no se ha dado) para llegar a ser una persona sencilla, cordial, responsable, habría que dar un puntapié al ser poeta para no renunciar a ser persona. Creo que es muy fácil de entender: de nada vale ser poeta, cura, cristiano, u otra cualquier cosa, si todo eso no está sostenido por una búsqueda constante de fidelidad a sí mismo, de cultivo de la propia e irrenunciable originalidad personal; de aquella *verdad que nos hace libres*, y que es la de buscarse uno a sí mismo, sin desalentarse jamás ante las *imposibilidades del camino*, que nunca faltan y a veces menudean.

Que ¿qué entiendo yo por *ser humano*? Bueno, como aquí no se trata de hacer filosofía, sino de dar testimonio, lo diré de la manera más sencilla que me sea dado. Humana es la persona que no puede verse a sí misma (pensarse, realizarse) al margen de la entera Humanidad histórica. Es la Humanidad la que me hace ser

humano, por participación en su totalidad genérica. Yo existo porque existe una Humanidad previa y subsiguiente a mí, de la que yo soy una célula, un eslabón de la cadena de seres que le dan su verificación en el espacio y en el tiempo. Mi primer deber, en cuanto que miembro de esa cadena humana, es servirla lo mejor posible cultivando mi originalidad personal -que le pertenece- y poniéndola al servicio del bien común. Esto es ser humano, para mí.

No podemos tomar a la ligera esta especie de definición del ser humano, ya que sus contenidos son verdaderamente comprometedores. El primero de sus elementos es sin duda el amor a la Humanidad, entendida ésta como el compendio de seres que habitan la Tierra; sin que podamos excluir de dicho amor a ninguno de ellos por causa diferencial alguna (raza, cultura, religión, ideología política, posición social, etc.) de cuantas pueblan nuestro globo. Lo propio de la actitud verdaderamente humana es ver y apreciar a la persona en cuanto que persona, sin detenernos en los accidentes que nos distinguen -sin tener en sí razón para separarnos- a unos de otros. Nunca, nunca, si soy fiel a mi propia humanidad, dejaré de abrazar en mi corazón (y, cada vez que pueda, también entre mis brazos, contra mi pecho) a aquellos hermanos y hermanas que resultan ser en algo (o, en mucho) distintos a mí. Cuando la inviolable dignidad de cada persona humana constituye para mí el valor máximo a respetar y potenciar, entonces estoy empezando a ser humano en mí mismo.

Mas, para servir lo mejor posible a esta Humanidad en marcha, estoy llamado a amarme a mí mismo (¿es que yo no soy también Humanidad? ¿puedo amar realmente a los demás si no me amo a mí mismo?), poniendo a punto los dones que la misma Humanidad ha depositado en mí. Una de las mejores maneras de ser humano para con los demás consiste en hacerse uno a sí mismo lo más humano posible. Aquel que es fiel a su propia humanidad ya está amando a la Humanidad entera. En la fidelidad a sí mismo el humano descubre sus gracias más propias, y con ellas, su tarea entre los hombres. Descubro mi misión en la vida, en la medida en que me amo a mí mismo como criatura portadora de bienes para compartir con los demás.

Hoy me siento muy feliz por haber dado a la Humanidad el valor axial en mi conciencia de ser hombre; y, el hecho gratuito de ser creyente en el Dios de Jesús, me ha fortalecido con nuevas luces para potenciar dicho valor. Para los seguidores de Jesús de Nazaret, en quien Dios hace suya e introduce en su Misterio a la Humanidad histórica, no resulta nada extraña esta valoración central de la persona humana. También para el Dios Trinitario la Persona Humana es lo más grande que existe en Él, junto a Él, cabe Él mismo. Porque desde que el Verbo se hizo Carne, la carne humana pertenece a Dios. El Evangelio de Cristo es *Buena Noticia* para los humanos, precisamente porque nos muestra que la Persona Humana es lo más grande e importante para Dios; y que, para honrar, servir y dar gloria a Dios, sólo hace falta, sólo se nos pide, servir al humano en cuanto que humano, sin que sea necesaria ninguna referencia explícita a su Creador. *¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, desnudo, enfermo, extranjero, en la cárcel, y te asistimos o dejamos de asistirte? ¡Cuántas veces lo hicisteis con uno de éstos, que, según los criterios del mundo, sólo eran unos pobres diablos ! ¡Qué lección más difícil de aprender parece ésta! ¡Y cuán Humano resulta el Dios que la pronuncia!*

En este clima, y teniendo como espiritualidad máxima el cultivo de la dignidad humana en todas sus dimensiones, hoy puedo afirmar que mi vida en este mundo, y en este preciso momento, se desarrolla, paradójicamente, entre el *taedium vitae* y la *fruitio Dei*. El *taedium vitae*, tal como yo lo experimento y codifico, se basa en la conciencia lúcida, casi ruyente, de la personal pobreza e impotencia para acompañar tanto dolor que acompasa hoy la marcha de nuestra sociedad global.

Vivo en una ciudad no muy grande, ciertamente bonita y acogedora, sobre todo por su clima, y donde las músicas callejeras de la tristeza mendicante, y las miserias del alma



perdida en mil recónditas soledades, nos salen al paso por doquier, recordándonos que todo no es bienestar y consumo; que no consiste todo, para todos, en disponer de una buena renta y de un coche último modelo espectacular. Yo he visto a mujeres y hombres escarbar en los contenedores de basura buscando un mendrugo o algo que llevarse a la boca. Yo he visto dormir a la intemperie, sin abrigo alguno, a veces en noches de invierno en que la temperatura puede alcanzar cero grados. Yo no ceso de ver a jóvenes *chutándose* heroína, *haciéndose una raya*, víctimas de esas falsas concepciones de la vida que, tal vez, no denunciarnos ni combatimos suficiente ni adecuadamente. Yo he visto... ¿Quién puede ver todo esto -que sólo es una parte minúscula del dolor que recorre nuestro planeta- sin sentirse abrumado, aturdido, derrotado por la atroz impotencia? ¿No hemos creado un mundo en que ya no es posible la simple, la inocente felicidad de ser? ¿Es que, realmente, no podemos hacer más, desde la conciencia ciudadana, y desde las instituciones de mayor responsabilidad social?

Yo soy de los que piensan -iba a decir "de los que saben"- que este mundo no está irremediablemente perdido. Yo sé que el amor de muchos -muchísimos- corazones es sincero y pone cuanto está a su alcance para remediar males inmediatos (pero ¿quién intenta remediar las causas reales de los mismos?). Yo sé que la esperanza de todos los que creen en un Dios vivo, alza por doquier el dique que impide que el mal inunde totalmente nuestras vidas, nuestro planeta. Pero, pese a esta convicción y a esta fe *no me podrán quitar el dolorido sentir*, no logra desaparecer de mi conciencia abierta y anhelante ese *taedium vitae*, como un cansancio que se apodera de mi ser desde adentro, y me cuestiona muchas veces si vale la pena seguir siendo hombre entre los hombres de este mundo, máxime cuando uno sabe que no podemos dejar de ser solidarios en el mal que hacemos a los más débiles, aunque no siempre acertemos a serlo en la solución de los problemas.

Sé también que hay otras causas de este *taedium vitae*, de ese cansancio de estar vivo que mejor enmarca la realidad de mis últimos años, distintas de esa impotencia que nos agarra ante el sufrimiento colectivo y tantas veces injusto de tantos hermanos nuestros. Una de estas causas es, sin la menor duda, la soledad profunda, la soledad de un corazón que vive a la intemperie, y no llega a ser en su experiencia íntima ni poseedor ni poseído de o por otros corazones.

Tengo muchos amigos, pero me falta *el amigo*. Llevo a cabo algunas actividades de animación espiritual, con gusto, con ilusión, con entrega generosa; pero... ¿por qué en su conjunto no llenan mi vacío afectivo, con la satisfacción de la tarea propia bien realizada? Estoy en una Iglesia local, soy Iglesia a plena conciencia y entrañas desgarradas; pero, ¿por qué motivo me falta, aún viviendo en Comunión de fe y de misión, esa satisfacción tan propia (y, que otras veces, he sentido) de saberme hermano entre mis hermanos, compartiendo con muchos, laicos y ordenados, el gozo de la experiencia de fe? La soledad que me acompaña es más grande (más alta, más ancha y más profunda) que las estructuras y medios de que dispongo para compartir las riquezas de mi ser hombre y de mi ser creyente con otros tales. Sí; el *taedium vitae*, el tremendo cansancio de estar vivo que me recorre, es, ante todo, esa soledad de hombre en camino, que no puede detenerse en ninguna de las bondades encontradas, porque ninguna es respuesta a su búsqueda más acuciante y sensible.

Pero, una vez más, mi inveterada costumbre de ser ante todo humano, que tanto tiene que ver con mi experiencia de ser creyente, junto (no *frente*) al *taedium vitae* ha alzado con timidez y pujanza la *fruitio Dei*: ese gusto de *Dios todo en todas las cosas*, que se resiste a dejar e serlo bajo los frecuentes envites del dolor solidario y de la soledad inquietante. Incluso, dentro del mismo sufrimiento que parece acaparar por momentos todo horizonte vital, Dios pone *su gusto*, haciéndonos sentir la realidad de su Amor como más verdadera y fuerte que aquel mal que hiere nuestra entrañas y hace brotar nuestro llanto.

Ahora que ya estoy, sin duda, en la última etapa de mi vida, me es forzoso proclamar que jamás la Gracia de Dios anuló en mí nada de lo auténticamente humano. No ha sido la Gracia una fuerza añadida a mi condición de hombre, sino una fuerza amasada con todos los recursos de mi humanidad en proceso, a fin de elevar y potenciar todas las virtudes necesarias (libertad, responsabilidad, creatividad, convivencialidad, etc.) para que una vida de hombre llegue a ser lo más humana posible.

Es cierto que a Dios *no se le puede gustar* tampoco al margen de los sufrimientos humanos, desde que Él los ha hecho suyos con solidaridad de Encarnación total. En la intrínquilis de todos los tormentos humanos Dios es más Dios, porque se nos revela como el más comprometido en todas las luchas por la liberación de los mismos. El Cristo de los leprosos, de las prostitutas, de los enfermos, mendigos y niños; el que no desdeñó sentarse a la mesa de los pecadores, sigue sentándose hoy en el basurero de nuestra sociedad del despilfarro y de la miseria, para ayudarnos a mantener la esperanza de que el Amor sigue vivo, y Él sólo -¡sólo el Amor!- vencerá a la muerte.

La *fruitio Dei* tiene para mí, desde antiguo, pero mucho más desde los últimos diez o doce años, manifestaciones gozosísimas en la celebración de la Eucaristía y en el compartir con otros, creyentes o no, las luces de la Palabra Divina. El *gustad y ved qué bueno es el Señor*, se me hace evidencia que no puedo retener como si fuese sólo para mí. *El buen olor de Cristo* y el incomparable e inconfundible *sabor de Dios*, me inundan y me traspasan dejándome totalmente a merced de sus efluvios incontrolables. Dios se da a través de mí, sin que medie voluntad alguna ni intervención de mi psiquismo humano. Me siento como el celuloide de una placa o filmación donde el Espíritu graba, mediante rayos invisibles, su Verdad de Amor universal y concreto. Yo quedo gozoso, y no pocas veces extenuado, tras estas celebraciones en las que soy *utilizado* por una fuerza que me vence. Dios es tan grande, tan dadivoso, tan misericordioso, que puede incluso utilizar para sus designios de Amor las contradicciones de mi simple persona.

Que, ¿por qué el gusto de Dios, que Dios mismo me regala, no vence en mí ese cansancio de estar vivo, tan propio de mis límites temporales? ¿Por qué coexisten en mí el *taedium vitae* y la *fruitio Dei*, sin aniquilarse el uno al otro? Pienso que todo es Gracia (también el *taedium vitae*). Pienso que si la *fruitio Dei* tuviese el poder de hacer desaparecer de mi vivencia profunda el *taedium vitae*, significaría que ya estábamos en el cielo. Pero estamos todavía *en este valle de lágrimas*.

## **EPÍLOGO: me sedujiste, y yo me dejé seducir**

*ME sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir.* Me trajiste a la vida para que te encontrara a ti en ella, y me mostraste que la vida es amor, a fin de que te pudiera amar a ti amando todas las cosas.

Que la vida estaba llena de personas y cosas maravillosas, dignas de admiración y de servicio, es algo que no me fue difícil de comprender bajo la luz de la fe, esta fe que Tú me regalas y que es experiencia en lo pequeño y cotidiano de tu inmenso Amor.

¡No existe otra luz capaz de embellecer la vida humana como esta de sentirse amado de ti y destinado a un Amor de Vida Eterna!

Mi capacidad de amarte a ti en todas las bondades creadas, lo mismo que mi sensibilidad ante el sufrimiento que azota a tus criaturas, son las dos notas del mismo y único Amor que me repite de continuo: "El hombre no está hecho a medida de lo vulgar y anodino, sino para el fuego de una gran pasión, en el que se consume a fin de poder alumbrar a muchos".

Como me hiciste para el amor, el amor tiraba desde dentro de mí, cuando yo quería desviarme por otros caminos; y jamás me dejaste descansar en ninguna bondad creada si no era a ti a quien disfrutaba en todos sus encantos y delicias.

Tú, siempre Tú. el Seductor paciente, incansable, esperándome con la gracia de tu perdón al retorno de mis falsos senderos.

Pronto llegaste a ser, con tu empeño, el Compañero de mis días y de mis noches; y me fuiste mostrando, desde dentro de mí, a buscar en el amor el sentido último de todos los seres y acontecimientos.

Me dijiste que no hay belleza sin amor, ni amor que no haga bello cuanto mira.

Me dijiste que la única libertad posible para el hombre es la de hacerse esclavo de un gran amor, un amor que sobrepasa su estatura y rompe todos los moldes de lo conveniente y establecido.

Me enseñaste que la sabiduría verdadera, aquella que nos conduce a gustar la profundidad viva de todo cuanto existe, consiste en saberse necesitado de la salvación que de todo nos viene, consciente de que a todos los necesito para llegar a ser *yo mismo*.

Me sedujiste, Dios de la Vida, y yo me dejé seducir. Y Tú me mostraste, en tu ardiente intimidad, abierta de par en par para mí, como regazo amantísimo, que lo propio del ser humano es dejarse seducir, no tener miedo al amor, ni buscar seguridades ante el riesgo de sus abismos llameantes, que circundan nuestro caminar.

Y Tú, mi Seductor, me manifestaste que también eras seducido por el deseo (¡deseo divino!) de una vida libre y feliz para todas tus criaturas. Que Tú también vivías seducido, Amante Apasionado, por la debilidad de tu criatura, pequeña y vulnerable, marcada por un hambre y una sed que la devora y que sólo Tú puedes saciar.

Tú, el Seductor seducido, el Libertador esclavizado, el Glorificador humillado, el más Olvidado de los amantes entre los amantes olvidados, el Amante que nos enseña a amar haciéndose él mismo *el último y servidor de todos*.

Tú, en quien creo y espero, porque primero has creído y esperado en mí; Tú, atento a mis caminos, sufriendo con mis errores, ansioso de mi verdadera realización personal; Tú, que me destinabas a ese Abrazo contigo (y, en ti, con toda la creación), donde tu gozo y mi gozo, ya un único gozo, consistirá en que Tú seas todo en mí, y yo todo en ti, sin que eternamente podamos ser el uno sin el otro.

Vale la pena haber venido a este mundo y haber sido seducido por ti. Vale la pena nacer y morir, amar y sufrir, crear y luchar... Vale la pena, cuando has aceptado por la fe a un Dios Amor, un Dios que lucha a tu lado y muere a tu lado, para enseñarte a vivir en plenitud, habiendo desterrado todo miedo a la muerte.

Mi vida no la he elegido yo, ciertamente; pero Tú sí que me has elegido a mí, para que aprenda a vivir, a caminar en tu presencia, a ser humano a tope, a crecerme con todos los obstáculos del camino, porque te tengo a ti, en cuya confianza y abandono, no sólo soy tu Hijo Amado, sino también tu Amante, gozoso en esa fecundidad con que Tú enriqueces toda vida que se deja penetrar por tu Espíritu de Ternura inquebrantable.

Me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir. Me agarraste ¡y me venciste!. Amén.

## INDICE

P R O L O G O: en fe pura y desnuda.....	3
I. Se hace camino al amar .....	6
II. La dama del clavel rojo .....	8
III. Lo divino que se encuentra en mí.....	10
IV. Venimos a aprender a amar.....	12
V. Nadie es bueno sino sólo Dios .....	14
VI. Un paisaje interior.....	16
VII. No ser “nada” para sólo “ser”.....	18
VIII. Todo desnudo es bello.....	21
IX. Elegía por un paisaje del alma.....	24
X. Primeras lecturas.....	26
XI. El Amigo Jesús.....	30
XII. Años de estudio.....	33
XIII. Seducido por la Palabra .....	36
XIV. Gritos carismáticos.....	38
XV. El amor de castidad.....	40
XVI. Sobre el precipicio.....	42
XVII. El Concilio Vaticano II .....	44
XVIII. ¿Optimismo natural?.....	47
XIX. Lecturas en la noche .....	49
XX. Gandhi o, el Espíritu de la Verdad.....	51
XXI. Vincent van Gogh o, la belleza que nos salva.....	54
XXII. Dos ángeles en la noche.....	57
XXIII. Los cimientos que sostienen el edificio .....	59
XXIV. La J.O.C. y yo.....	61
XXV. Amistad y amigos.....	63
XXVI. La No-Violencia .....	66
XXVII. Charles de Foucauld .....	69
XXVIII. El ministerio de la Contemplación.....	72
XXIX. La Poesía y yo.....	76
XXX. Teresa de Lisieux .....	79
XXXI. El TAO de la perfecta alegría.....	82
XXXII. Dos símbolos de amor y de vida.....	86
XXXIII. Muertes con mucha vida .....	88
XXXIV. Los Salmos y yo.....	90
XXXV. Entre el Taedium vitae y la Fruitio Dei.....	95
E P Í L O G O: me sedujiste, y yo me dejé seducir .....	99